

Lorena Fuentes

la
NOCHE
más
LINDA

*Ellos atravesarán juntos el infierno,
el purgatorio y el paraíso del amor.*

Contenido

Prólogo

-1-

-2-

-3-

-4-

-5-

-6-

-7-

-8-

-9-

-10-

-11-

-12-

-13-

-14-

-15-

-16-

-17-

-18-

-19-

-20-

-21-

-22-

-23-

-24-

-25-

-26-

-27-

-28-

-29-

-30-

-31-

-32-

-33-

-34-

-35-

-36-

-37-

-38-

-39-

-40-

-41-

-42-

-43-

-44-

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Otros títulos

la
NOCHE
más
LINDA

Lorena Fuentes

La noche más linda

Lorena Fuentes

Todos los derechos © Lorena Fuentes, 2017

SafeCreative: 1706222672320

Diseño de cubierta e interior: H. Kramer

Fotografías de cubierta: Roman Seliutin/Shutterstock.com y Simone Simone/Shutterstock.com

Corrección: Lorena Fuentes y H. Kramer

Primera edición: julio 2017

ISBN: 9781521737163

Sello: Independently published

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

“Es casi Ley, los amores eternos son los más
breves”.

Mario Benedetti

*A todas las chicas talla grande que se sientan identificadas con
Alejandra. Todas podemos tener una historia de cuento de
hadas.*

*A Venezuela, que pronto serás libre y próspera como te
conocí.*

Prólogo

Hola, me llamo Alejandra Palazzo, pero para muchos soy Alessandra Offi, como me conoce la prensa mundial. Esta es mi historia, la que nunca pensé que, después de tantos años y de meditarlo, contaría.

Una noche de verano del año 2016 fui invitada al concurso de belleza que marcó mi vida y, desde entonces, vivo traumada. Ellos creían que podía aceptar ser el juez del destino de veinticuatro chicas y qué equivocados estaban.

Nací en un pequeño país ubicado frente al Mar Caribe y que mal llaman “La cuna de las mujeres más hermosa del universo”. No les miento, nací en Venezuela y, aunque muchos ahora creen que soy italiana, no es más que una tapadera para cotizarme como una de las modelos de talla grande mejor pagadas.

Bueno, para no perderme en lo que les contaba, ¿se imaginan ser gorda en un país donde el cuerpo perfecto es “noventa, sesenta y noventa”? Yo, ahora y siempre, he sido “noventa, setenta y revienta”. Ojo, no me quejo, porque mi culo al menos no tiene polímeros y es natural.

Fui la amiga gorda de todas mis amigas flacas, viví la vida que no quería y hasta me enamoré de los hombres que no debía. Salí huyendo de aquel país, jurando que nunca más volvería a mirar un maldito concurso de belleza. Ironías de la vida: mi nombre se cotizaba en euros y el famoso rey de la belleza me invitaba a su noche más linda.

¡A mí y al pato Donald!

Me sentía tocada, molesta y, como dirían en mi patria, estaba *arrecha*. Entiéndase, para los modismos españoles, estaba cabreadísima. Mi mamá me decía cuando era pequeña que lo que más odias, más te persigue. No miento, porque odio que las mujeres tengamos que ser felices bajo un cuerpo perfecto, porque un hombre nos diga que somos gordas nos ponemos a llorar y hasta decidimos bajar esos kilos que creemos que están de más.

No, amigas. Mi historia nunca fue el cuento de hadas de la chica perfecta. A los quince no quise aquella fiesta pensando que iba a parecerme a un pastel rosa mal vestido. Abran sus mentes, nos venden el estereotipo de tetas perfectas, cintura de avispa, culo firme y piernas kilométricas desde siempre. Para ejemplo tenemos la famosa muñeca que toda niña tiene. Nos marcan y nos vejan por osar tener algunos kilogramos de más y hasta muchas veces nos trauman de por vida.

Cuando hui de mi país, este era *trending topic* en las redes sociales por aquel famoso *back to back* del Miss Universo. Me había cansado de ir de una entrevista de trabajo a otra y de que no me dieran el puesto por mi apariencia. No, aquello era para morirse y además mi novio me dejó por una flaca desabrida que parecía un esqueleto forrado en piel. Ahora entiendo que él no me amaba, pero aquello me trastocó.

Pasó el tiempo y viajé errante por el mundo hasta que llegué a Milán, conocida por ser la ciudad de la moda y las mejores pasarelas. ¿Irónico? Huía de eso y me fui donde reinan las tallas cero. Recuerdo que un día como cualquiera tomaba un café y disfrutaba de un verano exquisito y de los italianos... Señoras, los italianos en verano son las visiones más hermosas del mundo. Tiendo a perderme, soy modelo y veterinaria, esto de escribir es una locura y creo que seguro los confundo.

Como les decía, disfrutaba de un *ristretto* y escuché el clic de una cámara. Luego de varios sonidos iguales al anterior, me encontré con la que es y fue mi salvadora. Marta Facelli era una fotógrafa cotizada, la mejor, y ese día deseó inmortalizar mi melancolía. Lo recuerdo como si fuera ayer.

—¡Oye, para con las fotos, que no me gustan! —le dije haciendo uso de aquel italiano aprendido de niña.

—¡Disculpa! —contestó ella y se acercó a mi mesa—. Tienes un perfil exquisito y el aura de melancolía me enamoró, no lo pude evitar.

Las dos sonreímos y con su sinceridad me había ganado. Nos tomamos un café, se presentó y yo le conté que no era de la ciudad y que quizás, tal vez y muchas excusas más, me quedaría. Quedamos en

vernos al día siguiente en su estudio, me ofreció pagarme por unas fotos y yo acepté porque necesitaba el dinero para costearme el viaje o quedarme; se terminó convirtiéndose en esa amiga fiel que todos necesitamos.

Me establecí aquí en Milán, capital de Lombardía. Esta ciudad que te enamora por las emociones que regala, es culta, moderna, vivaz y llena de obras de artes. Me mudé al barrio de *Città Studi*, donde el constante ir y venir de estudiantes y algunos profesionales es normal. El alquiler era lo que me podía permitir, mientras Martita me pagaba por posar para ella y su próxima exposición privada.

Una noche de fiesta y unas cuantas copas de más, terminé en la cama con su amigo Giovanni, otro fotógrafo que me propuso posar en lencería para una campaña que revolucionaría el mundo de la moda. Acepté, no era mucha la paga, pero me servía para los gastos. Nunca pensé que aquellas fotos en lencería darían la vuelta al mundo y me convertirían en el símbolo de la belleza natural.

Sí, soy gorda, peso casi noventa y cinco kilogramos. Como sano y hago ejercicios, tengo mis niveles hormonales casi normales, menos la puta tiroides, pero en fin, ignoremos eso. Lo que quiero decir es que no soy flaca y triunfé en la parte profesional. Follaba con Giovanni un mes sí y otro no. No tenía, en aquel entonces, pareja y tampoco la necesitaba, o eso creía, porque aquel chico llamado Carlos había roto mi corazón y eso aún me dolía como un hierro caliente en la piel.

No iba a regresar a Venezuela a ayudar a escoger lo que odié de por vida. Tampoco critico a aquellas chicas que sueñan con la corona, yo lo hice alguna vez, pero volver a mi país significaba dejar Italia y despedirme de Marta, de sus locuras y manías. También le diría adiós a Giovanni, que a su manera me quería, pero ya les contaré de él.

Me despediría del hombre que amaba en secreto, mi jefe en aquella campaña que cambiaría mi vida. Yo sabía que tal vez él no estaba al tanto de que yo existía o quizás me había visto en alguna revista, pero Andrea Pacci, aquella noche, me robó el corazón. ¡Maldito karma! Que me robe el corazón lo que más odio: un gurú de la moda, un empresario que está rodeado de mujeres delgadas y hermosas, pero en secreto yo estaba obsesionada con él, aunque vociferaba que lo

odiaba. Aquello era un castigo divino, nunca digas “de esa agua jamás beberás” porque es lo primero que harás.

No les he contado cómo luzco y creo que solo digo que soy talla grande, usaremos ese término de ahora en adelante. Mido un metro setenta y cinco de estatura, tengo el cuerpo perfecto de forma de guitarra, piel morena, cabello negro como el ébano y ojos color café como el guarapo (café muy claro) que mi mamá me servía por las mañanas. No soy fea y mi estereotipo de belleza ahora es respetado, para darle en la madre a todos aquellos que vendían que ser flaco es sinónimo de beldad y de salud.

Andrea Pacci me vio tres años antes y no reparó en mí. Por primera vez en mucho tiempo volvió la inseguridad del pasado y me sentí la Alejandra que había salido de Venezuela. ¡Una locura, lo sé! Ahora, encontrar ese sobre con la invitación removió dolores que muchas veces creí haber superado.

Escribo para depurar lo que siento. Les cuento que nunca pensé que esto sería un libro, pero Marta ha insistido y yo creo que sería buena idea contarles la historia de mi vida, que empezó en la noche más linda de Milán.

—Te odio, Marta —expreso entre dientes lo que siento mientras subo a su auto.

Solo escucho su risa en tono de burla mientras arranca el hermoso Ferrari color rojo que posee. No puedo creer que me haya convencido de ir a la fiesta de Andrea Pacci, con lo que detesto ese tipo de fiesta y todo lo que significa.

—Madura, Alessandra —me dice mientras enciende el sistema de sonido del auto.

Kill for you, de Shylar Grey con Eminem, suena a todo volumen, y sé que lo hace para molestarme y que no pueda contestarle. Mi mejor amiga puede ser bastante evidente cuando quiere demostrar su punto de vista. Sí, estoy comportándome algo inmadura por esta celebración, pero hay algo que me dice que no sucederá nada bueno.

Este nuevo contrato sumará unos cuantos ceros a mi cuenta bancaria y no me caerán mal para retirarme una vez por todas de este mundo. No puedo creer que me esté dedicando a lo que odio.

Este círculo de modelos, diseñadores, dueños de revistas y marcas puede convertirse en uno muy vacío. Me aburre el *glam*, las luces y los flashes. Ella lo sabe, creo que por eso es que he tenido éxito, porque me mantengo lejos de todos los excesos y vicios.

Pego mi frente de la ventana del auto y veo cómo las luces de los faroles se desdibujan. Sé que todo lo que tengo también es por la carta de invitación para Miss Venezuela. No es que no quiera ir a la tierra que me vio nacer, lo que sucede es que allá dejé muchas cosas sin resolver, y ese maldito concurso de belleza..., ¡lo odio! Claro que lo odio porque me hizo pensar que ser gorda era un pecado capital.

Marta decide bajar el volumen y yo giro mi rostro para mirarla por primera vez en todo el trayecto.

—Ale, sé que estás molesta, pero no puedes esconderte. Debes ir a la fiesta. —Voy a refutarla y ella no me deja—. ¡Eh, espera que no he terminado!

—¡Marta!

—Alejandra —me llama en español y sé que está molesta—. Eres la imagen de la campaña de los Viñedos Pacci, no entiendo qué pasa por tu cabeza ahora, pero esto es grande y sabes lo que significa, ¿cierto?

Ella me mira unos segundos y vuelve su atención a la carretera. Claro que lo sé y me toca aceptar que tiene razón.

—*Tu sei una stronzo* —la insulto en italiano, le digo que es un pedazo de mierda.

Tierno, ¿no?

—Yo también te quiero, Alessandra —me responde con una sonrisa.

Soltamos una carcajada y me relajo un poco hasta que llegamos a una villa bastante antigua y ostentosa de Milán, ubicada en el barrio donde viven las personas más ricas de la ciudad.

Las luces de toda la casa están encendidas y parece como si estuviéramos en un parque de diversiones. Nos bajamos y los mozos nos reciben, la música de los años cincuenta traspasa las paredes e inunda el espacio exterior.

Marta llega a donde estoy parada un poco incómoda porque además soy muy tímida.

—¿Lista? —me pregunta con una sonrisa.

Yo niego y ella suelta una carcajada. Me hala para que camine, subimos las escaleras que llevan a la entrada y casi me doy de bruces con el piso al enredarme el largo del vestido. Sin embargo, unas manos masculinas detienen mi caída y yo mentalmente le doy gracias a mi ángel de la guarda por poner a este hombre en mi camino.

Alzo mi rostro y se me corta la respiración al darme cuenta de que es el hombre más hermoso que he visto en toda mi vida, uno que parece estar destinado a atajarme en sus brazos cada vez que tropiezo.

—¿Está usted bien? —inquire.

Yo asiento porque me he quedado muda, porque es él, mi jefe y el hombre más guapo de la tierra: Andrea Pacci.

Marta me toma del codo y me hace señas para que diga algo, y me doy cuenta de que estoy haciendo el ridículo.

—Sí, gracias... —susurro apenada.

Él asiente, me suelta y se queda mirándome por unos segundos, y esa mirada casi del color de una aceituna me pierde. Saca una cajetilla de cigarrillos y enciende uno. Su barba espesa parece tomar vida

cuando abre su boca.

—Que disfruten la fiesta, *ragazze* —nos dice y baja las escaleras corriendo.

Me quedo de piedra al darme cuenta de que el anfitrión de la fiesta está dejando a todos sus invitados botados cuando se sube a un descapotable color negro de los años cincuenta.

Marta me observa tan alucinada como yo, alzo mis hombros en señal de que no sé qué acaba de suceder.

—Creo que no tenemos nada que hacer ahí adentro —comento con la esperanza de que no entremos.

—Estás equivocada, porque quiero champagne de la cara y no el vino barato que seguro tienes en tu casa —contesta—. Vamos.

Me jala del brazo obligándome a entrar. Todos los presentes se percatan de nuestra llegada y el socio de Andrea Pacci corre hasta donde estamos para recibirnos con todas las bombas que pueden darnos.

—*Signorina Alessandra* —Francesco Cavini toma mi mano y la besa.

—*Signore Cavani...* —contesto quitando mi mano.

Marta me observa divertida mientras huyo del viejo verde. Él me ofrece su brazo y yo lo miro como si tuviera lepra, prefiero pasar por arrogante antes que ir del brazo de este tipo que a leguas se nota que desea follarme. Al darse cuenta de mi desprecio, se recompone y nos dice:

—Bienvenidas, *signorine*. Siento mucho que mi socio, el señor Pacci, no esté para recibirlos.

Mi amiga y yo compartimos una mirada cómplice y asentimos. Me recompongo de todo lo que siento, me olvido de mis frustraciones y enciendo el botón de trabajo para ponerme mi máscara de diva.

—Gracias —contesto y agrego para que mis dos acompañantes escuchen bien—: Solo estaré por una hora porque necesito descansar.

Entro a la casa de los Pacci y quedo admirada por lo hermosa que es esta. Sus pisos de mármol blanco resaltan los detalles antiguos que pueden encontrarse por cada rincón. Saludo a los presentes y mantengo alguna que otra conversación, me río de chistes sin sentidos y recuerdo lo infeliz que me siento.

Estoy vacía.

Trato de huir de todo lo que me rodea y me escapo por una puerta corrediza que da a un hermoso jardín. Pierdo mi mirada en la infinidad del terreno, detrás de la casa hay un bosque. Si pudiera pintarlo, sería como esas pinturas donde vemos el cielo estrellado, la luna llena tan grande que parece irreal y los árboles pintados de negro como sombras.

Escucho unos pasos y por las escaleras que suben del jardín viene él con un cigarrillo encendido entre los labios. Se queda observándome por unos segundos y lleva su mano a su boca para tomar el pitillo, lo bota y sube.

—La noche está hermosa para disfrutarla a solas —comenta y su voz ronca me paraliza.

«Estoy en problemas».

Andrea Pacci es uno de los hombres más importante de la sociedad milanesa, su familia es una de las más influyentes. Creo que leí alguna vez que su abuelo fue alcalde o algo así. No me crean, puesto que mi obsesión con este hombre viene de años atrás. Tendríamos que retroceder unos tres años a una de estas fiestas, donde lo vi por primera vez, pero, por supuesto, él ni se fijó en mí.

¿Cómo iba a hacerlo, si estaba acompañado de una de las modelos del momento?

Yo, por aquellos tiempos, era una desconocida e iba del brazo de Giovanni, que me había invitado para que no me quedara en casa, aburrida. La campaña que cambiaría mi vida estaba por salir y nadie conocía mi nombre, así que pasé desapercibida por todos.

Cosas del destino. Aquella noche sucedió lo mismo y me enredé con el largo de mi vestido y unas manos masculinas evitaron mi caída. Y no, no fueron las de mi acompañante, fueron las mismas manos que me atajaron al igual que hace unos minutos.

Él no iba saliendo y se quedó en aquella fiesta, lo perseguí con la mirada como una loca, porque la belleza de aquel hombre era sin igual: un metro noventa de estatura, unos ochenta kilogramos de un cuerpo sin un ápice de grasa corporal, una barba abundante, su cabello liso peinado al descuido y esos ojos color verde se convirtieron en mi tormento por años.

Fue por eso que, cuando Marta (que ahora es mi representante) me informó que el mismo Andrea Pacci había pedido que yo fuese la modelo de su campaña, no podía creerlo. Ese era mi secreto culposo, por así decirlo, me había encaprichado con el hombre que nunca me prestaría atención y aquí estoy ahora, compartiendo mi escape con él.

Respiro hondo al escuchar su voz ronca y esbozo una sonrisa bastante nerviosa, porque no sé qué decir y claro que digo lo primero que me viene a la mente:

—Gracias.

Andrea se queda observándome bastante extrañado y me encanta

cómo se ve cuando frunce el ceño, porque sus cejas espesas parecen unirse.

—Por atajarme hace unos minutos —le aclaro divertida.

Él parece darse cuenta de que soy la misma chica que atrapó en su escapada porque sonrío, y yo, señoras y señores, quiero grabar esa sonrisa para siempre en mi memoria.

—No es nada, *bambina*.

Me encanta que me llame “niña”, pero me parece extraño cuando solo me lleva cinco años. Se acerca a la baranda y se para justo a mi lado, su perfume almizclado combinado con el olor a cigarrillos llega a mi nariz, me provoca pegarme a su cuello e inhalar su aroma como una adicta.

—Tiene razón, es una linda noche —comento.

—Alessandra Offi —dice mi nombre con sorpresa—. No me di cuenta de que eras tú, lo siento.

Sus disculpas me toman por sorpresa y giro un poco mi rostro para mirarlo. Da una calada a su pitillo, mantiene el humo por unos segundos y lo expulsa.

—No se preocupe.

—Debes pensar que soy un terrible anfitrión, pero la verdad es que ya no soporto este mundillo.

No logro salir de mi asombro, sin embargo, centro ahora mi atención en el hombre que está a mi lado y detallo su perfil con detenimiento. Sigue siendo el hombre apuesto y misterioso del cual me prendé la primera vez. Claro que ha pasado el tiempo y aquel hombre de treinta ya tiene la edad de Cristo, y sé por la prensa que ya no es asiduo a las fiestas.

—Somos dos.

Él me observa divertido y me encantan las arruguitas que se le forman alrededor de los ojos.

—¿Estás escapando de la fiesta que doy en honor a ti? —pregunta divertido.

Yo sonrío porque no puede ser tanta la casualidad. «¡Dios! Esto parece irreal».

—Creo que tú haces lo mismo.

Soltamos una carcajada y regresamos nuestras miradas al manto

infinito de estrellas. No puedo creer que estoy hablando con él y menos que estemos siendo cómplices, ni en el más recóndito de mis sueños imaginé algo así.

—¿Fumas? —me pregunta ofreciéndome un pitillo.

—No, gracias.

—¿Te molesta si lo hago?

—No.

Lo enciende y de pronto una ligera brisa pasa, haciendo que me estremezca un poco; me abrazo a mí misma y me froto los brazos con las manos. Él lo nota y se quita la chaqueta de su esmoquin para ponerla sobre mis hombros.

—Una lástima que te tenga que tapar esos hermosos hombros —me dice como si nada y yo me sonrojo, pero trato de ocultarlo porque no quiero que se dé cuenta del efecto que tiene en mí.

Andrea fuma su cigarrillo en silencio mientras lo observo detallando cada gesto que tiene. Los dos estamos huyendo del mundo vacío que nos rodea y en el cual nos vemos obligados a vivir. Tengo la impresión de que todo lo que yo pensaba que él se está resquebrajando. Quizás en algún momento fue cómo lo imaginé, pero parece que se ha cansado de la vida superflua que llevaba.

—Sabes, eres mucho más hermosa en persona que en fotos —me dice tirando la colilla de cigarro al suelo—. Te verás preciosa en mi viñedo.

Y de nuevo estoy sonrojada, debo parecer un tomate.

—*Grazie, signore Pacci.*

Él esboza una sonrisa tan perfecta que parece un modelo de pasta dental. Este hombre es todo un misterio.

—Por favor, dime Andrea.

—Prefiero mantener la distancia.

—Por favor, *il signore Pacci* era mi padre. Yo soy solo Andrea.

—Vale, le diré Andrea.

—Creo que debes estar sorprendida por toda esta parafernalia para celebrar que eres la modelo del nuevo vino que lanzaré. Y, para serte honesto, me estoy escapando de la fiesta porque me siento ahogado de tanta hipocresía.

—Yo también estoy aquí escapando.

—*Alessandra...* —me llama en voz ronca y yo me muero porque escucharlo hace que hasta me dé un cosquilleo. Si estuviera hablando por WhatsApp, pondría al monito que se tapa el rostro con sus manos.

—¿Sí?

—¿Te escaparías conmigo para compartir esta noche? —me pregunta.

Yo me quedo observándolo por unos segundos, me doy cuenta de que tengo mi *clutch* y que solo falta mi abrigo. Sin embargo, tengo puesto la chaqueta de Andrea y no necesito hacerme de rogar.

—Sí, solo que debería avisarle a mi representante.

Él esboza una sonrisa y toma mi mano, camina jalándome y me dice:

—Tendrás tiempo por el camino, *ragazza*.

Al llegar a las escaleras, me alza en brazos y yo grito un poco, resistiéndome. Él suelta una carcajada ronca que hace vibrar todas las células de mi cuerpo.

—Para evitar que caigas, *principessa* —me comenta en tono burlón y me lleva hasta el auto en brazos.

Comienzo a ponerme nerviosa, creo que me dará algo y que estoy en uno de esos sueños locos y no quiero despertarme. Me sienta en un hermoso convertible BMW bastante antiguo y ajusta mi cinturón de seguridad. Seguidamente, se sienta a mi lado y, con una arrebatadora sonrisa, me dice:

—*Preparatevi per la notte più bella di Milano, principessa.*

Para los que no entienden italiano, me acaba de decir que me prepare para la noche más linda en Milán. Arranca su auto a toda velocidad y yo muerdo mi labio porque sé que nunca voy a olvidar esta noche.

Por los altavoces suena una canción que no conozco y que creo que es bastante antigua, pero él la tararea como si la supiera de memoria. Entiendo perfectamente lo que dice en inglés y me encanta la letra.

—¿Quiénes son? —pregunto.

—The Temptations.

—¿Te gusta lo antiguo?

—Creo que en mi otra vida tuve que vivir los años cincuenta y sesenta —me contesta Andrea y comienza a cantar *My Girl*. Su voz de barítono, y la forma en la que sonrío mientras canta, me enamora.

Tomamos una carretera llena de árboles y la brisa veraniega hace que mis rizos vuelen; estoy viviendo un sueño y creo que nunca olvidaré esta noche. Saco mi móvil y le escribo un mensaje de texto a Marta, poniendo de excusa que no aguanté estar más ahí adentro.

Lo siento, llamé un taxi y regresé a casa. Te quiero, Ale.

En algún lugar de la carretera se desvía y llegamos cerca de la catedral. Estaciona el auto, se baja y lo rodea para ayudarme a salir de este. Me lleva con él a una de las puertas laterales de la iglesia y toca dos veces. Un vigilante abre y él solo lo saluda. Cuando tomamos el camino donde está ubicado el ascensor para subir a la terraza, recuerdo que esta fue de las primeras cosas que hice al llegar a Lombardía.

Entramos a la cabina del ascensor y yo suelto una risita tonta, todavía no puedo creer que estoy con él compartiendo un momento especial.

—Tienes que quitarte esos hermosos *stiletto*s, *ragazza*.

—No puedo andar descalza —contesto asustada.

—Hoy eres libre de ser tú misma.

Esas son las palabras claves para convencerme de hacer esta nueva locura. Hago el intento de quitarme uno, pero él se agacha y toma mi pie derecho.

—Permíteme... —me dice y yo asiento.

Quita lentamente mi zapato y acaricia mis dedos; luego hace lo mismo con mi otro pie, pero esta vez sus manos se cuelan un poco más arriba, hasta acariciar donde llegan mis ligeros. Me siento como Cenicienta, solo que en vez de ponerme el zapato, me lo quita.

—*Merda...* —susurra.

Yo retiro mi pierna algo confundida por su expresión, porque estoy segura de que detesta que tenga las piernas gordas.

«Vamos, Alejandra, sabes que ya has pasado por esto. No tienes un cuerpo perfecto y tienes que aceptarlo».

Salimos del ascensor y abre la puerta para caminar por el techo de la catedral. Desde allí podemos apreciar una linda vista de la ciudad.

—*Benvenuta nella mia città* —me dice abriendo sus brazos y enseñándome la ciudad. Tengo que aceptar que la vista de noche es impresionante.

—*Grazie.*

—Alessandra, gracias a ti por compartir este momento conmigo.

Sonrío, pero aún me siento incómoda por lo que sucedió en el ascensor y tampoco sé que esperar de esta noche. Me siento como un poco desubicada.

—¿Sucede algo? —me pregunta al darse cuenta de mi estado.

Yo niego y me acerco hasta donde está parado, sin embargo, no me arriesgo ir más allá porque tengo una pequeña fobia a las alturas. Noto que estoy sudando frío y que no me está gustando estar tan alto.

—Alejandra, estás pálida —comenta en español y se acerca.

—¿Cómo sabes mi nombre? —inquiero asombrada y siento que las piernas me fallan.

Andrea me atrapa. ¡Dios! Va a terminar pensando que me ando cayendo porque quiero estar en sus brazos.

—No soporto mucho las alturas —le digo a modo de disculpas.

—Debiste decirme. —Me toma en sus brazos y me lleva de nuevo cerca del ascensor. Se sienta en el piso y me posa sobre sus piernas—. Sé todo sobre ti, Alejandra Palazzo.

Me tenso porque hace mucho tiempo que no me llamaban por mi verdadero nombre, me he acostumbrado a ser Alessandra y no Alejandra, pues la segunda está llena de inseguridades y no estaría con un hombre como este.

—Creo que sé todo de ti desde que te vi hace tres largos años — añade.

Su confesión me deja sin palabras y él aprovecha mi estado de turbación para acercar sus labios a los míos de modo tímido, temeroso de algún rechazo. Sus ojos color aceituna me observan, calentando mi piel, y cuando nuestras bocas hacen contacto, una pequeña corriente eléctrica se dispara. Mientras me besa, su barba hace cosquillas en mi mentón, pero es algo placentero, y cuando su lengua ávida entra a mis fauces, me olvido del mundo y correspondo al contacto. Se me olvida que estoy en un lugar santo y que debería mantener el decoro, pero no es cualquier hombre quien me besa, sino el que me ha robado el sueño por todo este tiempo, y, por su confesión, yo a él también.

Rompe el beso y pega su frente de la mía, cierra sus ojos mientras niega y las inseguridades que viven dentro de mí me atacan, el temor a que Andrea crea que esto es un error invade mi corazón. No obstante, él deja un beso casto en mis labios y susurra contra ellos:

—*Infine, tu sarai mia.*

Repito la frase varias veces en mi mente, pero creo que mi cerebro no quiere procesarla en italiano, sino en su lengua nativa cuando entiendo lo que dijo: “Al fin, tú serás mía”.

La frase queda en el aire porque Andrea me besa de nuevo apasionadamente para no dejarme interpretar más a fondo el significado de sus palabras.

Salimos de la catedral y parece que él no quiere terminar la noche, y, para ser sincera, yo tampoco deseo que este sueño acabe.

Subimos a su auto y enciende de nuevo el sistema de sonido. Lo que suena es una de las cantantes más famosas de Italia, así que la conozco porque Martita, cuando está despechada, escucha su música a todo volumen. Rita Pavone canta *Cuore* y yo esbozo una sonrisa, tarareando la canción.

Andrea decide que es buena idea acompañarme y cantamos juntos mientras recorremos la ciudad. Creo que estoy viviendo una de esas películas de los años dorados, donde los protagonistas se escapan en alguna ciudad italiana. Me levanto y me siento entre el maletero y el respaldo del asiento cuando tomamos de nuevo el camino que nos trajo hasta aquí. Disfruto de la brisa, la música y la voz del hombre que me acompaña.

A lo lejos se dibuja la cancela de la hermosa mansión de la familia Pacci y sé que este cuento de hadas está por acabar. «Ha llegado la hora, Cenicienta. Nada es para siempre». Vuelvo a sentarme y siento que se me coloca un peso en el estómago puesto que no quiero despedirme. Llevo mi mano al sistema de sonido y bajo un poco la intensidad para que pueda escucharme.

—Gracias —susurro—. Está noche nunca voy a olvidarla.

Andrea esboza una sonrisa y me entran deseos de pedirle que dé la vuelta para escaparnos.

—No es nada, pero aún no acaba la noche, *principessa*.

Llegamos a su casa y él me ayuda a bajar como un caballero. Me alza de nuevo en brazos y sube conmigo hasta la terraza. Dentro del salón se escucha el movimiento de personas organizando todo, me imagino que son parte del servicio que contrató para esta noche. Entra conmigo todavía en brazos y me sonrojo cuando las miradas de los empleados se posan en nosotros.

—Andrea, puedo caminar y además debo pesar mucho —comento incómoda.

—*Principessa...* —murmura y sube al segundo nivel de la casa. Recorre un pasillo oscuro y me cuesta un poco acostumbrar mis ojos.

Cuando se detiene frente a una puerta, me baja.

«¡Ay, Diosito!, ¡no me digas que pretende follar! ¿Será que me drogaron y estoy alucinando?».

—Alejandra... —murmura mi nombre y toma mi mano para llevarla al pomo de la puerta—. Si abres esa puerta, va a cambiar tu vida.

Me tenso, porque suena a sadomasoquismo y cuarto rojo tipo el de Christian Grey. «No, no, no soporto el dolor». Tomo valor y me aventuro a preguntarle:

—¿Es sado?

Andrea suelta una carcajada que retumba en su pecho, me toma con su mano de la cintura y me pega a su cuerpo. Con su nariz acaricia la curvatura de mi cuello y deja besos al descuido que erizan mi piel.

—No, pero te espera mucho placer ahí adentro —responde—. Si la abres, estarás aceptando ser mía y solo mía, por el tiempo que yo decida.

Cierro los ojos y no me detengo a procesar las palabras que acaba de pronunciar. Abro la puerta y besa mi cuello. Al mirar, me encuentro con una habitación decorada en su mayoría en madera y la cama parece sacada de los años veinte o algo así, porque tiene un dosel inmenso, también de madera, con cortinas color vinotinto; las sábanas son de la misma tonalidad y hay almohadones negros que contrasta un poco.

Trago el nudo que tengo en la garganta.

—Vas a follarme...

Andrea se ríe y me suelta, dejándome en el centro de la habitación; se quita los gemelos mientras camina en círculos alrededor de mí y yo creo que voy a marearme si no me da una respuesta.

—Esta noche sí, voy a follarte —dice—. Y espero que cuando el amanecer despunte por esa ventana, siga follándote como deseo hacerlo desde hace tiempo.

Se quita la pajarita de su esmoquin y se acerca como un cazador acechando a su presa. Mi respiración se entrecorta por los nervios cuando toma mis manos y, de ágil manera, une mis muñecas para amarrarlas.

—Dijiste que no era sado —chillo asustada.

Suelta otra carcajada, me gira y baja el cierre de mi vestido tipo sirena con mucha lentitud, tanta que me desespera. Alza mis brazos y los enreda en su cuello, sus manos se introducen dentro de mi ropa y aumenta mi agonía cuando en una sutil caricia baja el corsé hasta mis caderas.

—No es sado, es placer y te lo daré hasta que grites pidiendo más —susurra contra mi oído y besa mi cuello.

Después pega su erección contra mi trasero y creo que estoy alucinando. No, esto es en serio. Miren que me la paso construyendo castillos en el aire, donde las nubes son de algodón de azúcar y los caballos son unicornios. «¿Esto es real? Dios, que alguien me pellizque». Y como si él supiera lo que pienso, sus manos vuelan a mis pezones, los pellizca y yo gimo de placer. Quita mis brazos de su cuello y me gira para tenerme frente a él.

—Tengo que ver ese ligüero que sentí con mis manos en la catedral —me dice mientras me ayuda a salir del vestido.

«¡Oh, por Dios! ¡Era eso y no que estoy gorda!».

Se arrodilla frente a mí, toma una de mis piernas y la pone en su muslo. Sus manos suben por ella hasta muy cerca de mi sexo y vuelven a bajar.

—*Merda...*

—Andrea... —susurro.

Él alza su mirada y me pierdo en esos ojos color aceituna que se han oscurecido a causa del deseo. Me siento virgen de nuevo, porque nunca ningún hombre se había tomado el tiempo para acariciarme de esta forma.

—*Bella ragazza...*

«¡Ay, por Dios! ¡Nunca me ha gustado tanto que me digan bella en italiano!».

Sus manos acarician de nuevo mi pierna y mueven las pantis sexis que llevo puesta. Sus dedos se adentran a las infinidades de mi sexo y acarician mis labios húmedos; muerdo mi labio al sentir que uno de ellos roza mi clítoris. Sin decir nada más, se lanza como un hombre sediento a beber de miles.

Sus manos rompen mi ropa interior y su lengua se abre paso en mi

sexo para que él pueda lamer, chupar y morder todo a su paso. Lleva una de mis piernas a su hombro y sus manos aprietan con fuerzas mis nalgas. Jadeo cuando su lengua azota de manera despiadada mi botón.

¿Alguna vez han imaginado de qué color es el placer? Yo sí, y en este preciso instante todo se pinta de rojo intenso, nublando mi visión. Creo que los músculos de mi muslo, pelvis y vagina van a romperse de lo tensa que estoy. Entierro mis uñas pintadas de rojo valentino en el cabello de Andrea y libero toda esa tensión en un orgasmo que me lleva al cosmos mismo junto a los meteoritos.

«Madre de todo lo hermoso, estoy en el cielo...».

Andrea deja mi pierna en el suelo, pero yo no logro sostenerme y él me atrapa en sus fuertes brazos. Me alza y me lleva hasta su cama, sobre la cual me acuesta de manera delicada y se arrodilla entre mis piernas, desabotonando su camisa. Me siento en un estado de liberación que no logro explicar, no digo nirvana porque, según el hinduismo, en este las llamas de la lujuria están apagadas y eso no es precisamente lo que sucede ahora mismo.

—Sabes, según el *Kamasutra*, hay veintidós formas de besos —me dice—, y pienso poner en prácticas todas contigo, *principessa*.

Trago fuerte porque sus palabras hacen que me humedezca más y desee sentirlo dentro. Él se acerca y deposita muchos besos en la comisura de mis labios haciéndolos vibrar y desear más.

—Este es el beso palpitante.

—Por favor...

—Espera, *principessa*. Vienen muchos más.

Decide besar mi frente, mis mejillas, mi cuello y mi clavícula hasta llegar a mis pechos, donde deja más besos. Sigue descendiendo y con su lengua recorre mi abdomen, y yo bajo mis brazos para detenerlo porque me da vergüenza mi pancita.

«Señoras, todas tenemos un Michelin por ahí».

Él toma mis manos y las sube por encima de mi cabeza.

—Mía. Recuérdalo —me dice con voz ronca y se estampa de manera posesiva contra mi boca.

Rompe el beso y se desabotona el pantalón para liberar su erección. Señoras, él no usa ropa interior y estoy como el *emoticon* que se

agarra el rostro y está azul del asombro. Este hombre está más bueno que comer con los dedos, pero... ¡por Cristo!, nunca en mi vida había visto algo tan grande y escandaloso.

Luego él mete su mano en uno de sus bolsillos y saca un empaque metálico.

«Estaba preparado. ¡Por Dios! Debe pensar que soy una zorra».

Lo abre con sus dientes y se pone el condón con rapidez. Escupe su mano y la pasa por mis pliegues. «Ay, pero es que se cree actor porno». No me deja seguir pensando porque me penetra de una sola estocada, haciendo que arquee mi espalda. Jadeo por la intromisión y siento cómo sale lentamente de mí, para luego arremeter duro otra vez contra mi sexo.

—¡Dios! —grito.

—Sí, *principessa*, yo seré tu dios...

Sube mis piernas a sus hombros y se pega tanto que nunca en mi vida pensé que podía ser tan flexible. Sus penetraciones son duras y certeras, el roce de su pelvis y de su capullo en mi punto G me catapultan de nuevo a un estado de éxtasis, pidiendo más y más.

Andrea me complace y me lleva al orgasmo nuevamente, pero no queda conforme y sale de mí para girarme, colocarme sobre mis rodillas y penetrarme desde atrás. Grito de placer y él lame el sudor de mi piel, dejando besos al descuido. No sé cuánto tiempo llevamos cuando de nuevo me corro y él me sigue gritando mi nombre en italiano:

—*Alessandra...*

Cae sobre mí, jadeando, y besa mi hombro. Yo cierro los ojos porque sé que estoy soñando y que, cuando despierte, no lo volveré a ver.

La luz cegadora que entra por el ventanal me encandila y me remuevo un poco.

«¿Dónde estoy?».

Respiro profundo y el aroma a nicotina con perfume se mezclan. Abro un ojito y recuerdo que estoy en casa de Andrea Pacci.

¡La madre que me parió! Estoy durmiendo con el dueño del viñedo al que le voy hacer la campaña.

«¡Cristo, Alejandra! Anoche no bebiste y mira, terminaste en la cama de tu amor platónico».

Me levanto y no lo encuentro en ningún lugar, sin embargo, veo una tarjeta que tiene mi nombre, mi nombre en español, y entonces también recuerdo que sabe sobre ese pasado que enterré cuando decidí quedarme en Italia.

—¡No, no, no! ¡El coño de su madre...! —grito sacando a la venezolana que llevo dentro.

Tomo la tarjeta con manos temblorosas y la abro con miedo a encontrarme que piense que esto fue un error. No creo que mi débil autoestima soporte el rechazo de este hombre.

Su caligrafía es casi perfecta, mi madre diría que parece como la del método Palmer. Leo las cuatro líneas que ha escrito para mí:

Alejandra:

Espero que sepas disculparme por no despertar contigo, pero se requiere mi presencia lo antes posible en la vinícola donde se grabará el comercial.

La Toscana nos espera, principessa. Recuerda que has aceptado ser mía por el tiempo que yo decida.

Andrea Pacci.

Dios mío... Creo que acabo de firmar con sexo un acuerdo con el Diablo y no me di cuenta.

Me siento en la cama y llevo las manos a mi cabello; no sé qué tengo en la cabeza, pero creo que no es nada bueno. Recojo mi ropa y miro el vestido de gala que muy poco lucí anoche. Si mi amado

Valentino se entera, me mataría. Encuentro mi *clutch bag* tirada en la puerta y busco mi iPhone para marcarle a Marta.

Maldigo mentalmente cuando veo que tengo veinte llamadas pérdidas entre las de ella y las de Giovanni, pero decido llamar a mi amiga porque no sé con qué cara veré al otro para decirle que nuestro acuerdo debe terminarse.

Uno, dos, tres tonos y nada, Martita no coge el móvil. Cuatro, cinco y seis.

—Aleeeee, ¿eres tú?, ¿dónde estás? —chilla asustada.

—Marti, sí, soy yo. Por favor, ven a recogerme a la mansión Pacci —le pido apurada.

—¿A la qué? ¿Te has vuelto loca o te drogaron? —me pregunta confundida—. Anoche me escribiste que te habías ido y cuando llegué a casa, no te encontré. Alessandra, ¿dónde te has metido?

Suspiro. Dejé a mi mamá en Venezuela, sin embargo, cuando Marta quiere, puede comportarse como una.

—Escuchaste bien, estoy en la mansión Pacci. —Exhalo cansada—. Ven por mí, pero hazlo sola, que ya te contaré.

—Dame una hora y estoy allá. Tienes mucho que explicar y espero que no vayas a esconderme los detalles salvajes.

Cuelga la llamada y voy un momento al baño a lavarme para vestirme, pero eso sí, evito mirarme al espejo para no ver mi rostro de felicidad. Al terminar me aventuro a salir de la habitación, bajo con cuidado los escalones de mármol hasta llegar a la exquisita entrada y un mayordomo sale con cara de pocos amigos cuando escucha mis pasos.

—*Il signore*, dio órdenes de llevarla a dónde usted desee.

—No se preocupe, mi representante viene por mí.

El pingüino asiente y me señala el salón. Yo lo sigo y me siento en sofá a esperar a que Marta venga de una vez por todas. Él sale de nuevo con una bandeja y me sirve una taza de café.

—*Espresso* —me informa, sacándome de mis dudas.

Vaya, veo que Andrea me ha investigado bastante bien. Tomo la taza y me la bebo prácticamente de un trago, después picoteo de manera nerviosa la comida mientras espero. El silencio puede ser aturdidor cuando tienes tanto en que pensar. Estoy asustada con todo esto

porque nunca imaginé que podían llegar a hacerse realidad mis anhelos y que el hombre que me roba la calma podría prestarme atención.

Mi móvil comienza a sonar, veo la foto de Marta y yo en Punta Cana. Dejo la taza en la bandeja y me paro corriendo para salir. Bajo las escaleras con los zapatos en la mano y Marta me mira desde adentro de mi Audi con desaprobación. Entro en silencio y no puedo creer que ya esté aquí. Tuvo que haber corrido y, conociéndola, seguro que se saltó hasta los semáforos en rojo.

—Alessandra, ¿me puedes explicar qué haces todavía aquí, pinochita?

Pongo los ojos en blanco y me subo al auto. Ella lo arranca, dejando solo la estela de tierra levantada. Yo me hago la loca e intento poner música, pero ella me da una palmada y chasquea su lengua contra el paladar.

—No te hagas la idiota y contesta.

—Marta...

—Alessandra...

—¡Cristo! —exclamo, porque sé que por más que trate de saltarme lo de contarle, no lo voy a lograr—. Anoche dormí con Andrea Pacci.

—¿¿¿Quéééééé??? —grita dando un frenazo.

Mi cuerpo va y viene, me dan ganas de matarla por frenar de esa manera y más a la velocidad que veníamos.

—Lo que escuchaste. Por favor, te ruego, llévame a casa y luego de un baño te cuento todo.

—Alejandra, te advierto que no te dejaré en paz hasta que lo hagas —me advierte y suelta una carcajada—. Quién iba a decirlo: Andrea Pacci y Alessandra Offi... Mira que ya huelo a euros.

—¡Marta!

Ella arranca el auto y enciende el sistema de sonido. *Wherever I Go* de OneRepublic suena a todo volumen, mientras mi propia Penélope Glamour conduce como si fuera la misma carrera del siglo.

Luego de un baño y otro desayuno que sí ingiero, estoy sentada en

posición de loto para contarle a Marta todo lo que sucedió anoche. Ella está tomando un jugo de clorofila mientras encuentro las palabras para comenzar la historia.

Sé que en el fondo no va a creerme que tuve sexo con el soltero más codiciado de todo Milán, que seguro fui drogada y me han violado. Yo estoy a punto de creerlo, pero tengo la nota y recurro a ella para que mi amiga pueda creerme.

Busco mi bolsa de mano, que los tecnicismos de la moda muchas veces confunden, pero toca aprenderlos. Saco la tarjeta y se la entrego. Por supuesto, Martita, la que cree que me drogaron, me da una mirada escéptica y la lee.

—¡Oh, por Dios! —grita levantándose del sillón.

Me da una hemiplejía cuando veo el jugo derramarse en el sofá blanco. Ella ignora mi estado y sale corriendo en busca de una Biblia. Mi amiga puede ser un poco loca cuando está asombrada.

—¡Suelta el almohadón! —me grita.

—Se le va a pegar, idiota —chillo.

Ella lo arranca de mis manos, lo tira al suelo y siento que me está temblando el ojo, porque mis almohadones nunca están en el suelo y menos se ensucian. La decoración de mi casa es moderna y austera, predomina el blanco debido a que es un reflejo de que mi propia vida perdió los colores hace mucho tiempo.

—Luego te ayudo a limpiarlo, pero ahora dame tu mano, que vas a jurar que lo que me cuentes es cierto —me dice la cerda de mi amiga.

—Marta, te juro que a veces no sé cómo somos amigas —contesto y pongo la mano izquierda en la Biblia.

—Repite: yo, Alejandra Palazzo, juro por las sagradas escrituras que todo lo que voy a contarte es cierto, Marta Facelli.

—¡Marta!

—¡Júralo!

Entonces recuerdo a Harry Potter y el Mapa del Merodeador, y le suelto una fresca:

—Juro solemnemente que mis intenciones no son buenas.

—¡Alejandra! —me regaña.

—Vale. Yo, Alejandra Palazzo, juro por las sagradas escrituras que todo lo que voy a contarte es cierto, Marta Facelli.

Marta pone su mano sobre la mía y me da una sonrisita que ganó esta vez la batalla.

—Yo, Marta Facelli, juro por las sagradas escrituras que de mi boca nunca saldrá nada.

—Eso espero.

Ella suelta una carcajada y yo le cuento todo mientras lavo el almohadón. Mi amiga no sale de su asombro con cada palabra que profieren mis labios. Le cuento lo maravilloso que se comportó Andrea conmigo en el techo de la catedral y cómo fue ese primer beso de ensueño. Ni en los míos imaginé que sería observando la hermosa *Piazza del Duomo*, que el cielo estaría estrellado y podríamos ver *la mia amata città di Milano*. No puedo saltarme nada y le cuento cómo terminó la noche. Eso sí, guardo para mí ciertas cosas que quiero mantener en privado.

No era una fantasía, porque todo lo que sucedió con Andrea fue real; no me lo imaginé, lo viví y lo sentí.

—Alejandra, te quiere para él por el tiempo que desee —comenta sorprendida—. ¿Sabes lo qué significa eso?

—No, Marta. La verdad, todo esto me asusta y creo que voy a renunciar a la campaña.

—¿Estás loca? No puedes hacerme eso, sabes que luché con uñas y dientes con las víboras por ese contrato. Es un millón de euros, Alejandra, no te puedes echar para atrás.

—¿Me estás vendiendo por un millón de euros?

—No, pero al fin podrás renunciar al modelaje y abrir la clínica que tanto quieres, ser Alejandra y jugar con Arcoíris, dejar atrás a Alessandra. —Suspira—. Amiga, has vivido obsesionada por tres años por ese hombre y esta es tu oportunidad de ver con tus propios ojos si es un príncipe azul o un sapo.

Respiro hondo y me quedo pensando. Claro que sé que tiene razón y también que si rescindimos el contrato, la multa será el triple de lo que ofrecen. Anoche acepté lo que él me propuso, pero tengo miedo de perderme en la pasión que me ofrecen sus brazos y luego no pueda reconocerme. Me costó mucho llegar a donde estoy ahora, no lo digo por el modelaje, lo digo por mi salud mental.

Al salir de Venezuela, dejé muchas cosas atrás y lo primero fue la

inseguridad que tenía sobre mi cuerpo; me ataca, claro que me ataca muchas veces como anoche, pero ustedes entenderán que, dado el historial donjuanesco del hombre, no podía creer que posara sus ojos en mí. Sí, sé que soy una modelo, pero digamos que Andrea Pacci prefiere a las mujeres talla cero y no de la talla dieciséis.

Marta duerme como ceporra mientras yo tecleo mi próximo proyecto en la computadora. Estudié Ciencias Veterinarias porque me gustaban los animales y, aunque ahora me dedico a tiempo completo al modelaje, mis inicios en Milán fueron trabajando en una clínica de pequeños animales. Recuerdo que, cuando estudiaba, mi pasión eran los equinos, trabajé mucho tiempo con ellos en la facultad y hasta aprendí a montar. Ahora aquí monto de vez en cuando, una hermosa yegua que me regaló un jeque.

Mi madre no podía creer que me estaba codeando con la mismísima realeza árabe y que me iba tan bien que no pensaba volver al país. Arcoíris, como la bauticé, es de la raza árabe, una de las más conocidas, y es hija de un padrote premiado por la *United States Equestrian Federation*. Fue amor a primera vista. La pobre no dejaba que nadie la montará y recuerdo que la llevaron solo para que luciera en el comercial. Me acerqué a ella y acaricé su frente, y le dije que solo le faltaba el cuerno para ser un unicornio.

Arcoíris relinchó y luego me aventuré a montarla. El jeque observaba todo a distancia y decidió regalarme al animal porque decía que había domado en minutos su espíritu indomable. Ella es mi compañera en mis días tristes y cuando enfermó hace meses con Timpanismo, dormí con ella en la caballeriza rogando al cielo que no claudicara. Entonces, recordé cuánto amaba mi profesión y decidí que era tiempo de retomarla.

Deseo abrir una clínica de atención equina muy cerca del club hípico donde tengo a mi yegua; creo que sería maravilloso poder trabajar de nuevo con lo que realmente me apasiona y me da vida. Tengo el proyecto casi listo para presentarlo en el banco y comprar un edificio que es el idóneo para la clínica, solo que ahora creo que mi tiempo será controlado y no sé cuánto me tomará volver este sueño realidad.

Mi amada Arcoíris tendrá un lugar donde ser atendida. En el fondo creo que ella es un unicornio y que tiene escondido su cuerno porque

la maldad de este mundo podría afectarla. Sé que suena loco, pero cuando nos tomamos fotos juntas, siempre se ve el reflejo de un arcoíris, lo que para mí es mágico porque en mis sueños de nubes de algodón y príncipes encantados de cuando era niña, siempre, siempre soñaba con tener mi propio unicornio.

Le doy *guardar* al archivo y cierro mi laptop. El sueño y el cansancio comienzan a pasar factura, y en pocas horas iré a sellar mi destino en la hermosa Toscana.

Camino y camino, pero no encuentro la salida de este maldito laberinto. Los setos se mueven y crujen como si estuvieran vivos. No puedo creer que esté perdida en este lugar. No sé dónde estoy ni cómo llegué, solo sé que mientras más me adentro, más perdida me siento.

Despierto sobresaltada al escuchar un estruendo en mi cocina. Salgo disparada y creo que me estoy encontrando con una caricatura en donde a la mujer le ha explotado algo en la cara. Cristo Santo, Marta está parada con su cabello negro chamuscado por el fogonazo.

—¡Marta! Pero, ¿qué te ha pasado?

Ella se pone a llorar como una niña pequeña y corro a su lado para abrazarla. La llevo al mesón y la siento en el taburete. Busco una toalla húmeda y se la paso por el rostro, muerdo mi labio cuando me doy cuenta de que no tiene cejas ni pestañas.

—Martita, cálmate y dime qué sucedió —le pido preocupada.

—Yo que nunca cocino —chilla.

—Lo sé, lo sé. Por eso dime qué ha pasado —insisto para no reírme.

—¡No te atrevas a reírte! —me advierte, señalándome—. Iba a cocinarte para que te fueras a la Toscana sabiendo que te quiero y tu maldita cocina ha explotado.

Me enternezco, pero no aguanto y suelto una carcajada. La pobre, cuando se vea en el espejo, va a morir.

—Eres una perra. No sé cómo soy tu amiga...

—¡Ay, Martita! ¡Pero es que tienes que verte! —contesto riendo.

—¿Qué? —Sale corriendo y grita que soy un pedazo de mierda—. No tengo cejas, parezco sacada de *Mi pobre angelito*.

No aguanto más y me río con ganas de mi amiga.

Dios, que ella debería llamarse *catering* o *delivery*, todo lo compra hecho porque le tiene alergia a la cocina. Ella no aguanta más y llora como una niña pequeña, me acerco a la nevera y saco dos bolsas de guisantes congelados y se los pongo en rostro. Se queja, pero ni caso, busco en mi pequeño huerto la planta de aloe vera y saco el cristal para lavarlo y hacer una crema con vitamina E.

La pobre lo que hace es quejarse mientras trato de ayudar un poco. Cuando le quito la bolsa de guisantes, le reviso el rostro con detenimiento y digamos que solo fue un pequeño chispazo. Le coloco la crema con delicadeza y le entrego dos ibuprofenos.

—Ve a dormir, ya comeré algo en el aeropuerto —le ordeno.

—Alejandra, ¿qué haría yo sin ti? —me pregunta, haciendo un puchero.

—Creo que todavía comerías sopas de latas y vivirías en aquel nido de rata.

—Ja, ja, ja. Claro que no porque sería la misma fotógrafa famosa, pero sin ti. —Suspira—. La vida sin tu amistad no tiene sentido.

—Lo sé. Vamos, loca, que me voy por una semana.

Ella asiente y se toma sin agua las píldoras, no entiendo cómo puede hacerlo. Se levanta, me da un abrazo y me susurra *Arrivederci*.

Veo el reloj de pared y voy justa de tiempo, corro hasta mi habitación y tomo una ducha corriendo. Me visto con unos jeans pitillos, un suéter negro y unas zapatillas deportivas. Tomo la maleta que hice, la cual es pequeña porque en la villa me espera el vestuario del comercial. Paso a la habitación de Marta y la encuentro dormida, me acerco y le doy un beso en la coronilla.

¿Alguna vez han sentido que quieren a un amigo como un hermano?

En mi caso sí, lo siento con ella. Mi amiga no tuvo un comienzo en la vida nada fácil, quedó huérfana de padres y su tía, la bruja Alda, que le complicó la vida a mi amiga (creo que la palabra que mejor describe lo que hizo con la niñez de Marta es “pedazos”). Las dos encontramos la salvación la una en la otra, construimos nuestras vidas desde los cimientos. Nos comimos las verdes y ahora nos comemos las maduras, porque juntas sabemos que podemos lograr lo

que queramos.

Ella fue mi bote salvavidas cuando pensé que tendría que volver a mi país con el rabo entre las piernas, me ayudó a olvidar a la Alejandra insegura y a hacer la fachada de Alessandra. Sin embargo, siempre pensó que estaba loca por obsesionarme con Andrea, creo que lo del desayuno fue una muestra de que está preocupada.

Lo acepto, también lo estoy porque no sé qué me espera de toda esa locura que pienso vivir.

ANDREA

La vida me ha puesto todo fácil desde que nací, creo que por eso me siento tan vacío. Mis padres fueron los mejores, siempre tuve amor con ellos y, luego de su muerte, nada llenó aquel hueco que dejaron.

Crecí sabiendo que debía hacer expandir el imperio que ellos dejaron en mis manos, me preparé para ello y he hecho todo lo que debía hacer. Sin embargo, me siento infeliz, porque siento que algo falta para completarme.

He vivido una vida de exceso buscando eso que falta, nada me llenaba y creo que pensé que era desdichado por naturaleza. Aquella noche que la vi por primera vez, iba hasta las trancas de alcohol, pero aquellos ojos color café me embrujaron. Nadie en aquella fiesta sabía quién era ella, una desconocida que iba del brazo de un fotógrafo jugando a ser famoso.

No iba a perseguir a la chica que calló en mis brazos por error, así que me olvidé y pensé que era una laguna de esas tantas que me causa el alcohol.

Un día estaba de camino a una fiesta con la modelo de turno y ella me enseñó una revista de alta costura; se sentía ofendida por un artículo sobre modelos de tallas grandes, y fue cuando la vi de nuevo: Alessandra Offi, aquella chica de la fiesta. Pensé que era alguna casualidad. Consolé a mi acompañante y, al dormirse ella, leí con detenimiento aquel artículo. No podía creer que era ella, porque en las fotos, con tanto maquillaje, no parecía aquella muchachita natural que atajé en mis brazos.

Pasaron los años y no me atreví a acercarme, pero seguí su carrera de cerca y llegó un momento que no importó ir más allá. Decidí investigarla y me encontré que aquel nombre italiano era un seudónimo para trabajar en las pasarelas. Ella era una chica normal

que en sus comienzos trabajaba como veterinaria mientras le salían trabajos de poca monta. Se veía esporádicamente con un hombre, pero no tenía una pareja formal.

La quería para mí, la deseaba y todo el invento de la campaña fue un plan muy bien ideado para conseguirlo. Pensé, hace dos noches, que ella no asistiría a aquella fiesta que organicé en su honor y cuando aterrizó en mis brazos, luciendo aquel vestido rojo, creí que estaba soñando. Salí corriendo de mi propia casa, sintiéndome ahogado de lo mismo, pero saber que ella estaba ahí y que yo estaba perdiendo la oportunidad de acercarme, me hizo tomar el camino de regreso.

Cuando la vi sola y con la mirada perdida en la luna en la terraza, asumí que era el momento. Aquella aventura en el *Duomo* selló con un beso el cometido, la estaba conquistando y sería mía.

Mía, por muy poco tiempo.

Recuerdo los resultados de los exámenes médicos y un frío paralizante recorre mi columna vertebral. Tengo seis meses para intentar ser feliz y sé que ella podrá darme lo que busco, aunque no sé si está dispuesta a pagar el precio que ello conlleva.

La felicidad es una putada que tuvieron que haber inventado los griegos, porque no se encuentra tan fácil y los seres humanos la buscamos como si se tratara del mismo Santo Grial.

Hace dos noches comprendí que la felicidad puede encontrarse en las cosas más ínfimas, la risa genuina de una hermosa dama y el beso de la mujer que quieres para ti.

Mes uno y faltan cinco.

Cinco meses para poderme ir en paz.

El verano en Italia creo que es con lo que sueñan muchas personas en todo el mundo. Los italianos son maravillosos, amables y hospitalarios, trabajadores incansables, gritones, gesticulan mucho al hablar y enamorados de la vida. Siempre he pensado que *Hollywood* nos vende una mala imagen de su gentilicio.

En la Toscana puedes observar a hombres y mujeres trabajando en sus tierras, porque desde el peón hasta el dueño pasan la jornada laborando codo a codo. Esta es mi primera vez en el Valle del Chianti, que es una de las comarcas más famosas y atractivas de la región. La belleza de sus paisajes y esos pueblos, con sus casas de piedra construidas hace siglos, convierten al viaje en un idilio toscano.

¿Cuántas veces hemos soñado con un atardecer en las colinas de la Toscana? El mismo que vemos en las películas, de colores vivos y que nos transportan hasta ahí. Creo que si algún día decido dejar Milán, me mudaría aquí porque solo el paisaje me ha enamorado.

Recorro los valles divididos en cultivos e hileras de cipreses que recortan con sus sombras los colores cambiantes de la campiña. Ahora pierdo mi vista en un inmenso viñedo y, cerca de una colina, un palacete. Mis manos sudan por los nervios, porque no sé qué pueda encontrar allá. Estoy tan cerca y tan lejos de sellar mi destino que mi corazón late atemorizado. La vida me ha enseñado que nada dura para siempre y que los momentos pueden ser efímeros como el humo que se escapa de tus manos.

Ni toda esta belleza natural me quita el presentimiento de que mi vida está a punto de cambiar, pero todavía no sé si es para bien o para mal.

¿Recuerdan aquella película de Will Smith? Creo que se llamaba *En busca de la Felicidad*. En esta, él busca su norte y lo encontró en donde menos pensó. Creo que eso mismo me sucedió a mí en el camino de encontrarme, solo que cuando los miedos del pasado atacan, no hay marcha atrás.

Mi peso ha sido mi karma y he llegado muchas veces a la

conclusión de que en mi otra vida fui flaca y detesté a las gordas. Yo creo que todo es un círculo que se repite, que las almas están destinadas a volver de nuevo a la tierra y que te conviertes en lo que más odiaste en tu vida anterior. No encuentro razones coherentes para que las personas se burlen y me vejen por mi peso, no se detienen a pensar en el sufrimiento o las grietas que van dejando en los corazones.

A ver, les explico: para nadie es un secreto que vivimos en una sociedad bastante cruel que nos impone estereotipos de lo que debe ser bueno o malo. Ahora, por un minuto, imaginen ser gorda en el país que ha dado más reinas de belleza en el mundo. No es nada fácil, porque en los hogares venezolanos es casi una religión ver esos certámenes; hay niñas que sueñan con ser seleccionadas por un hombre que se nombró el juez y señor para decidir quién es bella.

Yo, en el fondo, soñé con ser *Miss*, pero caí de la nube cuando me di cuenta de que nunca iba a tener las mal llamadas “medidas perfectas”. Creo que les dije que soy “noventa, sesenta y revienta” y que, con mi metro setenta y cinco, dicen que no soy gorda, sino rellena, pero me veo como una bola al lado de mis amigas que pesan cuarenta o cincuenta kilos.

Sufrí las burlas de mis compañeros y aunque trataba de esconder el dolor tras la soberbia, me herían y mucho; padecí que un chico que me gustaba, no me prestara atención porque no era de su tipo.

Aquí en Italia, en cambio, me sentí libre porque, aunque hay mujeres delgadas y muy hermosas, no existe ese tipo de desprecio. El hombre italiano admira a las mujeres, las respeta y las aman sean altas, bajitas, flacas o gorditas.

Fue Giovanni quien me demostró que un hombre podía desearme, que podía disfrutar de mi cuerpo. Él me enseñó a quererme un poquito más de lo que normalmente lo hacía y le debo mucho por eso. Los dos sabemos que no nos amamos (o eso creo), pero hay algo que nos une y que nos mantiene juntos. La verdad, no encuentro cómo contarle todo esto que estoy viviendo y menos sé cómo irá a tomarlo.

Al fin, el coche que dispuso Andrea para mí entra al camino de tierra que lleva al palacete y creo que estoy a punto de vomitar. Cierro los ojos, tomando el valor necesario para enfrentarme al destino. Mis

demonios amenazan con salir y eso me asusta, claro que lo hace, y estoy a punto del colapso.

—*Signorina*, hemos llegado —me anuncia el chófer.

Respiro hondo contando, pero antes de llegar a diez la puerta se abre y yo abro mis ojos. Andrea me observa con una sonrisa en los labios y yo siento un alivio que recorre todo mi cuerpo. Me ofrece su mano y, temblorosa, la tomo; él besa la palma y sus ojos penetrantes me estudian con detenimiento.

—*Principessa*... —susurra con voz ronca.

Siento que la sangre se me va a la cabeza y debo estar sonrojada porque no estamos solos: hay personas que bajan mi equipaje, otras que están en las escaleras, esperando, y otras más que pasan muy cerca, mirando la escena.

—Señor Pacci...

Él alza la ceja, divertido por la manera en que lo he llamado, pero se me acerca sorpresivamente y me besa en los labios. Mis piernas me fallan y él me toma por la cintura mientras su lengua irrumpe en mi boca, dominando todo. Dejo que me bese porque necesito este choque de realidad para saber que no estoy soñando.

Rompe el beso y pega su frente a la mía. No quiero abrir los ojos, no quiero volver a la realidad.

—Creí que era Andrea, tu dios —murmura contra mis labios.

Esas palabras me hacen abrir los ojos y ponerlos en blanco, mientras él me observa con un brillo especial en su mirada.

—Pensé que íbamos a guardar las apariencias —comento en voz baja.

Ahora es él quien pone los ojos en blanco y me da un beso en la nariz. Ese gesto me confunde, calentando un poco mi corazón.

—No pienso guardar las apariencias cuando voy a dormir contigo todas las noches en mi habitación.

—Andrea... —susurro su nombre, sobrepasada.

—Aceptaste el trato y espero que lo recuerdes.

Toma mi mano y me arrastra hasta el comienzo de las escaleras. Esboza una sonrisa maliciosa y, en lo que menos espero, me carga en sus brazos.

—¡Bájame! —grito y él suelta una carcajada.

Él ignora mi ruego y sube de dos en dos los escalones de una manera asombrosa. Yo peso noventa y cinco kilogramos, tampoco es que soy una pluma. Los trabajadores se ríen mientras entramos al palacete, y yo veo el vestíbulo imponente de mármol y la escalera que se divide en dos. Sube por la parte derecha y cruza un pasillo largo en el que solo se cuentan dos puertas. Llegamos a la que se divisa al final y la abre, me baja y me da un beso en la mejilla.

—Bienvenida.

Estoy maravillada por la bella decoración de la habitación. Mi vista se pierde en la pared de piedras y la cama *king size* de madera cubierta, con un cubrecama color crema, muchos almohadones blancos y, a los lados, dos mesitas de noche de madera con lámparas antiguas. Entro tímidamente y pierdo mi mirada en el ventanal desde el cual se ve toda la plantación de uvas. Dos sillones isabelinos de color crema están a los lados para sentarse a admirar la belleza imponente del paisaje.

Paso mis dedos por la chimenea de mármol y llego a la puerta para salir a la terraza. Me giro y encuentro a Andrea sentado en la cama, mirándome. No puedo creer que yo esté aquí con él. Si me preguntan, creo que ya me he deschavetado de la cabeza y que seguro estoy en un psiquiátrico imaginando todo esto.

—Eres perfecta —murmura.

—No lo soy —contesto.

—¿Por qué no lo eres? —inquire, alzando una ceja.

—No puedo entender cómo te gusto, no soy delgada como las mujeres que frecuentas.

Andrea se levanta, pero me doy cuenta de que parece marearse. Sin embargo, se recompone de inmediato.

—¿Estás bien? —le pregunto y él solo asiente.

Se acerca a donde estoy de pie y me toma de la cintura. Alza mi barbilla y con su pulgar acaricia mis labios.

—Para mí eres perfecta. No importa tu peso o tu aspecto porque lo que quiero de ti estás por entregármelo.

—Pero... —Él pone sus dedos en mis labios.

—Deja a un lado la apariencia y muéstrate con naturalidad, porque tú eres perfecta.

—Andrea...

—A mi corazón, para latir, no le hace falta el maquillaje ni un cuerpo delgado. Tú eres lo que quiero y deseo.

—¿Por qué yo?

—Porque pensé que eras un sueño y eres real. Déjate llevar y entrégate.

Me besa castamente en los labios y me lleva hasta la cama. Estoy cansada para tener sexo y no sé de qué va este acuerdo. Nos acostamos y él me abraza contra su cuerpo, yo cierro los ojos y pego mi cabeza a su costado. Escucho unos ronquidos cuando respira, iguales a los de mi mamá cuando le daba asma.

Estoy medio dormitada cuando le entra un ataque de tos y sale corriendo al baño, tranca la puerta y me deja preocupada, escuchando que no se le calma. Me levanto y camino hasta la puerta.

—Andrea, ¿estás bien? —pregunto, mordiendo mi labio.

—Sí. —Tose—. Ve a que te den algo de comer, yo ya te alcanzo.

Escucharlo toser me asusta y quiero entrar a ver con mis propios ojos qué sucede.

—¿Seguro? —insisto asustada.

—¡Sí, sal de aquí! —grita molesto.

Me tensó y salgo de la habitación maldiciendo para mis adentros. Me doy cuenta de que dejé mi móvil en el bolso y me regreso para agarrarlo. Debería avisarle a Marta que llegué bien. Abro la puerta sin avisar y él se está quitando la camiseta blanca que está salpicada de sangre.

—¡Andrea! —grito alarmada.

Él maldice en voz alta y yo me acerco corriendo, trata de esconder la camisa y su rostro se torna serio.

—Te pedí que te fueras —me espeta.

Me detengo a mitad de camino y lo observo dolida por el cambio de actitud. Voy a donde está mi bolso y saco el móvil.

—Vine por esto. —Le enseño el móvil y salgo de nuevo.

«*Vaffanculo... ¿Qué carajos se cree?*».

Bajo las escaleras y salgo de la casa, molesta y confundida. ¡Pero qué pretendo, Dios mío! Prácticamente acepte lo que él quisiera. Le estoy dando el poder de tratarme como le dé la gana.

«Alejandra, definitivamente tú no aprendes».

Llevo una hora perdida en el campo y ya comienza a caer la tarde. Trato de devolverme sobre mis pasos, pero siento que esto parece un laberinto sin salida.

Luego de llamar a Marta, decidí que era buena idea poner un poco de distancia entre *il Signore* y yo; total, eso es lo que deseaba, después de todo.

Creo que al fin he encontrado el camino correcto porque diviso a lo lejos el palacete. La naturaleza me relaja y aleja un poco las inseguridades que han nacido luego del arrebató de Andrea.

No puedo creer que luego de decirme aquellas palabras, se comportara como un patán. Se supone que las emocionales somos las mujeres y, además, yo solo deseaba ayudarlo pues puede que sea asmático, qué sé yo. Muchas veces mi madre sangraba un poco después de un exceso de tos porque se rompía algún vaso sanguíneo del esfuerzo.

A lo lejos diviso un caballo trotando a toda velocidad y me detengo porque el sol me ciega. Pongo la mano sobre mis ojos y trato de enfocar para ver si es uno de los trabajadores. A medida que se acerca, me doy cuenta de que es él, y viene con cara de pocos amigos.

Me cruzo de brazos y me quedo esperando para que, por lo menos, me lleve de regreso. Detiene el hermoso corcel de color negro como la noche y se baja de un salto. Parece perder el equilibrio, pero creo que son ideas mías y que estoy viendo cosas donde no las hay.

—Alessandra... —me llama—. Llevo una hora buscándote. Te dije que bajaras por comida, no por un paseo.

Su regaño me sabe a *casabe* (es decir que me da igual; lo siento, pero soy cincuenta por ciento venezolana) y lo ignoro. Paso por su lado porque pienso montar e irme para dejarlo aquí. Él me toma del brazo con rapidez y me detiene.

—Te estoy hablando.

—Quiero una habitación para mí —contesto.

—Alejandra...

—También que me expliques cómo es que sabes tanto de mí. ¿Acaso me investigaste? —le grito y me cruzo de brazos.

Observo que por su rostro pasa el rastro de la culpa con mi pregunta. Sé que lo ha hecho, solo necesito saber a cuenta de qué o por qué lo hizo.

—Estás molesta —comenta.

—No me digas, pensé que eran cosas mías.

—Siento mucho haberte tratado mal en la habitación.

—Señor Pacci, creo que lo que sucedió entre nosotros es mejor que no vuelva a suceder jamás. Fin del asunto.

Me jala contra él y me toma del mentón. Sus ojos se oscurecen y me observan con rabia. ¿Pero qué le pasa? Estoy muy clara que soy la que se folla, que este es mi turno de caer en sus redes. Su historial lo precede y santo no es, todo el mundo en Italia sabe que Andrea Pacci es otro Don Juan Tenorio.

—Alejandra Valentina —me llama en perfecto español, rechinando sus dientes, y agrega—: Mía, aceptaste ser mía y solo yo puedo poner fin a esto.

Me sorprendo de lo bien que habla el castellano y trato de entender lo que acaba de decirme. Me suelto de su agarre y le doy una bofetada.

—No soy una de las modelitos con las que estás acostumbrado a follar. Sí, acepté el trato, pero puede romperse cuando yo quiera.

Me toma de nuevo del brazo y me besa. Después muerde mis labios de manera posesiva mientras su lengua tienta a la mía. Aprieto mis puños con rabia porque no puedo creer que todas las células sensitivas de mi piel se despierten con un pequeño roce de sus manos o labios. Me dejo arrastrar por el deseo y llevo mis dedos a su cabello perfectamente desordenado, lo halo, pegándolo a mi rostro, y de su garganta se escapa un sonido gutural. Sus manos vuelan por debajo de mi suéter, encendiendo cada poro de mi piel.

Soy una loca por aceptar esto, por aceptar que, en otro ataque, me vuelva a tratar como un trapo, pero me gusta, me gusta mucho. Creo que, en el fondo, a todas las mujeres nos gustan los chicos malos porque creemos que podemos salvarlos.

Rompe el beso y pega su frente a la mía. Yo acaricio su cabello de forma suave y él esboza una sonrisa tímida.

—Te investigué porque te quería para mí —confiesa.

—¿Por qué me escogiste a mí?

—Porque para ser bella no necesitas de medidas perfectas. Tú brillas, Alejandra, brillas con luz propia. —Deja un beso en mi nariz y yo hago un mohín—. Hace tres años pensé que eras un hada y que yo iba hasta el gorro en alcohol, pero después te vi en una revista y supe que eras real.

—No soy perfecta —lo contradigo, sobrepasada.

—Sé que fui un bastardo hace un rato y te pido disculpas. Me asusté cuando no te encontré.

—No entiendo qué quieres de mí.

—Un poco de luz para saber qué puedo hacer las cosas bien.

Me da un beso casto en los labios y me lleva con él hasta el caballo. Me ayuda a subir y luego sube él. Me abrazo a su costado y me asusto al sentir una protuberancia extraña en su parte derecha.

«Déjate de pensar en estudios clínicos, no es un animal y tú no eres doctora de personas».

Pego mi cabeza a su espalda y veo pasar el paisaje a toda velocidad. Llegamos a la caballeriza y se baja, me hace seña para ayudarme, pero aún estoy molesta así que decido hacerlo por mí misma. Él niega, divertido, y yo lo ignoro porque cuando se me crucen los cables va a conocer a Alejandra Palazzo porque voy a voltearle de nuevo la cara de otro guantazo.

—Mañana tienes la primera sesión —me informa mientras caminamos hasta el jardín trasero.

—Estaré preparada. ¿A qué hora es?

—A las once. Pensé que sería buena idea comenzar por la bodega.

Asiento y me siento en la primera silla que encuentro. Él se sienta frente de mí y de la nada sale una de las señoras a dejar una jarra de limonada fresca.

—Cenaremos aquí —le informa.

Miro la mesa y la pequeña lámpara que ilumina. El sol ya está casi oculto, tapado por algunas nubes, y el azul del cielo se oscurece y se funde en un color anaranjado anunciado que se acerca la noche.

La verdad, no logro entender eso que dijo Andrea, que yo soy luz. ¿Se referirá a un hada?, pero sería una bien gorda y a punto de

reventar. No, esto parece una locura.

—Parece un sueño... —murmuro en voz alta.

—No lo es, esto es real y me tomó mucho tiempo dar el primer paso para tenerte.

Frunzo el ceño y pongo las manos en la mesa. Lo observo seriamente y él lo hace expectante a lo que pueda decirle. Creo que en el fondo le divierte todo esto, que le fascina verme así, tan confundida. Ya creo que se va destiñendo y que es un sapo de lo más feo.

—¿De qué va el acuerdo? ¿Sexo? ¿Swinger? Ya sé que sado no, pero quiero saber a lo que voy a enfrentarme.

Él alza una ceja y creo que su barba cobra vida cuando esboza una sonrisa. Se acerca a la mesa y me contesta:

—Sexo, claro que habrá sexo y no creo que te quejes, pero lo de compartir no sé me da muy bien. —Alza sus hombros—. Soy hijo único —aclara después—, y lo que quiero es que te entregues en cuerpo y alma.

—Creo que estoy firmando el acuerdo con el Diablo.

—No, pero sí me enseñarás lo que es estar en el Cielo antes de ir al Infierno.

Voy a contestarle, pero nos interrumpe los empleados con la comida. Nos sirven y los dos comemos en silencio. Este hombre comienza a ponerme de nervios y creo que, cuando se vaya, será mi perdición.

Estoy terminando de comer cuando se enciende la pantalla de mi móvil con un mensaje de Giovanni. Leo la pequeña pestaña y me siento terrible con sus palabras:

Hoy en la tarde recordé lo divertido que es despertar en tus brazos después de un largo día de trabajo. No entiendo por qué, si somos tan perfectos estando juntos, no podemos permanecer así.

—¿Alguien especial? —me pregunta Andrea, curioso.

—No, solo un amigo.

Él alza su ceja y toma su copa de vino, da un trago largo y se la bebe. Se levanta y me ofrece su mano.

—Vamos, que quiero descubrir qué se siente acurrucarse frente a una chimenea.

Frunzo mi ceño y le hago caso. Subimos a la habitación en silencio y recuerdo sus palabras.

—Quiero dormir sola —le revelo mi deseo.

—¡No!

—Esto va muy rápido, necesito un poco de espacio —manifiesto asustada.

Se detiene en la puerta que está justo frente a la de él y la abre. Una hermosa habitación de colores tierra aparece ante nosotros.

—Solo por esta noche —accede.

—Gracias.

—Traeré tus cosas, pero mañana te quiero de regreso en mi habitación —me advierte.

Andrea comienza a toser de nuevo y eso me pone los pelos de punta. Se calma rápido, pero me doy cuenta de que un hilo de sangre corre por la comisura de sus labios.

—¿Estás bien? —le pregunto y llevo mi mano para limpiarlo.

Él me detiene de manera brusca y doy dos pasos atrás de nuevo, herida por este nuevo arrebato.

—Lo siento —me dice, limpiándose.

—¿Estás enfermo?

—Solo es asma. Voy por tus cosas.

Sale de la habitación dejándome pensativa. Puede ser posible, a mi madre le ha sucedido. Él fuma, también eso puede empeorar la crisis.

Entra y deja mi maleta. Va hasta la chimenea de gas y la enciende.

—Puedes usar esta habitación para cuando desees espacio —dice y yo asiento—. Ahora ven y cuéntame todo lo que no sé de ti.

Se sienta en el suelo frente a la chimenea y abre sus piernas para que me siente en el hueco entre ellas. Me abraza contra su cuerpo mientras le cuento sobre mi infancia y la vida que dejé atrás. Le canto un poquito de la canción que lleva el nombre de mi país, *Venezuela*, y se me forma un nudo en la garganta porque sigo llevando la luz y el aroma de mi patria en la piel. Extraño mucho el tomar guarapo por las mañanas, escuchar a mi madre hablarme en la mezcla de español e italiano, ver llegar a mi papá de dar clases e ir a esas playas donde quedó mi niñez.

Andrea me escucha atento y mi voz se confunde con el crepitar del

fuego. Se despide como un caballero cuando me dormito en sus brazos. Caigo rendida, sumergida entre la nostalgia por mi familia y pueblo, y confundida porque él da dos pasos y retrocede dos.

Andrea Pacci es una caja de Pandora.

ANDREA

La vida puede ser muy perra cuando quiere y lo sé porque me ha tocado vivirlo en más de una oportunidad. He tenido varias lecciones en mi vida y una de ellas es que el dinero no puede comprarlo todo, por más que lo desees.

No puedes pagarle al barquero para que no te lleve de este mundo, más bien le pagamos para que podamos cruzar al Inframundo. No puedes pagar para ser feliz y lo he intentado, ese tipo de felicidad es fugaz, se escapa de tus manos como cuando empuñas la arena del mar. Por eso, quiero intentar serlo junto a Alejandra y poder hacer las cosas bien. No obstante, mi estado de salud empeora, poniéndome de mal humor. Cualquier cosa puede significar un esfuerzo. Hoy la herí, sé que se sintió frustrada cuando la alejé, pero no estoy acostumbrado a la lástima de nadie y no quiero la de ella.

Enciendo el pitillo y me río de las ironías de la vida: no puedo dejar atrás el vicio que me está matando y ya es tarde, así que ¿para qué hacerlo?

La tengo tan cerca pero tan lejos... Quisiera poder estar tranquilo y poder poseerla. No solo quiero su cuerpo, deseo su alma y hacerla feliz, enseñarle que no necesita ser delgada o estar maquillada para que un hombre pueda amarla, que la belleza está más allá de lo que ven los ojos.

Enseñarle a aceptarse y amarse, para cuando ya no esté...

Dio, io non voglio morire. No quiero dejar esta maldita tierra sin encontrar lo que mis padres tenían. Perdí tres años por creer que ella estaba enamorada del fotógrafo. Qué equivocado estaba. Y ahora el tiempo del reloj de arena que marca mi fin se va desvaneciendo poco a poco.

Mientras apago el pitillo en el cenicero, siento crecer en mí la necesidad de tenerla cerca y tomo la decisión de buscarla porque

necesito sentir su calor para intentar dormir. Salgo en su búsqueda y, antes de abrir la puerta, tomo aire profundamente. Se me dibuja una sonrisa cuando la encuentro como La Bella Durmiente, pero abrazando la almohada y de lado. La luz de la mesa de noche sigue encendida y me acerco para apagarla.

Me acuesto a su lado haciendo cucharita y se remueve cuando la abrazo.

—Andrea... —susurra dormida.

—*Eccomi qui, mio amore.*

Beso su espalda llena de pecas. Quisiera poder encerrar todos estos momentos en una fotografía y guardar estos recuerdos solo para mí. Me siento un maldito egoísta por quererla en mi vida, y sé que cuando la conozca mejor, no voy a desear dejarla sola.

Quiero sanar para compartir mi vida junto a ella, porque percibo que es una persona pura de corazón. Si Dios existe, si lo hace, debería dejarme aquí a su lado. No quiero herirla, sin embargo, sé que lo haré cuando me vaya. Solo espero que pueda entender que me acerqué a ella porque puedo enseñarle a ver más allá de lo que encuentra al pararse frente al espejo.

Alejandra me despierta, me enciende y me enseña que puedo ser capaz de perderme en sus ojos color café, que alguien puede pronunciar la palabra NO, sin miedo a que pueda molestarme. Entre toda su inseguridad, es fuerte, muy fuerte y necesita un empujoncito más para dejarla atrás.

¿Somos capaces de hacer feliz a una persona cuando somos infelices?

Pienso descubrirlo, lo haré por ella y por mí. Necesito ver su sonrisa cómo la que me regaló estando en la *Piazza del Duomo*, quiero verla feliz como en las fotos que me entregó el investigador.

No quiero dormir porque, con cada hora de sueño, siento que pierdo un poco más de mi vida.

No quiero morir porque deseo vivir y estar a su lado.

No puedo dejarla ir porque ella me enciende.

Mio Dio, mio Dio, sto morendo per lei...

Ella se gira y puedo mirar su hermoso rostro por última vez antes de cerrar los ojos. Solo eso me bastará cuando llegue la hora en que

Átropos, una de Las Moiras, corte el hilo de mi vida.

Estoy al borde de un ataque de nervios con este fotógrafo que no para de gritarme. Al iniciar mi carrera como modelo, dejé que muchos fotógrafos me gritaran, creo que sentía miedo de quedarme sin trabajos. Pero ahora que tengo el nombre y el coraje, no permito que nadie me falte el respeto. Este hombre está comenzando a sacar mi vena asesina y no creo que soporte mucho su comportamiento.

—Vamos, gordita. Quiero terminar la toma antes que se acabe la luz natural —me dice con sorna.

Inutile pezzo di merda! Quisiera decirle eso antes de que termine la tarde mientras poso, cansada de sus indicaciones.

—¿Eres sorda? Quiero que subas la pierna sobre el banco, si es que el peso te lo permite.

«Ya está, me harté».

—*Vaffanculo!!!* —grito, enseñándole mi dedo medio.

—¿Qué has dicho? —pregunta divertido.

—Lo que has escuchado, *inutile pezzo di merda*.

—Yo soy el fotógrafo y debes hacer lo que quiero —contesta ofuscado.

—Puedes ser el mismísimo Dios, estúpido, pero te pagan por fotografiarme a mí y no insultarme.

Todos alrededor miran el enfrentamiento en silencio, observo entrar a Andrea y no me quedo callada.

—Pues puedo pedir a otra modelo y se te acaban tus aires de diva —me advierte.

—*Non mi rompere i coglioni* —contesto divertida.

—¿Qué sucede aquí? —inquire Andrea, interrumpiendo el impase.

Me tomo la copa de vino que estamos usando para la foto y camino hasta donde están ellos. Le doy una mirada furibunda al pelele y salgo de la bodega insultando al fotógrafo y a todas sus generaciones pasadas y futuras.

¿Pero qué carajos se cree?

Tengo tres malditos años modelando y una carrera exitosa, no soy

una novata para que venga un idiota a tratar de doblegarme por su nombre. Yo también tengo un nombre y no permito que nadie me trate de esa manera, no ahora, quizás en algún momento permití que me ningunearan, pero ya no.

Me subo al coche y marco el número de Marta en mi móvil, pero salta la contestadora. Nerviosa y molesta, vuelvo a marcar y sucede lo mismo. Entonces, llamo a alguien que puede calmarme y lo hará.

—*Cara mia...*

—Gio, un idiota fotógrafo vino a llamarme de nuevo gorda y no lo soporto —sollozo soltando la rabia que corre por mis venas.

—*Ragazza*, dime el nombre de ese idiota, ahora.

—Chris Zich.

Giovanni suelta una maldición y sé que está molesto. Todos en el medio quieren trabajar con Chris, es el responsable del éxito de miles de campañas publicitarias y además es el fotógrafo oficial de la *Vogue* norteamericana. Me puedo olvidar desde ya del contrato porque estoy segura de que si le pide mi cabeza a Andrea, me despide y, como la de Juan el Bautista, la pondrán en una bandeja de plata.

—No llores, *cara mia* —me pide con voz ronca—. No soporto escucharte o verte llorar, me pone de nervios.

—Lo sé, lo siento —hipeo.

—Ale, nadie puede venir a ningunearte y no es porque seas Alessandra Offi, sino porque ninguno tiene el derecho de hacer sentir menos a otra persona.

—Me llamó “gorda” en toda la maldita sesión, me aguanté casi cuatro horas de insultos y no puedo más.

—*Vaffanculo!* —exclama y chasque su lengua.

—Le dije de todo, me olvidé de hablarle en inglés y lo insulté en italiano —le digo nerviosa y le pido a mi amigo—: Espera.

Tocan la ventanilla del auto y me encuentro con Andrea que me pide que lo baje. Lo hago y él me observa contrariado.

—Baja, tienes que volver —me ordena Andrea.

—No pienso volver ahí —contesto.

—Vuelve y demuestra todo lo que has aprendido —me pide Gio por teléfono—. Eres Alessandra Offi y eso cuenta.

—Gio —susurro cansada.

Andrea se tensa y me arranca el móvil de las manos. Lo lleva a su oído y su rostro se enciende con la llamada de la rabia.

—Ella no es “tu querida” y creo que debes saberlo desde ahora —le informa a Giovanni y cuelga la llamada.

—¿Qué te pasa?! ¡Ese es mi móvil y no tienes derecho!

—Bájate del auto, Alejandra. Será mejor que lo hagas ya —me advierte.

Respiro profundo, tratando de calmarme, y hago lo que me pide. Me arreglo el espectacular vestido que llevo puesto y levanto mi mirada.

—No voy a permitir que me insulte más.

—No lo hará. Ahora vuelve, luego hablaremos tú y yo.

Regreso a la bodega con Andrea a mi lado y Chris se limita a tomar las fotos que necesita. Sin tanta indicación, me desenvuelvo tranquila, pero por dentro todavía estoy muriéndome de la rabia y la indignación.

Al terminar, me cambio y voy por mi bolso. Todo el ambiente está tenso y yo tampoco me intereso en saber qué les dijo Andrea. Todos me observan por el rabillo, pero no me interesa. Nunca me había comportado de esta forma en el trabajo, sin embargo, hay cosas que colman mi paciencia. Siempre he pensado que mi respeto es para quienes se lo merecen y nada más.

Al salir, encuentro al asistente guardando los objetivos de la cámara con cuidado y él me da una sonrisa cómplice.

—Qué bueno es ver que puedes defenderte sola —me comenta con una sonrisa.

—Gracias, deberías aprender de mí —contesto sonriendo.

—Es un grano en el trasero, pero aprendo mucho de él. —Alza sus hombros—. Además, Pacci le dejó muy claro que podría prescindir de él, sin embargo, no de ti.

Me quedo helada, sin saber que responder.

—Pues no sé a qué viene eso.

Camino solo unos pasos y el chico me dice:

—Oye, a ver si cuando terminemos me firmas una foto para mi hermano que está enamorado de ti.

Le lanzo un beso con mi mano y él sonríe, salgo de la bodega y me acerco hasta donde está estacionado el coche. Andrea está hablando,

ofuscado por su móvil y gesticulando con las manos. Todavía estoy molesta por su atrevimiento de arrebatarme el aparato de las manos y decirle esas palabras a Giovanni. A pesar de todo, estoy agradecida que pusiera en su puesto a Chris Zich.

Él se da cuenta de mi presencia y cuelga apresuradamente la llamada.

—¿Escuchaste algo?

—No —respondo, extrañada por su respuesta.

—Sube, que cenaremos fuera —me ordena.

Me estoy cansando de este juego de “él ordena y yo obedezco”, pero no tengo fuerzas para seguir riñendo y me subo al automóvil en silencio. Él me sigue y le informa al chofer que puede arrancar. Me toma por la cintura y me pega contra su cuerpo.

—¿Por qué lo llamaste a él y no me dijiste nada cuando entré? —me pregunta dolido.

Cierro los ojos y pienso un segundo. Nunca he tenido a alguien que me defienda. Bueno, sí, mi mamá y Marta, pero ellas son mi familia y normalmente los hombres me desechan luego de usarme. Giovanni es el único que se ha quedado a mi lado y nunca me ha abandonado.

—Es mi amigo —contesto.

—Y follas con él —contraataca y no es pregunta, es una afirmación.

Me tenso a su lado y me separo de él. No me mira ni un segundo, su rictus permanece serio y su mandíbula apretada al igual que sus puños.

—Si sabes lo que sucede entre él y yo, no entiendo para qué lo sacas a la luz.

—¿Lo amas? —pregunta con voz cargada de celos.

—Sí, pero no de la manera que piensas. —Andrea gira su rostro y me observa tratando de cavilar mi respuesta—. Giovanni y yo compartimos una amistad, él ha sido parte de mi vida en todo este tiempo y siempre ha estado para alentarme cuando lo necesito.

Andrea maldice en voz baja.

—No quiero que lo veas o llames nunca más.

—¡No puedes prohibirme nada! —chillo molesta.

—Mía, ¿recuerdas?

—Te voy a aclarar dos cosas —digo y respiro profundo—: no voy a

permitir que me prohíbas a quién tratar y a quién no, y tampoco que me digas qué hacer y qué no. Es mi vida. —Él abre los ojos, sorprendido—. Segundo, acepté estar contigo, pero no implica que todo mi mundo girará alrededor de ti. Quiero que estemos claro como en el agua. Giovanni es mi amigo y fin del asunto.

Andrea solo asiente y yo exhalo todo el aire contenido en mis pulmones, sintiéndome aliviada por dejar todo claro entre nosotros. Me cruzo de brazos y pierdo mi mirada en el camino. A medida que avanzamos, observo cómo cae el manto de la noche. Él me jala de nuevo a su lado y yo me resisto, pero logra su cometido abrazándome fuerte contra su pecho; escucho el sonido de las sibilancias y pienso que debe tener alguna alergia al campo que le causa el asma.

—Alejandra, eres el comienzo de algo nuevo en mi vida —me dice.

—No me conoces.

—Igual creo que me estoy enamorando de ti.

Suspiro por su confesión y cierro los ojos. «Terminaré por creer que Andrea puede ser el único que puede hacerme perder la cabeza. Dios, ayúdame». Por las emociones de la sesión, comienzo a sentirme exhausta y confundida. Sí, confusión: eso es lo único que logra el hombre que me sostiene en brazos.

—**L**egamos, *principessa*.
Abro mis ojos cuando deja un beso casto en mi frente. Siento que he dormido ocho horas completas, pero soy consciente de que solo han sido unos minutos.

Alzo mi rostro y me encuentro con el de Andrea, sus ojos brillan de manera especial al mirarme y sus labios forman una sonrisa que se vislumbra por su dentadura perfecta. Acaricia mi mejilla con su barba y suelto una risita porque me causa cosquillas.

—¿Dónde estamos? —pregunto.

—*Siamo a Firenze* —contesta—. Vamos, *ragazza*, que el tiempo es oro.

Nos bajamos del coche y entramos a un hotel de estilo renacentista. Se respira lujo y lo único que yo deseo es una cama para dormir. Entramos directo al ascensor y él marca el último piso. Me abrazo a él, cansada del día de trabajo, y corresponde pegándome a su cuerpo. Deja un beso en mi cabello y me susurra:

—Está noche dormirás luego que te haga mía.

Levanto mi mirada y él me observa con una expresión divertida; en mi rostro debe verse el asombro y con sus dedos pulgar e índice él cierra mis labios.

—Te deseo... —murmura.

Muerdo mis labios y la campanilla del ascensor nos avisa que hemos llegado a nuestro destino.

Andrea me insta a caminar y en el pasillo solo hay una puerta, por lo que me imagino que esta es la suite presidencial. Abre la puerta y me deja pasar primero, creo que he muerto y resucitado, porque estoy en el mismo cielo. El ventanal de la sala da a una vista panorámica perfecta de Florencia, se puede ver la hermosa catedral desde aquí y la ciudad iluminada como una perfecta postal. La cúpula de Santa María del Fiore se aprecia desde aquí, parece un sueño y uno del que no quiero despertar.

El sonido de un reproductor antiguo de discos de vinilo capta mi

atención, una melodía pegajosa comienza a sonar y yo sonrío, porque no tengo idea de quiénes son, pero es contagioso el estribillo. Él se quita la chaqueta de su traje y queda con la camisa negra abierta en los tres primeros botones. Me ofrece su mano y yo camino hasta él de forma tímida, y me toma por la cintura para bailar.

Nos mueve por la sala del hotel haciéndome sentir que estoy viviendo un sueño. Me separa de su cuerpo y me guía para que gire, mientras río y él sonrío observándome con ojos brillantes. Me pega a su cuerpo y me susurra con voz ronca:

—*I love you, you love me, I want to spent my life with you...*

Suspiro bajito, prendándome un poquito más de este hombre. Otra canción comienza a sonar y él toma mi mentón para dejar un beso casto en mis labios. Creo que siempre me imaginé vivir mi propia película de los años cuarenta o cincuenta, pero miren que nunca pensé que lo haría junto al hombre que me tiene en sus brazos.

—Me confundes —confieso en voz baja.

—Solo déjate llevar. Me tomó mucho llegar hasta aquí —contesta con voz ronca y se detiene.

—Andrea, todo va muy rápido.

—Quizás no nos alcance el tiempo para ser felices.

Sella sus palabras con un beso apasionado que me hace temblar las piernas. Después camina conmigo al ritmo de la música hasta acercarme al sofá, me acuesta sobre él sin despegar sus labios de los míos y me dejo llevar por la música romántica, sus caricias y lo mucho que me atrae.

Disfruto de este beso lento y casi eterno, porque no deseo que se acabe nunca. Quiero memorizar este momento como una película que reviviré en mi mente cada vez que esté lejos de él.

Sus manos recorren mi cuerpo mientras la voz masculina de algún cantante dice que “Soy su destino”, las mías vuelan a los botones de su camisa para abrirlos y acariciar su pecho. Rompe el beso y pega su frente a la mía, le quito su camisa y llevo mis manos a su mejilla. Su barba espesa hace cosquilla en mis palmas, me gusta sentir el tacto de ella contra mi piel. «Creo que es cuestión de tiempo para que me enamore de este hombre».

—Me perdí en tu mirada hace tres años —proclamo mi única verdad.

—Y ahora quiero que te pierdas conmigo y vivamos el tiempo que nos toque juntos.

Desabotona mi vestido tipo camisero y besa mis pechos. Murmura elogios en italiano mientras recorre con sus labios cada centímetro de mi piel. Entierro mis dedos en su cabello y lo desordeno cuando me tortura y me tienta con sus besos cerca de mi sexo. Deja varios al descuido y saca mis pantis muy lentamente. Se me entrecorta la respiración cuando baja su rostro hasta mi abertura y lo roza con sus labios. Un cosquilleo recorre las terminaciones nerviosas de esa zona y me hace gemir. Su lengua me tienta lamiendo y lo tomo por los mechones para llevarlo.

Escucho un sonido gutural que se escapa de su garganta. Él lame y chupa mi centro de placer mientras sus dedos me penetran. Poco a poco voy sintiendo ese hormigueo que me avisa que estoy cerca del orgasmo.

—Andrea... —susurro arqueando mi cuerpo cuando despega su boca de mi sexo.

Trato de enfocar mi mirada nublada en él y escucho el sonido de un empaque metálico romperse. Solo baja un poco sus pantalones y se coloca el condón. Se posiciona encima de mí y yo llevo mis manos a su sexo para introducirlo en mi interior. Respiramos profundo cuando me penetra con lentitud.

Andrea me observa y deja un beso tierno en mi nariz, espera unos segundos y yo acaricio su espalda. Su piel es tan suave al tacto...

—Alejandra, quiero compartir noches como estas el resto de mi vida contigo.

Me hace el amor suave y lento hasta que juntos llegamos al orgasmo. Cuando cae sobre mi pecho, pienso que está exhausto, hasta que tose varias veces y sale de mí apuradamente; se levanta y en cámara lenta observo cómo se desploma en el piso frente a mis ojos.

—¡Andrea!

Corro hasta él y me agacho para tomar sus signos vitales. Siento su pulso débil en mis dedos, hago todo lo que puedo con mis nervios y me acerco al teléfono para pedir ayuda a la recepción. Le explico al encargado todo mientras me coloco el vestido, cuelgo y corro a su lado de nuevo; las lágrimas corren por mi rostro y el miedo invade mi

ser. Me acerco a su pecho para escuchar los latidos de su corazón y decido hacerle RCP.

—No puedes hacerme esto, ¿me oyes? No puedes hacerme esto —le reclamo con rabia antes de darle respiración boca a boca.

Los paramédicos del hotel entran a la suite con la llave maestra y me hacen a un lado. Observo como se encargan de él hasta que recobra el conocimiento. Lo llevan al dormitorio y escucho cuando Andrea pronuncia que no me dejen entrar.

Me desplomo en el piso, dolida y frustrada de que me aleje. Siento que avanzamos tres pasos y retrocedemos dos. Lloro en silencio esperando que alguien salga a darme noticias, que él está bien, que no es nada malo y que es solo un ataque de asma.

«Alejandra, si sabes que está enfermo, ¿por qué te pones a esforzarlo?».

Los minutos se vuelven eternos cuando uno de los paramédicos sale y me observa compresivo.

—Estará bien, solo tiene que descansar —me informa.

—¿Qué sucedió? —indago preocupada—. ¿Qué tiene?

—Tiene una crisis severa de asma, nada que algunos corticoides no solucionen —contesta—. Quiere verla, puede pasar.

Corro a la habitación y me acerco a la cama. Andrea trata de sonreír, pero le viene un ataque de tos que se calma rápido. Lo observo mientras muerdo mi labio, asustada. He pasado por esto muchas veces con mi madre y, sin embargo, nunca me he sentido tan impotente de no poder hacer nada.

El otro paramédico le coloca la máquina de nebulización y Andrea me extiende su mano. Me acerco y la tomo, se despega la mascarilla y me pide:

—No llores, que todavía estaré contigo un buen rato.

Suspiro y me abrazo a él unos segundos. El chico me entrega unas indicaciones y me pide que lo haga descansar por veinticuatro horas. Asiento y les acompaño a la puerta de la habitación. Cuando la escucho cerrarse, me regreso sobre mis pasos y me subo a la cama junto a él.

—No pienso dejarte mover ni un segundo de la cama —le digo y él trata de quitarse la mascarilla de nuevo, pero no lo dejo—. No me

alejes cuando estés mal porque me haces sentir que todo lo que me dices se va por el caño.

La nebulización suena que se está terminando y levanto a apagar el aparato. Andrea toma mi muñeca y me observa. No logro descifrar qué trata de decirme y eso me asusta. Si es cierto que desea estar conmigo, quiero estar a su lado en las buenas y en las malas.

—No me gustan que me tengan lástima —confiesa.

Me siento a su lado y acaricio su mejilla con mis dedos que parecen enterrarse en el denso pasto que asemeja su barba.

—No te la tengo. Me preocupas y solo quiero que estés bien.

Besa mi mano y se queda callado, pierde su mirada en algún punto y yo prefiero dejarlo descansar. Me desvisto y me quedo solo en lencería, me acuesto a su lado y me abrazo a su cuerpo.

Rezo como hace mucho no lo hacía para que se reponga. No puedo creer que una de las noches más especiales de mi vida termine de esta manera. Deseaba estar así entre sus brazos, pero luego de compartir más besos y caricias, no con este susto de muerte que me ha dado.

Su contacto es como un calmante para mi ansiedad y los párpados se me cierran solos hasta que me sube en mis nubes de algodón y vuelo junto al arcoíris.

ANDREA

Estar a su lado me aleja un poco de la muerte y de la decisión de acabar con mi vida de una vez por todas. Ella me llena de alegrías y me hace sentir que la vida no tenía sentido antes de conocerla. Su carácter me enamora y su entereza me hace fuerte.

Alejandra es la pólvora que necesitaba para encender mi mundo. Sentirla en mis brazos en el nirvana que necesito para sentirme bien.

No le temo a la muerte, pero si a no haber sabido llevar mi vida como debía, y sé que cometí muchos errores en este mundo. No soy un santo y he probado todo lo que el dinero me ha permitido comprar.

Mi abuelo decía que los hombres Pacci teníamos una maldición: nos enamorábamos de mujeres más fuertes que nosotros. A lo largo de los años, nunca encontré a esa mujer y pensé muchas veces que el viejo estaba loco. No obstante, cuando la descubrí, supe que ella era la mujer de la que él hablaba.

Cuando tuve los primeros síntomas de la enfermedad, me asusté como un niño pequeño y me sentí solo al no tener a quién recurrir. No quiero morir sin dejar un legado, porque todo para lo que mi familia trabajó tanto, se perdería en el tiempo. Maldita la hora en que enfermé, porque deseo quedarme toda la eternidad así, como estoy ahora: con ella en mis brazos y dormida, compartiendo noches como la de hoy, bailando y haciendo el amor en cualquier lugar.

Estoy agonizando lentamente a su lado y quiero más tiempo, necesito un poco más de ese valioso tiempo para hacerla feliz y dejar una huella en su corazón.

Verla llorar me partió el alma. Sé que soy un egoísta, que no hago las cosas bien y que, a la larga, la haré sufrir mucho. No obstante, no deseo dejarla ir. Me carcomen los celos al saber que otro la desea y me llena de ira que alguien ose humillarla. Soy capaz de todo y es que

estuve esperando por mucho tiempo por ella.

Ese período se desvaneció en errores que me enseñaron que la vida puede ser muy corta. Si me dieran una segunda oportunidad, si tan solo existiera una cura para este mal que me aqueja, haría las cosas bien y la volvería a buscar. Ya no tengo un dios que venerar porque seré fiel a esta mujer que se convertirá en mi religión hasta el día de mi muerte.

Estuve muerto y resucité en sus brazos para poder saborear la felicidad. Estoy viviendo un estado de limerencia porque estoy enamorándome cada minuto un poco más y me obsesiona que me corresponda de la misma manera y que podamos compartir algo, ya no sé qué aspiro a vivir con ella. Quiero amarla, quiero poseerla, quiero que sea eternamente mía. El tiempo se hace eterno cuando pienso en Alejandra y entre mis brazos siempre deseo tenerla, porque ella revoca cada palpitar de mi soledad.

Estoy bailando en la pequeña y delgada línea que roza la locura mientras voy tocando la frustración. La locura de amarla y velar por su bienestar, frustración porque cada día se desvanece el tiempo junto a ella.

Maldigo a la noche porque se acerca un nuevo día, por eso no duermo, para contemplarla soñar entre sombras, para cuidar de cada sueño y anhelar que yo esté dentro de ellos.

Acaricio su cabello y quito algunos mechones sueltos que caen sobre su rostro. La belleza es efímera, lo que vale es lo que hay dentro del corazón. Ella es gentil y fiel a sus amigos, y me da miedo confesarle que sé más de lo piensa. Lo sé todo. Si Alejandra quedó prendada la misma noche que yo, qué tontos hemos sido, porque dejamos escapar de nuestras manos lo que podía ser un amor sublime.

Mi basta vedere il suo sorriso per sentirmi innamorato.

Lo escucho recitar en italiano un poema con voz celestial, pero tengo pereza de abrir mis ojos. Ayer pasamos el día encerrados en la habitación, seguí cada una de las indicaciones que dejó el doctor por la mañana y nos quedamos dormidos muy tarde, conociéndonos; creo que esa fue la parte que más me gustó de todo el día.

Me doy cuenta de que no está hablando, sino más bien que está cantando. Abro un ojo y no logro enfocar dónde está, abro el otro y lo veo tarareando una melodía que no reconozco. En realidad, no conozco ninguna de las canciones que él escucha, soy más de Sia o Imagine Dragons, pero escuchar de su voz ronca canciones de la época dorada, me hechiza como el canto de una sirena. Bueno, un tritón con una barba sensual y un cuerpo digno de estar en un museo.

Me quedo observándolo y parece mentira que hace dos noches se desplomó frente a mí sin poder respirar. Estoy cayendo bajo las redes que teje para que acabe locamente enamorada. Me entrego como pide, en cuerpo y alma, cada día que pasamos juntos. Andrea causa sentimientos que no logro descifrar y que mi corazón se muere por descubrir.

Él es como un enigma porque no puedo entender cómo estoy tan prendada de un hombre como él, que es sinónimo de todo lo que odio o creo odiar. Su vida entera se rodeó de las banalidades de mi mundo y de su brazo desfilaron las mujeres más hermosas. Quiero aclarar que esas mujeres eran altas, en extremo delgadas y normalmente rubias.

No soy de estereotipar a nadie, sin embargo, mi madre decía que ese tipo de mujeres solo tenía cucarachas en la cabeza. Conozco algunas excepciones que son emprendedoras y que cayeron por casualidades, así como yo, en este círculo.

Él parece percibir que lo admiro en silencio y se acerca a la cama para dejarme un beso en los labios.

—*Boungiorno, bella mia.*

Suspiro mientras acaricio su rostro, acerco mi oreja a su pecho y

trato de escuchar si hay algún ruido inusual.

—¿Cómo te sientes? —pregunto en forma de saludo.

Niega y deja un beso en mi frente. Me encanta sentir su barba, creo que esta será mi nueva obsesión.

—Estoy mejor. Hoy deseo salir de la habitación.

—No, creo que deberías descansar —le ordeno tomando su rostro entre mis manos.

Sonríe y juega con su nariz y la mía. Me encantan estás pequeñas muestras de afecto porque siento que nos compenetra.

—Caminar puede hacerme bien. Necesito respirar aire fresco y quiero recorrer la ciudad de tu mano.

Me da un beso, se sienta a mi lado y me abraza pegándose contra su pecho. Pierdo la mirada en Florencia y recuerdo lo mucho que me enamora. Todos la identifican por Dante, el poeta y padre de la lengua italiana, sin embargo, yo la añoro como lo hacía mi abuelo que creció y sufrió el mismo castigo que muchos durante la Segunda Guerra Mundial: el exilio.

—Siempre he soñado con vivir en Florencia —comento mientras acaricia mi cabello.

—Yo no dejaría Milán —asegura.

—Mi abuelo nació aquí. Yo crecí bajo el embrujo de sus historias y la riqueza de su cultura. Soy cincuenta por ciento italiana.

Andrea se ríe, burlándose de mi comentario. Para un italiano debes ser cien por ciento, pero en mi sangre corre la sangre caliente del mar caribe.

—Mi familia tiene historia dentro de Milán, tan solo tenemos que dar una mirada al pasado. Quisiera dejar algún legado antes de morir.

Sonríe y le dejo un beso en su pecho, busco su mirada y él toma mi mano para besarla.

—Tendrás tiempo suficiente para hacerlo —aseguro con una sonrisa.

Andrea se tensa y yo me extraño porque no creo haber dicho nada malo. Él me da un pequeño beso y mis labios vibran esperando por más.

—*Andiamo, principessa.*

Se levanta y yo lo imito, confundida por su reacción. Pienso que no

he dicho nada malo, no le hago cabeza a nada porque si algo he aprendido es que la gente tiene sus propios demonios.

Ayer me sorprendí cuando encontré alguna de mis cosas dentro de la habitación, dándome cuenta de que este viaje estaba en sus planes. Tomo una ducha rápida y me visto con jeans, camiseta y unas zapatillas. Recojo mi cabello en una coleta alta y me busco unos lentes oscuro tipo aviador. Salgo del baño y lo encuentro tosiendo mientras se pone uno de los inhaladores que le envió el doctor, corro a su lado y le miro molesta porque no parece buena idea salir de aquí.

—Sigo creyendo que es mala idea... —le digo con voz molesta.

Hace un gesto con la mano para que deje de preocuparme y de uno de los bolsillos saca un empaque de cigarrillos, provocando que ponga los ojos como platos. Se pone uno en los labios y me contesta:

—Nada que un buen cigarrillo no resuelva.

—¿Pero estás loco? —chillo arrancándole el pitillo de los labios y lo parto frente a sus ojos.

Andrea suelta una carcajada y me planta un beso, dejándome pasmada. ¿Acaso quiere morirse?

—*Andiamo*.

Me jala de la mano y no me responde nada. Yo tomo mi bolso de pasada por la cama y, como mujer precavida vale por dos, guardo todas las medicinas para hacérselas tomar cual régimen militar.

Salimos del hotel abrazados y caminamos por las calles de *Firenze*, para mí suena más bonito en italiano. Recorremos por el centro histórico y él me va relatando pequeñas reseñas de cada edificio. Por ejemplo, me cuenta que la Catedral de Santa María del Fiore es de estilo gótico, pero su cúpula es una de las primeras muestras de la etapa del Renacimiento italiano. Cada estructura, desde las ventanas del campanario hasta las puertas del baptisterio, forma una joya arquitectónica que demuestra la riqueza y el poder de la sociedad florentina. Tengo la suerte de que Andrea parece ser un guía de turismo porque se emociona al contarme cómo Lorenzo Ghiberti hizo dos de las tres puertas de bronce del baptisterio al ganar el concurso contra Filippo Brunelleschi, y que este otro se vengó después arrebatándole el triunfo para la reconstrucción de la cúpula de la catedral, que era el mayor desafío de la época.

Cada paso que damos por la ciudad hace que un sentimiento crezca dentro de mi corazón, porque me gusta este hombre y me siento a gusto a su lado. Me encanta cada detalle que puede relatarme para impresionarme, pero lo que no sabe es que yo lo admiro desde antes de conocerlo.

Estamos tomando el almuerzo cuando mi móvil suena con una llamada entrante. Mi sonrisa se ensancha cuando veo de quién se trata.

—Disculpa, pero es mi madre —le informo a Andrea.

—Voy a los servicios, responde tranquila —contesta y se levanta.

—¡Mami! —chillo emocionada mientras él deja un beso en mi frente.

—¡Ale! Dios te bendiga, mi niña...

Sonrío porque creo que he perdido un poco la costumbre de pedir la bendición, tengo la impresión de que es algo que solo se hace en mi país.

—Estaba por llamarte, se me pasó porque estoy trabajando —miento o eso creo, mejor digamos que es una verdad a medias.

—Sí, lo sé, Martita me comentó algo cuando la llamé —me comenta—. Ayer te estuve llamando y me saltaba la contestadora.

—Estoy en Florencia. Hoy descanso y estoy dando un paseo por la tierra del *nonno*.

—Me alegro, nena. Pero mira, no me voy a extender mucho hablando porque tengo que pasar por la clínica en media hora. Me llamaron varios dueños de mascotas y tengo que pasar consulta.

—Vale. Dime, entonces.

—¿Tomaste una decisión?, ¿vendrás?

—No, lo siento. Prometo enviarte el pasaje para que vengas a visitarme con papá.

Me parte el alma darle esta noticia, pero no pienso prestarme a ser juez en ningún concurso, menos en el que me traumó.

—Me imaginé y no tienes que disculparte, Alejandra. Todos estamos conscientes en casa de que te fuiste traumada. —Respira hondo—. Hija, creo que está de más repetirte que eres hermosa y que no tienes que demostrárselo a nadie.

—Lo sé, te juro que lo superé.

—Sabes que me encantaría tenerte en casa, hija. Las cosas suceden por una razón y tú en Italia encontraste algo, pero sé que no es tu norte y, por supuesto, todavía espero que me hagas abuela, que te dejará el tren. ¡Es hora de que encuentres un novio!

Pongo los ojos en blanco y me quedo idiotizada observando a Andrea, que se acerca hablando por su móvil. Parece sacado de una revista, pero al estilo *hipster*, ¿saben? Lleva unos jeans desgastados que le quedan de infarto, una camisa blanca de mangas cortas con tirantes y una pajarita. Su cabello peinado por el viento y unas gafas de pasta complementan su atuendo.

—Tengo que colgar, y lo del nieto digamos que no creo que esté en planes. —Suspiro—. Bendición.

—Dios te bendiga y que no se te olvide llamar a tu papá.

Cuelgo y veo en el móvil el recordatorio de que Andrea debe tomar una de las pastillas. La saco y cuando él llega, extendiendo la mano.

—Te toca —le informo.

Él niega mientras toma agua y escucha una conversación sobre negocios que sostiene con alguien. Cuelga y me dice:

—Necesitaba que alguien me cuidara como lo haces tú.

ANDREA

—Necesitaba que alguien me cuidara como lo haces tú — confieso y ella se sonroja.

Tomo su mano y la aprieto deseando que Alejandra se dé cuenta del poder que tiene sobre mí.

—Cuidaré de ti el tiempo que desees, pero no me alejes.

Pronuncia esas tres palabras y quisiera prometerle que no lo haré. Sin embargo, algún día tendré que hacerlo, no soportaría que ella me viera en mis últimos días.

—Lo sé. Vamos, que quiero ver el atardecer en la Basílica de San Miniato al Monte —le digo, cambiando radicalmente el tema.

Ella se pone pálida y recuerdo que tiene miedo a las alturas, pero deseo compartir con ella uno de los momentos más hermosos del día, solo que no sabe que no voy a subirla a ningún techo.

Sujeta mi mano y la saco del restaurante para tomar un taxi.

—Por si no recuerdas, te informo que le temo a las alturas.

Esbozo una sonrisa y la abrazo para dejar un beso en su frente.

—A mi lado no debes temer.

Siento que es prematuro asegurar que lo que estoy sintiendo sea amor, no obstante, creo que lo es. No me salen las palabras para explicar lo que siento, pero debe ser amor y uno tan especial que me hace desear que ella sea mía para siempre, protegerla y estar a su lado en los momentos buenos y malos. No debería temer porque esto que nace entre los dos es nuestra guía. La vida no puede ser tan injusta, la ha puesto en mi camino para verla marcharse pronto y perderla.

Alejandra me ha sorprendido con su capacidad para cuidarme, llevo veinticuatro horas sin fumarme un pitillo porque cada vez que hago el intento, ella lo arranca de mis labios. Lleva las horas en las que me toca cada medicamento y me ordena tomarlo como una pequeña nazi.

La basílica se encuentra en la parte más alta de la ciudad de

Florenxia y es uno de los lugares con mayor concurrencia. Bajamos del taxi y ella observa sorprendida los escalones que serán el premio de esta tarde. Pone sus brazos como jarras y, en forma de regañina, me pregunta:

—¿Pretendes esforzarte subiendo todos esos escalones?

Me río porque en el fondo sé que solo trata de protegerme, ella cura todas mis dolencias con cada momento que pasa a mi lado, como si fuera la morfina que necesita mi cuerpo moribundo.

—Solo son unos cuantos —contesto tomando su mano para instarle a caminar—. *Andiamo, principessa*.

Ignoro sus quejas y subo las escaleras lo más lento posible, primero porque no quiero desmayarme y arruinar el día, segundo porque me gusta llevarle la contraria y tercero porque me encanta que se preocupe por mí.

Llegamos en el momento perfecto y la alejo lo más posible de las personas que nos rodean.

—Es hora —anuncio.

La giro y la aprisiono entre la verja del mirador y mi cuerpo. El cielo de Florenxia se pinta de anaranjado, mientras el ocaso cae sobre ella. La escucho suspirar cuando pega su cabeza a mi pecho y acaricio con mis dedos sus manos.

—Mis padres murieron cuando tenía quince años. —Siento su cuerpo tensarse por mis palabras—. Relájate, *principessa*. Recuerda que no quiero tu lástima.

—No la tendrás —me asegura.

«Ojalá sus palabras fuesen ciertas».

—Mi abuelo terminó de criarme hasta su muerte. Quedé solo a los diecisiete años, me sentía vacío y probé todo lo que el dinero podía comprar.

—Andrea...

—Drogas, sexo, alcohol, etcétera... —Exhalo cansado—. Fuiste un hada, pensé eso.

—Un hada muy gorda —me responde.

La giro sintiendo molestia y cansado de que se menosprecie a ella misma por su peso. Esconde su mirada en mi pecho y la obligo a observarme.

—No era feliz con las modelos que me has visto. Sé muy bien que tengo fama de Don Juan, pero ninguna mujer me llenaba en lo emocional.

Sus ojos color café se entristecen y me confirma que no me equivoqué al escogerla.

—Hasta que llegaste tú. —Beso sus labios.

—Vamos muy rápido.

—Vivamos el presente que se escurre de nuestras manos transformándose en recuerdos.

—¿Y el futuro? —inquieta nerviosa.

—Ya veremos que nos depara —contesto besando su frente.

—¿Sabes? Creo que tendrás el poder destruirme cuando me dejes — exterioriza con temor.

—No le temas al futuro porque lo construyes tú. —Tomo su mentón para que me mire—. El día que me vaya de tu lado, espero que hayas aprendido varias cosas.

—¿Como cuáles?

—Aprenderte a amar, a ser amada y a saber perdonarme por dejarte.

Alejandra suspira y dos lágrimas salen de sus ojos, sé que con esto le estoy confesando que tengo que dejarla ir.

—¿Y qué haré después de ti?

—Ser feliz, porque cada segundo que paso a tu lado me hace sentir ese sentimiento.

—Por favor, no me alejes... —me ruega.

—Eso es algo que no puedo prometerte.

Beso su frente y la giro para seguir observando el atardecer. No quiero hacerle promesas que no cumpliré. Creo que debería dejarla ir, pero recuerdo las palabras sabias del poeta: “No hay mayor dolor que recordar los tiempos felices desde la miseria”.

Desperto exaltada luego de un mal sueño que ni recuerdo, todo se encuentra todavía oscuro y tomo el móvil para ver la hora. Apenas son las dos de la mañana, me levanto con cuidado de no despertar a Andrea y salgo al salón de la suite. Abro la puerta del ventanal y respiro hondo cuando una brisa fría pega en mi rostro.

Algunas veces, cuando siento que lo que sucede a mi alrededor me sobrepasa, tiendo a tener pesadillas y me lleno de inseguridades. Nunca he convivido tanto tiempo con un hombre y menos me he preocupado por el bienestar de alguien que prácticamente es un extraño. Si estoy clara que los dos hicimos nuestras tareas a la hora de indagar el uno sobre el otro, sin embargo, en internet solo encontré trivialidades que daban muy mala imagen sobre él.

Me confunde el hecho de que parece que desea estar a mi lado y que disfruta de lo poco que compartimos. Como hace pocas horas al llegar de la caminata, hablé por horas contándole sobre mis proyectos a futuros y él me dio consejos de las decisiones que debía tomar. Sentí que hablaba con un amigo y disfruté de sus bromas acerca de que debería buscarme un administrador.

Disfruto compartir cosas con Andrea más allá de la cama y no quiero poner esperanzas en esto, porque mi corazón presiente que será lastimado.

¿No me canso de que me lastimen?

Claro, claro que me siento harta de que me lastimen. No obstante, bajo avisos no hay engaños y él me dejó en claro que esto terminará en algún momento, el gran misterio del asunto es cuándo.

Nada de lo que leí en las revistas se parece a lo que estoy conociendo y me imagino que seguiré sorprendiéndome, por eso las apariencias engañan y las personas muchas veces pueden sorprenderte. No quiero despertarme de este sueño eterno que llevo días teniendo, pero sé que la realidad nos llamará y es el futuro incierto lo que me asusta.

Camino hasta el pequeño bar y me sirvo un trago de coñac, miro la

ciudad iluminada y siento que he encontrado el amor verdadero y la felicidad. Maldito miedo y sus deseos de que esto sea solo una aventura más.

Me tomo el trago y dejo el vaso en algún lugar, regreso a la habitación y me quedo mirándolo dormir. Andrea es un hombre muy guapo, tiene un cuerpo esculpido y un tatuaje bastante sensual de un tribal en su pectoral derecho. Está de más decir que en la cama es un amante excepcional y cada vez que lo conozco más y más, crea sentimientos discordantes, porque no sé si enamorarme o salir corriendo para resguardar mi corazón.

El tiempo dirá qué sucederá. ¿Saben a qué le tengo miedo? A ese maldito espacio incierto que llamamos “tiempo”, los seres humanos siempre dejamos que todo lo solucione él. ¿No se han puesto a pensar? Mi madre es una de las que viven diciendo: “Déjasele al tiempo. Cuando el tiempo pase, lo habrás olvidado”. Pero mi favorita es: “El tiempo sana las heridas”.

Definitivo, tengo que hacer algo para alejar el miedo, porque las reflexiones emocionales que ocurren en mi mente cuando estoy así no son de una persona normal.

Escucho a Andrea toser en el baño y me despierto sobresaltada. Me levanto y corro hasta allí, pero ha trancado la puerta con seguro.

—¡Andrea, abre la puerta! —le exijo tocando.

—¡Vete! —contesta tosiendo.

Maldigo y toco de nuevo insistiendo, escucho cómo se esfuerza buscando el aire y me siento culpable por haber aceptado salir con él. Voy a tocar de nuevo y él la abre con cara de pocos amigos. Me observa con tanta rabia que mi cuerpo se estremece.

—Te dije que te largarás —me dice entre dientes.

Su actitud me saca de cualquier nube y me lastima. Alzo mi rostro y me cruzo de brazos, porque no pienso aguantar la bipolaridad de nadie.

—Lo que quieras, y si me permites, voy a entrar al baño para poder hacerlo.

—Usa el otro.

Lo ignoro y lo empujo para pasar. Me quedo paralizada al encontrarme con todas las toallas llenas de sangre. Me toma del brazo y me saca a rastras de ahí, me lleva a la sala y camina de un lado a otro, molesto.

—Eso no es asma, tú estás enfermo y no quieres enfrentarlo —le aseguro asustada.

—No es tu problema.

Me cruzo de brazos y lo miro por última vez. No, no estoy dispuesta a que nadie rompa mi corazón de nuevo, tampoco a que me traten como un trapo. Paso de él y me visto con la misma ropa de ayer, sin importarme nada porque realmente estoy molesta. Él entra y me sigue mientras recojo todo y lo meto en el bolso.

—No te vayas —susurra.

Pongo en blanco los ojos porque definitivamente es bipolar. Señoras, nunca caigan en el jueguito de vete y quédate. La primera vez que acepten quedarse al lado de alguien que los trata un día bien y el otro mal, pues me disculpan, se están echando la sogá al cuello.

Lo ignoro mientras busco lo último en el baño y una sensación extraña se instala en mi estómago cuando vuelvo a ver las toallas.

Andrea está apoyado en la puerta impidiendo mi paso, pero qué poco me conoce y cuando quiero irme de un sitio, lo hago, no importa nada o nadie y menos cuando no me quieren.

—Si me permites... —le digo.

—No te vayas, lo siento —se disculpa apenado.

—Vale, pero igual tienes que quitarte.

Alza una ceja sorprendido porque creo que no se imaginó que yo vaya a irme luego de su disculpa.

—Alejandra, no me gusta que me desafíen —me advierte.

«¿Lo estoy desafiando? Ave María, por Dios, pero este hombre está loco».

—Yo no te estoy desafiando y creo que me pediste que me largara, así que solo hago lo que me pides y creo que deberías dejar de ser tan bipolar. —Lo trato de empujar, pero no puedo y grito exasperada—: ¡Quítate!

—Si sales por esa puerta, se acaba todo —me amenaza.

«Vale, ya está con este hombre».

—¿Sabes qué? —inquiero molesta.

—Dime.

—Vuelve con tus zorras de medio tiempo, porque yo no me aguanto que nadie me trate así.

Él se sorprende por mis palabras, sin embargo, se recompone bastante rápido y se aparta. Tengo un nudo de emociones que se me atraganta y quiero llorar cuando paso a su lado. Me toma de la muñeca, reteniéndome unos segundos, y me quedo mirando al frente porque sé que si esos ojos verdes me observan de nuevo, voy a quedarme.

—Alejandra... —susurra cuando me suelto.

Salgo de la suite corriendo y con miedo de que pueda seguirme. Creo que en el fondo quiero que lo haga y me cuente qué es lo que padece, pero sé que no la hará y no me hago ilusiones. Siento que estoy dejando los mejores días que he vivido en toda mi vida, se acabó y ahora me toca asumir.

Solo espero que pueda terminar la campaña o Marta me matará. Reviso mi bolso, que es lo único que me acompaña desde que salimos de la villa, y tengo por lo menos mi identificación y mis tarjetas, por lo cual tengo lo necesario para irme y poner la distancia suficiente entre él y yo.

No pensé que el final sería tan rápido y, ahora que lo vivo, lo único que siento es rabia.

«Adiós, Florencia. Adiós, Andrea».

Busco refugio donde no debería, pero estoy a punto de tocar a la puerta de Giovanni luego de un viaje de locura hasta Milán. Toco el timbre con manos temblorosas y con deseos inmensos de llorar, para refugiarme en sus brazos y tratar de olvidar.

—Ale... —me llaman.

Giro mi cuerpo y me encuentro en el pasillo a mi amigo que me observa contrariado porque de su brazo va una hermosa modelo, la que debe ser mi sustituta en la cama. Miro a todas partes, pero mi cuerpo se estremece y rompo en llanto. Él la suelta y corre a mi lado para abrazarme.

—*Cara mia...* —susurra besando mi cabello y escucho que le dice a la chica—: Lo siento, pero será otro día.

—¡Giovanni! —chilla ella, molesta.

—Ella es más importante.

La chica maldice y se gira con la cara en alto. Mi amigo mete las llaves en la puerta y entramos. No paro de llorar y, la verdad, no sé ni por qué lo hago. Mentira, claro que lo sé y no quiero aceptarlo.

Giovanni me ayuda a sentarme en el sofá y me abraza, por esto es que siempre recurro a él cuando me siento sobrepasada. Nunca hace preguntas para saber las razones de mis lágrimas y me deja que saque todo de mi alma porque sabe que luego le diré las razones. Sin embargo, no sé si esta vez pueda contarle lo que me sucede, no quiero lastimarlo. Me abrazo a su dorso maldiciendo los días que he pasado al lado de ese hombre.

Sus manos bajan y suben por mi espalda tratando de calmarme y yo muerdo mi labio tratando de encontrar las palabras.

—Follé con Andrea Pacci —le confieso entre hipidos.

Él se tensa y deja de acariciarme, cierro mis ojos cuando se separa y se levanta del sofá, dejándome desprotegida.

—Y vienes a llorar en mi hombro después que te botó —asegura con rabia.

Abro los ojos y él solo niega decepcionado. Nunca me había

reclamado nada y me confunde que ahora lo haga. Sus manos recogen los mechones que caen en su rostro, sé que está contrariado y no sé qué decir.

—Gio...

—Alejandra, nunca me has usado de paño de lágrimas por ningún hombre y no lo harás nunca —me advierte.

—No te estoy usando —sollozo—. Vine porque necesito a mi amigo.

—Muy conveniente, pero se te olvidó que este amigo te ama con locura.

—Giovanni...

«¡Ay, Dios, todos los días me lanzas cada perla! Giovanni me está confesando su amor».

—Alejandra, llevo tres años esperando por ti, que decidas que soy lo correcto. —Respira hondo. Vine por consuelo y estoy saliendo ahora más confundida; soy una egoísta, lo sé—. Pensé que estabas en una campaña y no que te pagaban por abrirte de piernas.

Me levanto y le doy una bofetada, nos miramos unos segundos y ahora me doy cuenta de que fue un error venir hasta aquí.

—Yo no te reclamo cuando follas con tus amigas —contraataco, defendiéndome—. Disculpa, pero siempre pensé que estabas enamorado de la idea de estar juntos y que se te pasaría cuando aceptara estar a tu lado.

—Tres años persiguiéndote y vigilando cada paso que das cada maldito día. —Me abraza—. No quiero que me cuentes nada sobre él, me consuela que me buscaras.

Me separo y pongo distancia entre los dos. Necesito poner mi cabeza en orden porque entre el loco que dejé en Florencia y ahora Giovanni, no tengo ni idea qué es lo que sucede con mi vida.

—Fue muy mala idea venir hasta aquí —comento mientras recojo mis cosas—. Lo siento, te quiero y sabes que daría mi vida por ti, pero no podemos estar juntos.

—¿Por qué, Ale?

—Porque estar juntos sería dañar lo que tenemos y no quiero perderte como amigo.

—Eso no te importa cuando te follo —sisea entre dientes.

«Vale, vale. Respira, Alejandra, piensa que él está herido y es la

rabia la que lo hace hablar así. No vayas a romperle la cara, respira».

—Hablares cuando dejes de comportarte como un pedazo de mierda.

Salgo de la casa y ahora sí que estoy perdida. ¿En serio? Esto parece una novela y no la realidad, dos hombres enamorados de mí. Pensé que los hombres normalmente utilizaban a las gordas para follarlas y luego desecharlas, pero miren ahora: uno me pide que no me vaya de su lado y él otro me reclama por lo que hago.

En este momento, soy la princesa que va besando sapos en búsqueda de su príncipe azul. Tomo un taxi que me lleva hasta mi casa.

Ha corrido mucha agua entre Giovanni y yo, la verdad, son tantos años que me he acostumbrado a su presencia, a sus consejos, mimos, besos y hasta a de su manera de follarme. Pero ¿amor?

No. Quizás un amor de amigos que se compenetran y conocen bien, nada fuera de lo común, y suena bastante feo de mi parte porque muchos me verán como una perra fría y sin corazón, pero no hay amor y lo que nos une es el deseo de sentirnos cuerpo con cuerpo.

Mariposas en el estómago, eso no existe cuando lo veo, ni las palpitaciones o las ganas de quedarme a su lado. No, nada de eso. Siento un cariño inmenso por él y nada más.

—Señorita, son veinte euros —me informa el taxista y noto que atravesé medio Milán distraída.

Saco el billete y se lo entrego murmurando “gracias”. Subo y entro a la soledad de mi hogar. Estoy exhausta porque, en menos de veinticuatro horas, he viajado desde tres ciudades diferentes: de Florencia a la villa por mis cosas y luego del Valle de Chianti a Milán. Suelto las maletas y voy al baño directamente. En el camino me despojo de mi ropa y cuando me topo con mi reflejo en el espejo, lloro.

Lo odio, lo odio. Claro que odio mi cuerpo y mis kilogramos de más. No importa que los años pasen, sigo siendo la misma mujer que salió huyendo de su país porque estaba harta de que la menospreciaran por su apariencia, de las entrevistas fallidas de trabajo y las citas que terminaban con el famoso “Te llamo luego”.

Nunca acaba y quien me diga que es mentira, que viva mi vida, que

se ponga en mis zapatos y salga a recorrer mi camino. Los seres humanos somos crueles, muy crueles cuando queremos y lastimamos a las personas por su apariencia física. Siempre tratamos de encontrar algún defecto en la otra persona y no medimos las consecuencias de nuestras palabras.

Prefiero un golpe físico a alguna palabra que me trastorne, dirán “Esta chica está loca” y todo lo que quieran. No es fácil crecer escuchando “Eres una bola y nadie te quiere”, “Eres una cerda que no para de comer”, “Eres bla, bla, bla...” para resumir, no soporto que me llamen “gorda” en diferentes sinónimos.

¿Acaso creen que no sabemos que pesamos más de lo normal?

Yo soy consciente de que tengo treinta kilos de sobrepeso, que me cuido y como sano, porque además creen que estamos gordos por comer. Señores, ¿cuándo entenderán que muchas veces estamos así por diferentes razones?: Tiroides, Hiperinsulinismo, etc.

RAZONES CLÍNICAS. Yo tengo problema de hipotiroidismo combinado con el hiperinsulinismo, por lo tanto, bajar un mísero gramo es una tarea casi titánica, por eso fue que dejé de intentarlo y comencé a cuidar mi alimentación para cuidar mi organismo. Y si hay personas que son felices comiendo, ¿cuál es el problema? ¿No hay muchas que son felices follando? Conozco flacos que comen el cuádruple de lo que comería algún gordo, cuestión de metabolismo y eso no importa.

¿Que tengo la autoestima baja?

Tengo mis momentos en los que no me importa estar gorda y me siento a gusto como soy, pero en momentos como estos, que quiero salir corriendo, pues vuelvo al odio por el cuerpo que tengo.

Me da miedo que estos dos hombres solo quieran lastimarme, eso no puedo negarlo. No confío en nadie porque me han roto tantas veces el corazón que creo que ningún pegamento pueda repararlo esta vez.

Miro mi reflejo una vez más y no me reconozco, vivo una vida falsa y prestada que no me hace feliz. Ya no veo a la Alejandra que soñaba con cuidar animales y con formar una familia, ahora veo a una mujer que no sabe quién es y que desea seguir lo que le dicte su corazón.

Llevo tres días visitando la caballeriza porque mi pequeña está enferma. Esta noche no pienso moverme hasta que pueda salvarla, la pobre está sufriendo de nuevo y me parte el alma verla así.

Estoy sentada en una paca de heno esperando que el tratamiento le haga efecto. Llevo tres semanas de vuelta en la ciudad y no sé nada de Andrea, él me advirtió que todo acabaría y aun así acepté irme. Esos días han sido los más felices de mi vida y nunca los voy a olvidar.

Giovanni trató de disculparse al día siguiente, pero siento que la relación ha quedado un poco fracturada, ya no es lo mismo porque estamos claros que los dos no sentimos lo mismo. Perdí a un amigo por unas cuantas noches de pasión, pero esto me enseña eso de que los amigos no se mezclan con el placer; es muy cierto, pues miren a este claro ejemplo.

Arcoíris relincha y yo me levanto para hacerle cariño. Ella se aleja y yo me acerco, sobo su abdomen y pego mi oído para escuchar si hay algún sonido extraño.

—Vamos, nena. Todo pasará —le digo cuando tomo su hocico para acariciarlo—. No puedes dejarme, recuerda que eres mi unicornio.

Ella resopla y sé que está desesperada del dolor. Mueve sus patas traseras y delanteras, rastrillando el suelo, me da una patada que me tira al suelo y ella cae a mi lado.

—¡No, Arcoíris! —grito desesperada cuando comienza a dar vueltas—. ¡Ayuda! —pido mientras trato de detenerla para evitar que se lastime.

Grito varias veces asustada hasta que, en uno de sus giros, sus patas impactan contra mi pecho, me impulsa unos metros y golpeo mi cabeza contra la puerta de la caballeriza.

Trato de levantarme, pero todo me da vuelta; llevo mi mano a mi cabeza y siento que algo viscoso sale. Miro asustada al ver que la sangre la cubre.

—¡Ayuda! —pido de nuevo.

La puerta se abre y unos brazos me atrapan justo cuando siento que

un vahído me envuelve. Caigo y lo último que logro distinguir es a Andrea que me observa pálido mientras me desmayo.

Despierto asustada en una habitación que no reconozco, recuerdo poco de lo que sucedió y creo que debería estar con mi yegua.

«¡Dios mío, que Arcoíris esté bien!».

Me siento en la cama y siento que mi costado derecho me duele. Cierro los ojos y me quejo del dolor tan lacerante que me atraviesa, los abro y me quedo estupefacta un momento al enfocar mi mirada sobre el hombre que está recostado en la pared.

Andrea me observa cauto, como si fuera un animalito asustado, al mismo tiempo que mi mirada vaga en su cuerpo perfecto. Hoy lleva un traje color gris y una camisa blanca desabrochada en los tres primeros botones. Sus manos están escondidas en sus bolsillos, mueve su cabeza y su cabello peinado al descuido parece cobrar vida. Sus labios se abren para luego volverse a cerrar, inspirando al pecado; recuerdo cómo ellos han recorrido mi piel y siento que el aire se me va.

—Alejandra... —susurra mi nombre con miedo.

No sé si reír o llorar, no entiendo que hago aquí ni qué hacía él en las caballerizas. Trato de levantarme y el dolor es tan molesto que no puedo. Corre a mi lado y se sienta, impidiéndome que pueda intentar huir.

—Te fracturaste tres costillas. Por favor, quédate quieta —me informa entre dientes.

—¿Qué hago aquí? —inquiero molesta—. ¿No era que si salía de aquella habitación, todo se acababa?

Esconde su mirada en sus manos y me arrepiento por ser tan dura, le debo que me atendieran y que esté a salvo. Resoplo frustrada cuando toma mi mano y la aprieta con suavidad.

—No puedo estar lejos de ti —confiesa—, eres lo único que necesito.

—No te creo —aseguro dolida.

—Soy un idiota, pero te ruego que te quedes a mi lado.

Levanta su mirada y se queda observándome. Yo muerdo mi labio,

asustada, y no tengo idea de qué responder. Lleva su mano a mi rostro, acaricia suavemente mi mejilla y después se acerca muy lento hasta que pega su frente a la mía.

—Los días que he pasado a tu lado son los mejores de mi vida. — Exhala—. Alejandra, no puedo asegurarte que esto será para siempre. Sin embargo, puedo prometerte hacerte feliz el tiempo que dure.

—No quiero que rompas mi corazón —susurro.

—Prometo que no lo haré, pero en algún momento entenderás por qué no puedo quedarme toda mi vida contigo.

Acaricia su mejilla con la mía y el roce de su barba eriza mi piel, suelto una risa tonta y él deja un beso en mi mejilla. Se retira cuando le viene un ataque de tos de nuevo. Me preocupa tanto escucharlo..., y esas sibilancias persistentes en su tórax... Algo me oculta y mi corazón presiente que es muy malo.

—Tienes que hacerte ver eso.

—Lo haré, pero por ahora debes preocuparte por ti —me pide.

Recuerdo a mi yegua y siento una opresión en el pecho. Si ella muere, creo que un pedacito de mi alma se iría con ella. Aclaro mi garganta y él toma mi mano.

—¿Y Arcoíris? —pregunto con miedo.

Su rostro se ensombrece y cierro mis ojos infundiéndome valor para escuchar la noticia.

—Lo siento, pero el veterinario no pudo salvarla —me informa en voz baja.

Yo suelto un sollozo bajito y él rodea la cama, se sienta a mi lado y me abraza contra su pecho. Llora en silencio a mi hermosa potra, se fue al cielo para poder ser un verdadero unicornio.

—No llores, no me gusta verte llorar —susurra besando mi cabello.

Yo niego y sigo haciéndolo, porque necesito drenar la rabia y sufrimiento que siento por la pérdida del animal.

—Lo siento, *principessa*.

Levanta mi mentón y deja un beso delicado en mi frente, limpia mis lágrimas y sonrío de tal manera que me hace sentir que todo estará bien siempre que esté a su lado. Deja otro beso en el mismo lugar, me ha gustado toda mi vida este tipo de demostraciones de afecto porque siento que, suceda lo que suceda, esa persona estará contigo y todo

saldrá bien tarde o temprano.

—¿Dónde está? —pregunto.

—Pedí que la preservaran en la cava antes de que la llevarán al crematorio.

—Gracias —susurro.

—Voy a cumplir siempre tus deseos, *principessa*.

Todo el mundo me dirá “loca” por aceptar esto, pero quiero tratar de cambiar su forma de pensar, en el sentido de que esto tiene que acabar en algún momento para que los dos podamos conseguir la felicidad que tanto anhelamos.

Quizás tenga mucho que perder... o ganar.

Me tiemblan las piernas cuando me despedido por última vez de mi yegua. Para mí es lo mismo que perder a un ser querido, se siente lo mismo porque las mascotas se vuelven parte de nosotros. A mi lado están Marta y Andrea, acompañándome en el dolor; los trabajadores la sacan directo al crematorio y quiero irme con ella.

Mi amiga me toma del codo cuando se percata de que hago el intento. Suelto un quejido lastimero y respiro profundo, tratando de calmarme.

—Creo que es hora de que vayas a descansar, *principessa*.

—No quiero...

—Ale, hazle caso a Andrea —me susurra Martita en mi oído.

—Por favor... —sollozo—. Quiero sus cenizas.

Andrea me abraza y besa mi cabello mientras escondo mi rostro en su pecho. Marta acaricia mi espalda, sabe que me refugié muchas veces en esa conexión que tenía con el animal para acercarme a mi carrera mientras no la ejerzo y que ahora que se ha ido, voy a sentirme perdida.

—La llevarán a casa, pero debes descansar y sé que estás soportando el dolor de las fracturas. —Andrea me separa de su cuerpo y toma mi rostro entre sus manos—. Hazme caso, solo por hoy.

Asiento y me gano un beso en la mejilla de su parte. Salimos los tres en silencio y cuando llega el momento de despedirme de Marta, no sé qué decir. Sin embargo, ella me giña el ojo y me abraza tan fuerte que me quejo.

—¡Ouch!

—Voy a visitarte a mi regreso —me avisa.

—¿Adónde irás? —pregunto haciendo pucheros.

—Una sesión en Madrid, pero prometo que tomaré las fotos volando para venir a cuidarte en casa —me contesta y sonrío cuando recalca la palabra “casa”.

—Ella estará bien a mi lado —le aclara Andrea mientras me insta a subir al auto.

—*Arrivederci, cara amica.* —Martita se despide con una sonrisa en los labios.

—*Arrivederci* —Le lanzo un beso con mi mano.

Andrea se mantiene distante y callado mientras arranca el auto, enciende el sistema de sonido y, por primera vez, reconozco una canción del montón de música que me ha puesto de los años cincuenta, sesenta y setenta: *Words* de los Bee Gees, el grupo favorito de mi madre y con el que crecí cantando sus canciones.

Tarareo bajito la canción y me sorprendo cuando toma mi mano para llevarla a sus labios. Deja un beso casto que eriza y abrasa mi piel, mi corazón late más rápido y lleno de esperanzas, mientras las mariposas vuelan desafortunadas en mi estómago. Esto tiene que ser amor, pero del bueno y por el que se lucha con uñas y dientes.

—Quiero que te quedes conmigo el tiempo que dure lo nuestro — comenta bajando el sonido.

Escucho que comienza mi canción favorita de John Lennon, *Stand by me*.

—Siento que pronto romperás mi corazón —confieso en voz baja.

Me suelto de su agarre y él trata de evitarlo, pero no puedo quedarme tranquila a sabiendas de que en algún momento o cuando se canse de mí, él me va a alejar. Quisiera que esta historia comenzara de otra manera y que nuestro futuro no sea tan incierto.

—Te la dedico —me dice y fija su mirada en la carreta.

No quiero que me deje caer y que luego no esté a mi lado, porque si él se va de mi lado, voy a terminar muy mal. No quiero imaginarme el desastre que se convertirá mi vida. Muchas veces un corazón roto te hace creer que estás a punto de morir, porque el amor es capaz de hacerte vivir el nirvana que buscaba Buda y cuando se pierde, vuelve el sufrimiento del cual te liberaste.

El amor te sube y te baja, te enciende y te apaga, te revive y te mata. Él que ama está dispuesto a ser destruido o a destruir, pero solo ese sentimiento puede salvarnos de morir sin encontrar la felicidad.

No deseo tener miedo porque ambiciono con toda mi alma entregarme a lo que nace entre él y yo. No obstante, cada vez que nos acercamos, él me recuerda que lo nuestro es como un producto que tiene fecha de caducidad.

Me dormito un poco y lo último que escucho es *Melodía Desencadenada*.

Me despierto con la canción más romántica del mundo, bueno, para mí lo es. *Only you* suena bajito dentro de la habitación y me doy cuenta que estoy en la de Andrea. Sonrío cuando lo encuentro sentado en un sillón, escuchando la canción, y en su mano izquierda un cigarrillo.

«¡Joder, un cigarrillo! ¿Es que quiere morirse?».

Me levanto molesta y, aunque las costillas me aquejan, voy directo a arrancárselo de las manos. Él me observa divertido y yo quiero matarlo, la verdad que quiero borrarle la sonrisa de los labios.

—¿Quieres morirme? —inquiero cruzándome de brazos—. Vives tosiendo y sigues fumando.

—De algo tenemos que morir, *principessa* —contesta con sorna.

—*Stronzo!* —exclamo molesta subiendo mis brazos.

El movimiento brusco hace que me duela la fractura y me sobo apretando los ojos. Él se levanta y me toma con cuidado en sus brazos para llevarme de nuevo a la cama.

—Muchas veces no sé si reírme de ti o comerte a besos —comenta divertido.

—*Sei uno scemo* —le digo “idiota” en italiano.

Él suelta una carcajada y me besa en los labios, pero este no es el beso casto que me ha dado en estos tres días. No, señor. Este es de los buenos y los que me hacen querer inmortalizar el momento cada vez que me da uno.

Sus labios apresan los míos y, con maestría, su lengua se adentra en mi boca. Una de sus manos acaricia una de mis mejillas mientras la otra me toma del cabello.

«Dios mío, quiero morirme besando sus labios».

Rompe el beso y yo lo atraigo de nuevo, pero pega su frente en la mía y niega. No entiendo por qué lo hace y por qué lo siento tan cerca pero, a la vez, tan lejos.

—Quiero pasar el resto de mi vida junto a ti —susurra contra mis

labios.

—Hazlo.

—No puedo, no puedo. —Niega frustrado—. Quisiera prometerte el mundo y ponerlo a tus pies, quiero hacerte ver lo que veo en ti y siento que no me alcanzará el tiempo para lograrlo.

—Tenemos tiempo. Por favor, inténtalo —le ruego.

—El tiempo se escapa de mis manos y no me doy cuenta, deseo hacerte feliz y no puedo. No puedo hacerlo y soy un desgraciado por obligarte a quedarte a mi lado.

Respiro hondo porque sus palabras se convierten en dagas que atraviesan mi corazón. Él roza sus labios con los míos y yo tomo sus mejillas para perderme en el verde de sus ojos.

—Me quedo a tu lado porque quiero. —Suspiro—. No quiero mentirte que estoy entregándote mi corazón en bandeja de plata para ser mutilado, pero acepto vivir contigo la poquita felicidad que quieras compartir conmigo.

—Alejandra...

—Estoy dispuesta a que rompas mi corazón.

—*Principessa...* —susurra.

Me besa de nuevo haciéndome olvidar que le estoy entregando mi corazón, que le estoy dando permiso de lastimarme y que, cuando esto acabe, los dos vamos a salir lastimados. ¿Por qué? Porque estoy casi segura de que los dos nos estamos enamorando.

A esta parte de mi historia podemos llamarle “Alejandra la Masoquista”.

ANDREA

Amar es estar vivo y sufrir por amor es un recordatorio de que debes luchar por lo que quieres. Quiero amarla hasta que tenga noventa años y recordar en mis labios el sabor de su amor, pero el maldito reloj que marca las horas hace que me acuerde de que me quedan cuatro meses para lograr ser feliz.

Mi doctor está en el despacho haciéndome el chequeo mensual y dentro me acompaña mi socio; para Alejandra, es una reunión de trabajo y qué mal sabor me deja mentirle.

—¿Cómo estoy? —le pregunto.

—Andrea, debes recibir quimio —me informa.

Yo niego y mi socio se levanta a ayudarme a ponerme la camisa. Me suelto con brusquedad y la acomodo a la vez que maldigo a la vida por estar enfermo. Ahora entiendo el dicho “el dinero no lo puedo comprar todo”.

—Andrea, hazlo por ella —me pide mi amigo mientras me abrocho los gemelos.

—Estoy seguro de que estás en la etapa IIIB del cáncer de pulmón no miocrítico —asegura el doctor y hace anotaciones en mi historia médica—. Si combinamos quimioterapias y radioterapias, con tu buen estado de salud podemos salvarte la vida.

Luca se acerca y me toma de los hombros, mi amigo de la infancia comparte una mirada de reproche conmigo. No está de acuerdo con nada de lo que estoy haciendo y siento que tiene razón, sin embargo, no quiero que ella esté a mi lado cuando yo esté sufriendo.

—Amigo, te lo ruego, piensa en un minuto en todo lo que puedes vivir si accedes. —Luca trata de persuadirme—. Podrás disfrutar a su lado y hacerla feliz. ¿No es lo que quieres?

—No quiero su lástima —contesto soltándome de su agarre—. Quiero algo que me ayude con los excesos de tos, creo que está

sospechando que estoy enfermo.

El doctor niega y me entrega los récipes con todas las indicaciones que debo seguir durante una semana. Me explica qué debo hacer y qué no, me ordena una serie de exámenes y concluye la revisión con las siguientes palabras:

—Estás a tiempo de salvarte, Andrea, una llamada puede cambiarlo todo.

Sale y yo me siento derrotado en sillón, me quiero fumar un pitillo, pero le prometí a Ale que no lo haría más. No quiero fallarle más de lo que ya lo hago, porque no creo que pueda perdonarme todo lo que está por suceder.

Escucho la voz de Luca y su risa, me levanto porque mi amigo es todo un hijo de perra dispuesto a conquistar a cualquier mujer. Los dos entran y me quedo como estúpido mirando a la mujer más hermosa de toda Italia.

Yo poco sé de moda, pero me encanta tenerla en mi casa al natural, lleva un vestido sencillo color naranja que acentúa la forma de su cintura. El cuerpo de Alejandra me recuerda a una guitarra que me encantaría hacer sonar toda mi vida.

«No tienes vida...».

Escucho susurrar a una voz en mi cabeza que decido ignorar mientras me acerco a ella. La tomo con delicadeza por su cintura y le doy un beso en los labios. Al romperlo, ella se sonroja y mi amigo tose para esconder su sonrisa porque sabe que he marcado mi territorio.

«Mia, mia, mia, principessa della mia vita».

—Voy a ir al banco —me informa limpiándome el pintalabios.

—Yo te llevo —contesto porque no quiero escuchar a Luca.

—No es necesario, le he pedido a tu chófer que me lleve y quiero ir a casa por algunas cosas.

Asiento no muy convencido de dejarla ir sola y ella se despide de nosotros. Me siento de nuevo en el sillón y mi amigo lo hace en el que está justo al frente. Duramos un rato compartiendo miradas y silencio, tengo la leve impresión de que algún momento va a explotar para decirme que soy un idiota que no sabe lo que hace.

—¿La amas? —me pregunta rompiendo el silencio.

—No lo sé —contesto.

—Marcaste territorio y eso nunca había pasado entre nosotros.

—Alejandra es diferente para mí. Desde que llegó, todo ha cambiado.

—Hazte el tratamiento. —Luca se levanta y se acerca a la ventana—. Si mueres por voluntad propia, estoy seguro de que nunca te perdonará.

—No la quiero a mi lado cuando esté muriendo o vomitando por el tratamiento. —Pego un golpe al respaldo del sillón—. No soportaría ver en sus ojos la tristeza porque estoy muriendo.

—Estás haciendo mal las cosas —me advierte—. Vas a arrepentirte porque terminarás hiriéndola.

—¿Crees que no lo sé? —le pregunto—. Quiero memorizar todos los momentos que vivo a su lado y grabarlos como una fotografía, necesito grabarme cada momento que escribimos dentro de las páginas de nuestra historia.

—Puedes salvarte —asegura y se gira para mirarme de nuevo. Los ojos negros de mi amigo me observan con rabia—. Olvídate de la enfermedad, sé feliz, Andrea, porque es hora de que lo seas. Pero no seas un maldito egoísta y le rompas el corazón a esa chica, no se merece lo que estás haciendo.

Llevo las manos a mi cabeza y peino mi cabello, frustrado, porque tiene razón de lo que dice.

—No sé qué hacer... —susurro cansado.

—Lo sabes, Andrea. Hazle caso al doctor y sométete al maldito tratamiento.

—¡Maldita sea! —exclamo y me levanto.

Me tomó tres años acercarme a ella y ahora que lo hago, estoy muriendo. No puedo ser más que un cerdo egoísta. La quiero para mí y estoy dispuesto a hierirla si es necesario.

—Entonces, no la amas, sino que la tienes por la maldita obsesión de ser feliz.

Resoplo derrotado porque tiene razón en todo lo que me dice y enseguida me entra otro ataque de tos; siento que mis pulmones van a reventar y que el aire que entra me quema. Luca corre a mi lado cuando caigo de rodillas al piso.

—Andrea, por primera vez en la vida, hazme caso —me ruega—.

Sométete el maldito tratamiento.

Niego limpiando la sangre de la comisura de mis labios. Estoy en la encrucijada de vivir o morir y estoy escogiendo el camino fácil que es la muerte, porque en vivir es donde radica el problema de muchos seres humanos.

No le tengo miedo a la muerte, me da miedo que no he sabido vivir mi vida y ahora, en el poco tiempo que me queda, quiero vivirla.

Llego a casa a recoger algunas cosas para quedarme por un tiempo en casa de Andrea, escucho mis mensajes de voz y me sorprende al escuchar uno de Giovanni.

—Te necesito y no sabes cuánto. Quisiera entender qué tengo de malo para que no puedas amarme. —Suspira—. Sé que volví a tu vida, Marta se encargó de contarme que estás con Andrea Pacci y que no debo entrometerme, pero me duele y tanto... Y también sé que Arcoíris no está más entre nosotros. Tengo que confesarte que yo siempre estaré esperando por ti, te sostendré cuando caigas y estaré apoyándote en tus triunfos. Te amo y perdóname por ser un hombre herido que no supo entender que nunca le has pertenecido.

Repito el mensaje varias veces hasta que decido que es mejor borrarlo. No puedo encontrar las razones por las cuales no pude enamorarme de Giovanni. Si bien tiene un corazón inmenso y noble que es capaz de amar a muchas personas, no es el típico italiano Casanova, pero sí el clásico hombre que busca lo que necesita. En cuanto a su aspecto físico, no está nada mal y es que con su metro ochenta, su cuerpo atlético, su piel morena y cabello negro atrae las miradas de las mujeres. De hecho, la mayoría de sus modelos tienen algo con él. Además, es un amante atento.

Sin embargo, yo no puedo enamorarme de él y lo intenté en esa búsqueda de ser feliz, pero fallé como cuando estás tomando un examen y se te olvidan las respuestas. Con él reprobé todas las veces que lo intenté, me inventaba *peros* que iban haciendo una lista de *contras*, aunque claro que tiene muchos *pros* a su favor y eso es lo que me hace quererlo.

Seamos sinceros que en el corazón no se manda y el mío no me deja amarlo. Creo que lo que sucede es que lo veo como amigo, que estoy consciente de que tuvimos una historia en la cama, pero no puedo verlo de otra forma y me duele perderlo porque sé que cuando lo necesite, él estará para mí.

Recojo todo cuanto puedo, pero recuerdo un pequeño problema: no

debo cargar ningún tipo de peso. Llamo al portero y le pido que venga por mis dos maletas y me avisa que ya sube. Tomo los papeles que me pidieron en el banco y sonrío cuando mi pasaporte venezolano cae de una de las carpetas. De aquella Alejandra que salió de su país en busca de un mejor futuro, queda poco; subsisten las ganas de querer ser feliz y todavía permanece el anhelo de encontrarse a sí misma entre tanto lujo. A veces siento que me perdí y me convertí en lo que aborrezco, que debo aceptar que en el fondo disfruto de las palabras bonitas que llenan mi ego, pero cuando llego a casa y me doy cuenta de lo vacía que está porque nadie me espera, me arrepiento de vivir en este mundo.

Hoy tengo quién me espere en una casa y la pregunta que pasa por mi mente es: ¿por cuánto tiempo? Quiero convencerme de que puedo ser feliz al lado de Andrea porque pienso que él es mi otra mitad.

Tenemos que aceptar que muchas veces hay personas que entran a tu vida para darte una felicidad temporal y enseñarte algo. Yo le entregué mi corazón a él y estoy dispuesta a recibir lo poco o mucho que quiera darme. Tengo un corazón bastante masoquista y pendejo al que le gusta sufrir por amor.

El mayordomo deja las maletas en la habitación de Andrea y no sé si reír o llorar, tengo un ataque de nervios y creo que estoy a punto de colapsar para caer desmayada. Ahora no sé dónde guardaré mis pertenencias.

¿Estoy haciendo bien las cosas?

Creo que cuando llame a mi madre, tomará el primer avión para buscarme y hacerme entrar en razón.

Me acerco al mueble donde está el equipo de sonido y busco a mi cantante favorito en iTunes. Canto bajito con los ojos cerrados:

—This is the start of something beautiful, this is the start of something new. You are the one who'd make me loose it all, you are the start of something new...

Siento su calor cerca de mi espalda y sus manos acarician mis brazos desnudos, me toma de la cintura y me pega a su dorso, para

después mecer nuestros cuerpos al ritmo de la música mientras yo tarareo la melodía.

Al terminar, me gira con cuidado y yo no quiero abrir los ojos porque siento que si lo miro, descubrirá lo que acabo de darme cuenta.

Estoy enamorada de Andrea Pacci.

—*Ti amo...* —susurra.

Abro lentamente los ojos porque creo que debo estar alucinando y él esconde su mirada. Seguro que estoy volviéndome loca, pero estoy casi segura de que escuché “Te amo” de sus labios.

—¿Dijiste algo? —pregunto asustada.

Asiente y saca de su bolsillo una cajita de terciopelo color rojo. Muerdo mi labio, atemorizada, cuando se agacha frente a mí.

«Dios mío, me va a pedir matrimonio. ¿Estoy soñando?».

—Sé que esto te tomará por sorpresa y que me estoy contradiciendo, pero te amo, Alejandra, eres la mujer que quiero en mi vida. —Respira hondo—. ¿Quieres casarte conmigo?

—Andrea...

—No pienses las cosas porque el amor no tiene sentido, y estoy aprendiendo que cuando llega la persona que amas, lo sabes.

Me río nerviosa mientras las lágrimas nublan mi visión. No puedo creer que sienta lo mismo que yo y esto es todo lo que necesito para ser feliz. Asiento sin poder articular palabras y él se ríe levantándose. Saca el anillo y lo coloca en mi dedo.

—Sí, sí y mil veces sí. ¡Acepto! —exclamo emocionada entre lágrimas.

Besa mi frente, mi nariz y luego mis labios, se separa un momento y va hasta el mueble. Cambia la música y regresa a mi lado. Me toma de la cintura con una sonrisa en los labios y yo estoy con las mariposas volando como locas en mi estómago. Me mueve muy lento y sigo sus pasos por la habitación.

—¿Quiénes son? —pregunto, porque de nuevo él pone una música que en mi vida he escuchado.

—Kathleen Irvine. La canción es la ideal para nuestra relación.

—¿Por qué?

—Porque se llama *Destiny* y siempre he pensado que te pusieron en

mi camino para que aprendiera el significado de la palabra “amor” — confiesa.

—No entiendo cómo es posible que, de todas las modelos que te rodeaban, fuiste a escogerme a mí. —Suspiro porque no logro aceptar eso—. Mírame. —Me señalo y él sonríe. Besa mi frente y yo cierro los ojos.

—Te he mirado desde que descubrí que no eras producto de mi imaginación. Alejandra. No todo es un físico perfecto y una bonita cara.

—Lo sé, pero tú siempre has estado rodeado de mujeres hermosas y entonces... —titubeo—, y entonces me escoges a mí.

—Eres hermosa, solo tienes que aceptar que has logrado mucho más que otras mujeres. ¿Eres rellena? A mí me gustan las mujeres así y para mí eres un sueño.

—Andrea...

—Quisiera tener la vida entera para poder ser feliz a tu lado —me dice emocionado.

Sus palabras son como un balde de agua helada que cae para dañar el momento. Me acaba de pedir matrimonio y sigue con la absurda idea de dejarme. No lo acepto, no lo quiero.

—¿Es que te piensas divorciar cuando se acabe el amor? —inquiero dolida.

Él niega y noto que oculta algo, pero ¿qué es? No lo sé, estoy empezando a imaginarme cosas que no son.

Me suelto de su agarre y camino furiosamente hasta su ventana, saliendo de la burbuja de magia que habíamos logrado y que siempre termina por reventarla él.

—Alejandra, no voy a dejarte —asegura tomándome de la cintura.

—Entonces, ¿por qué siempre lanzas ese tipo de comentarios? —La voz se me rompe al hablar—. Me haces sentir insegura porque no sé a qué atenerme contigo.

—Limitemos a amarnos, solo a eso. —Me gira con delicadeza y toma mi mentón entre sus manos, subo la mirada y me pierdo en su rostro—. ¿Me amas?

Suspiro.

—Te amo.

Firmo con un beso mi sentencia de muerte y sé que estoy loca por casarme con un hombre que tengo unas semanas conociendo, pero recuerden que nunca se termina de conocer a las personas.

—¿Que te vas a casar? —grita Marta escupiendo el *espresso*—. ¿Te has vuelto loca?

—Marta, deja de gritar, que no estás en la casa —le pido y observo alrededor, temiendo que alguien la haya escuchado. Pensé que me apoyaría en esto.

Ella se limpia el vestido y yo creo que irá directo a la basura, sabiendo que no es capaz de sacar una mancha.

—No te entiendo. Mira, tienes un mes conociendo a este hombre y me estás pidiendo que sea tu dama de honor en la boda. ¿Te estás drogando?

—Lo sé, lo sé, pero entiende que el amor es así —me justifico.

—El amor es ¿cómo? —contraataca molesta—. Tú eres la madura de las dos y no entiendo qué es esto. Estás pensando con el coño porque el cerebro se te esfumó.

Muerdo mi labio porque tiene razón, pero recuerdo que mis padres se casaron cuatro meses después de conocerse y aún siguen juntos. Creo no es ningún impedimento conocerse unos meses o unos años porque eso no determina el tiempo que pueda durar una relación.

—Sabes que estoy enamorada de él desde que lo vi.

—Eso se llama “obsesión”.

—¿Él también lo estaba?

Marta resopla molesta y deja de frotarse la ropa con la servilleta.

—Vale, me toca tirar el vestido —me dice poco convencida—. A ver, mira, muy bonito que los dos estaban enamorados esperando dar el primer paso, pero ¿casarse?

Me levanto y me siento a su lado. Necesito su aprobación para dar este paso, ella mejor que nadie sabe que es parte fundamental de mi vida. Tomo sus manos y le confieso:

—Me enamoré y sí, sé que es rápido, pero lo amo, Marta. —Respiro hondo—. Junto a Andrea, mi mundo se viste de alegría y me hace bien estar a su lado. ¿Sabes?, él me quiere.

Marta aprieta mis manos y pone cara de preocupación.

—No quiero que te lastimen —manifiesta.

—Lo sé, tampoco quiero que lo haga.

—Vale, pero si te hace daño, lo mato.

Suelto una carcajada y le cuento los planes que tenemos para el fin de semana. Mi familia va a querer matarme cuando se enteren que el sábado me caso en secreto con este hombre.

El amor es una droga que te enciende, te sube al cielo y te devuelve como un adicto. La buscas por la vida como el Santo Grial y una vez que la encuentras, no la puedes soltar porque se vuelve parte de ti. Solo que las drogas también tienen el poder de destruirte, creo que es lo que teme Marta y, en el fondo, lo mismo que siento yo.

No quiero perder esta oportunidad y necesito creer que todo saldrá bien. Lo malo que tenía que pasarme este año ya sucedió, perdí a mi yegua y creo que eso será irremplazable para mí.

Entonces, creo que ha llegado el momento de creerme el cuento de hadas que estoy viviendo, aceptar que me toca ser feliz y que puedo subirme sobre el unicornio y volar libre a su lado.

Estoy locamente enamorada y creo que a eso se resume mi estado emocional, todo es rápido y puede que hasta predecible, pero ¿saben cuántas parejas en el mundo llevan años de relación y nunca terminan de conocerse? Una relación es una ruleta rusa, para hacer un símil sencillo: algunos ganan y otros pierden, pero todos apuestan a ganar.

Yo llamaría a esa etapa “jugar a ganar”, yo estoy en esa parte y estoy entregando mi vida entera para quedarme a su lado. Andrea enciende mi mundo y me saca de las sombras de la inseguridad.

Marta y yo almorzamos juntas conversando de lo que siento y le manifiesto que no tengo ni idea de cómo puedo organizar una boda íntima en dos días. Solo sé que deseo con toda mi alma que sea de noche y en el mismo lugar donde me habló por primera vez.

Termino de esparcirme la crema y me levanto para acostarme a su lado. Lo encuentro dormido con un libro sobre las piernas, me acerco y se lo quito con cuidado de no despertarlo. Me siento a su lado, lo

despojo de sus gafas para leer y mi mirada vaga de su rostro y cuerpo relajados. Su barba es como su marca personal y lo he atrapado cortándola meticulosamente todas las mañanas, y también vi que disfruta a escondidas de fumarse un pitillo.

Acaricio su mentón, acerco mi rostro e inhalo su perfume, que descubrí que es Bleu de Chanel. Beso sus labios y se sobresalta, abre los ojos y se queda observándome por unos segundos. Me atrapa por la nuca y me acerca a sus labios para poseer los míos, gimo bajito y aprovecha mi debilidad para acostarme en la cama.

—¡Ouch! —me quejo cuando el dolor en el torso me aqueja.

Él se separa y pone su frente en la mía, creo que el pobre está sufriendo porque no hemos podido tener relaciones debido a la fractura.

—Lo siento... —susurra contra mis labios.

—Hazme el amor sin prisa —le pido y siento como la sangre se me sube a la cabeza.

Andrea se levanta un poco y acaricia mis labios con su pulgar, su mano baja por mi cuerpo y mi piel se despierta.

—Te voy a lastimar —susurra.

—No lo harás —aseguro.

Levanta mi picardías de seda y el roce de la tela es como una sutil caricia que acompaña sus manos. Me despoja de mi ropa y me admira en silencio, me cohíbo un poco por mi panza y la tapo. Me quita las manos y deja un beso en el vientre.

—Nunca te tapes para mí —me pide con voz ronca.

—Me da un poco de vergüenza que me mires —confieso.

—Alejandra, provocas muchos sentimientos dentro de mí y puedo asegurarte que amo tu cuerpo, tus curvas y hasta esos kilos de más que te hacen más apetecible.

Voy a decir algo, pero él niega y lleva sus dedos a mis labios. Los beso porque no puedo creer que este hombre posea tanta belleza y no me refiero a la física.

—Solo mira lo que provocas en mí.

Lleva mi mano a su miembro y aprecio lo duro que está, muerdo mi labio mientras él dibuja una sonrisa ladeada.

—Te deseo dentro de mí —confieso en voz ronca.

Se baja el pantalón de pijama y respiro hondo al admirar la magnificencia de su cuerpo. Sin embargo, algo extraño llama mi atención en su costado derecho y él parece darse cuenta porque me besa tratando de distraerme. Me olvido de lo que vi y me entrego al deseo.

Se posiciona entre mis piernas y me penetra lentamente, se escapa un sonido gutural de mi garganta y él muerde mi labio mientras mi sexo se acostumbra a él. Rompe el beso y acaricia mi mejilla con la suya, el roce de su barba eriza mi piel y me abrazo a su cuerpo enredando mis piernas en su cadera.

—Lento, *principessa* —me recuerda.

Suelto una risita tonta y él sonrío. Me encanta este hombre dulce, tierno y cuidadoso. Comienza a moverse lento, saliendo y entrando; sus movimientos acompasados, sus besos y el roce de su barba en mi piel es lo que necesito para sentir placer.

Ese cosquilleo se despierta en mi sexo y percibo como los músculos de mi vagina comienzan a contraerse en su miembro. Exhalo y él se acerca a mi oído:

—Te amo, te deseo y eres mía. Nunca olvides que eres para mí el significado de la palabra “todo”.

Me sujeto a su espalda y, cuando el orgasmo se acerca, clavo mis uñas en él. Llego al éxtasis gimiendo su nombre y él me sigue susurrando en mi oído un *Ti amo*. Cae sobre mí y me preocupa cuando su respiración agitada no se calma, parece que hacer el amor es un gran esfuerzo. Sale de mí y me lleva con él, besa mi frente y me dice:

—El día que muera, quiero hacerlo en nuestro lecho y entre tus brazos.

—Quiero envejecer contigo.

—Quizás no tengamos tiempo de tanto.

Sus palabras hacen que se instale una opresión en mi pecho y mis engranajes comienzan a dar vueltas en mi mente.

Me contemplo frente al espejo y creo que es la primera vez en toda mi vida que estoy convencida de que me veo hermosa. Marta termina de abrochar el último botón del vestido que he escogido para dar el SÍ, QUIERO frente a un juez de paz y nuestros dos amigos.

Si deseaban saber el significado de una boda íntima, es esto: compartir el momento más importante de tu vida con las personas que amas.

—Ale, estás hermosa —susurra emocionada mi amiga.

Suspiro y asiento tratando de contener las lágrimas.

—Creo que mi madre me matará —confieso sintiéndome culpable de que ella no esté esta noche aquí.

—Seguro que sí —bromea—, pero es tu noche, así que la sangre la dejamos para después.

Tomo el *bouquet* de calas blancas y ella sonríe cuando nota que me tiemblan las manos. Bajamos hasta la terraza y respiro hondo cuando las miles de luces que ordené colocar titilan, pero mi mirada se pierde en el hombre moreno y con barba que me espera con una sonrisa en los labios. Los acordes *You're the one* de las chicas The Ronettes suenan para darme entrada a la noche más especial de mi vida.

Andrea me ofrece su mano cuando estoy cerca y le doy la mía temblorosa. No es miedo a casarme con él o a lo que siento, más bien no encuentro las palabras para explicar lo que mi corazón siente. Estoy feliz de poder quedarme en su vida como la única mujer que ama.

Estoy ganando, ¿cierto?

Siento que al fin he encontrado lo que tanto buscaba, que es él quien me complementa. Todas las luces siempre apuntaron a él y el mundo desaparece de mi vista cuando lo tengo cerca, pero todavía siento miedo de que esto sea un solo un espejismo y él no sienta lo mismo.

—Estás hermosa —susurra a mi oído y yo me sonrojo.

Su contacto aleja mis temores y estoy ahora viviendo el presente porque sé que el futuro es incierto. Nos acercamos a la mesa donde el juez nos espera para unirnos y me quedo enamorada de la preciosa luna llena que ilumina nuestra noche. Escucho las palabras del juez y comparto miradas emocionadas con mi futuro esposo.

—Pueden recitar sus votos —nos informa el juez.

Andrea toma mis manos y la seguridad en su rostro me dice que no estamos haciendo las cosas mal, que podemos encontrar lo que deseamos estando juntos.

—Alejandra... —susurra mi nombre y yo busco en su mirada algún tipo de arrepentimiento—. Quizás nunca podré explicarte con palabras lo que pasa por mi mente, pero espero que me perdones por eso. —Respira hondo—. Esperé mucho para acercarme a ti y ahora que te tengo, no deseo dejarte ir. *Principessa*, eres todo lo que necesito para ser feliz. Hoy te confieso que cuando sonríes, enciendes mi mundo y cuando te tengo en mis brazos estoy seguro de que encontré mi hogar. Te amaré por siempre y para siempre Alejandra, por eso esta es la noche más feliz de mi vida, te conviertes en mi alfa y mi omega, mi principio y fin.

Respiro hondo y él seca mis lágrimas de emoción.

—Andrea, busqué por años algo y no lo encontraba porque no sabía qué era. Llegué por casualidad a Milán y caí en tus brazos como una bonita coincidencia. —Seco mis lágrimas y se acerca para dejar un delicado beso en mis labios—. Hoy te prometo un para siempre porque te amo con toda mi alma, estaré contigo en todo momento y cuidaré de ti cuando me necesites. —Él se tensa, su rostro se vuelve circunspecto y me asusta su reacción—. Me has brindado en un mes las noches más lindas de mi vida, pero puedo asegurarte que esta se grabará en mis recuerdos hasta el fin de mis días.

Luca le entrega el anillo a Andrea y le da una palmada de aliento. El juez nos dice unas palabras.

—Yo, Andrea Pacci, te recibo a ti como esposa, Alejandra, para amarte y respetarte hasta el final de mis días. —Desliza el anillo para luego dejar un beso.

Marta me entrega el anillo y respiro hondo antes de hablar de nuevo.

—Yo, Alejandra Palazzo, te recibo a ti como esposo, Andrea, para amarte y respetarte hasta el final de mis días.

Deslizo el anillo y dejo un beso casto en él. Compartimos una mirada y sé que mi vida sin él no tendrá nunca sentido.

—Los declaro marido y mujer. Puede besar a la novia —anuncia el juez.

Andrea me toma por la cintura y me besa como en una película de los años cincuenta, inclinando mi cuerpo mientras lo hace. Miles de fuegos artificiales se accionan y *Only you* comienza a sonar. Estoy en las nubes cuando rompemos el beso y nuestros amigos aplauden emocionados.

Limpio los restos de carmín que dejé en sus labios y él besa la yema de mis dedos. Me ofrece su brazo y lo tomo para hacer la entrada a la casa como su esposa, pero me sorprende cuando comienza a bailar conmigo. Me río emocionada y feliz por lo mágico del momento, grabando cada gesto de su rostro feliz en mi mente.

Al terminar la canción, me asusto cuando se dobla sobre su cuerpo cansando y sin poder respirar. Todo sucede en cámara lenta como la última vez y observo cómo Andrea se desploma en el piso inconsciente.

—¡Andrea! —grito tirándome en el suelo para revisarlo.

Luca trata de quitarme, pero no lo dejo alejarme de él. Desabrocho la pajarita de su esmoquin y los botones de su camisa.

—¡Pidan ayuda! —sollozo mientras por mi mente pasan miles de pensamientos, unos más terroríficos que otros.

Le hago respiración boca a boca esperando que eso ayude a traerlo de nuevo. Escucho a Luca llamar a alguien mientras sigo hasta que Andrea vuelve en sí, pero se desmaya en mis brazos.

Grito y lloro desesperadamente. Marta logra apartarme de él y Luca lo alza para llevarlo dentro. Lo sigo hasta una de las habitaciones de abajo y, cuando entro, me sorprende de encontrarme con una habitación de hospital dentro de la casa.

Su amigo lo acuesta y lo conecta a un concentrador de oxígeno. Yo no salgo del asombro y camino hasta donde está parado él, lo tomo del codo y lo giro para que me mire. Necesito que me diga la verdad mirándome a los ojos.

—¿Qué significa todo esto? —sollozo.

Él me observa y sus labios se convierten en una línea delgada. Quiero matar al maldito pelirrojo y que me diga la verdad.

—¡Dime! —le exijo molesta.

—Marta, por favor, saca a Alejandra —le pide Luca, ignorándome.

—¡Quiero la maldita verdad y la quiero ya! —grito—. Es mi esposo...
—Rompo en llanto.

Marta me toma por los brazos y yo me suelto de modo rebelde. Todos los trabajadores le informan a su amigo y eso me exaspera aún más.

—Tienen que decirme a mí, no a él —exijo molesta.

Nadie me contesta y solo se centran en Andrea. Siento que estoy viviendo en una incertidumbre total, sin saber qué es lo que sucede con él, mientras todos a mi alrededor parecen tener muy en claro lo que deben hacer exactamente.

Un doctor llega y revisa a Andrea, pero Luca me obliga a quedarme afuera. No lo puedo creer, estoy en medio de una pesadilla el día de mi boda. Cuando parece que voy a seguir siendo ignorada por todos, salen de la habitación y me quedo observándolos, a ver si piensan pasar de mí de nuevo.

El doctor se acerca y toma mi mano, pero el pelirrojo niega en desacuerdo a lo que piensa hacer este.

—Siento conocerte de esta forma, Alejandra. Mi nombre es Salvatore y soy el doctor de Andrea.

—¿Está enfermo? —pregunto.

—Salvatore, no puedes decirle nada —le advierte Luca.

Este ignora la advertencia y toma ahora mis dos manos. Siento que la tierra se abre para tragarme.

—Andrea sufre de cáncer de pulmón en etapa III y necesita que lo convenzas de que se someta al tratamiento para poder vivir.

Mi mundo se tambalea. Suelto sus manos para cubrir con las mías un grito de dolor y caigo arrodillada en el piso; todo lo que he construido sobre bases inestables se desmorona encima de mí.

Cáncer...

Andrea tiene cáncer.

La tos, la sangre, la falta de aire y las advertencias que no podremos

ser felices para toda la vida. Ahora lo entiendo todo.

Siento cómo el aire se escapa de mis pulmones mientras trato de gritar, pero no puedo porque la opresión en el pecho no me deja ni respirar.

Marta me advirtió que podía lastimarme, lo que nunca pensé es que se iría de mi lado porque le queda poco tiempo de vida.

«Dios, ayúdame a soportar esta nueva prueba que me pones».

ANDREA

Desperto asustado cuando escucho, como una letanía, el Ave María en los labios de Alejandra. El sonido del concentrador de oxígeno me hace saber que he arruinado el momento más feliz de nuestras vidas. Pongo el brazo en mis ojos porque no quiero verla preocupada por mí.

Al fin encontré un amor que me ayudará a salir de la oscuridad, encontré a una mujer hermosa, dulce y que se preocupa por mí, pero nunca pensé que me enamoraría tanto y tampoco que ella, en silencio, esperaba por mí. Cuando me besa lento, siento su corazón latir por mí, y cuando miro sus ojos, veo la esperanza de que estaremos juntos para siempre, porque a su lado siento que bailo bajo una brillante luz que desvanece todo lo malo.

—Andrea... —susurra asustada.

Niego porque no quiero hablar con ella, no quiero que me mire en mis peores momentos.

—No voy a irme —me asegura firmemente.

—No te quiero aquí —susurro.

—¡No! —exclama alzando su voz—. No debiste ocultarme la verdad, pero lucha por vivir porque no puedo perderte ahora que te tengo.

Me abraza y percibo la angustia en su cuerpo que se estremece por el llanto. Bajo mi brazo y la pego a mí para sentirme seguro. Beso su frente y ella sube su mirada, me doy cuenta del daño que le estoy haciendo, pero también que encontré una mujer fuerte y determinada que no me dejará ir, que se quedará conmigo para luchar contra las adversidades. Encontré un amor para vivir y no me queda tiempo para hacerlo.

Alejandra es perfecta y no lo ve, y yo quisiera tener más tiempo para hacerla feliz. Sin embargo, el final se acerca. Ahora sé que he conocido a un ángel en persona y ella luce tan bella que no merezco

todo esto.

—Estoy muriendo —confieso.

Ella solloza y hago más fuerte mi agarre, soy tan egoísta que no deseo dejarla ir. Acaricio su cabello mientras la dejo drenar toda la impotencia y rabia que siente. No debí acercarme y lo hice pensando que podría disfrutar de la poca salud que me quedaba.

La vida va mermándose en cada anochecer que anuncia que me quedan pocos días. Todos vivimos sabiendo que en algún momento vamos a morir. No obstante, cuando la sentencia de muerte te ha sido entregada, aprendes a mirar la vida de manera diferente, a apreciar aquello a lo que nunca prestaste atención, y tratas de aferrarte a lo que amas y temes dejar en este mundo.

—Vive por nosotros —me ruega—. Hazlo por nosotros.

—No quiero que me veas así porque esto que estamos viviendo ahora, no será nada comparado con lo que vendrá si decido hacerlo. No quiero tu lástima y menos aferrarme a una ciega ilusión de que voy a salvarme.

Se suelta de mi abrazo y me observa con rabia y dolor, comienza a caminar de un lado al otro y aprecio cómo la luz del sol se cuele por las ventanas de la habitación.

—No me importa, te quiero conmigo y sano —solloza—. No puedes ser tan egoísta de querer morir y dejarme aquí, no ahora que estamos juntos.

—Alejandra... —la llamo.

—¡No! —grita desesperada—. No acepto que quieras morirte cuando puedes vivir una vida entera a mi lado.

La puerta se abre y Luca entra con cara de pocos amigos, seguido del doctor Salvatore y otros médicos. Ella se gira y corre a los brazos de mi amigo a refugiarse, los celos regurgitan dentro de mí como un enemigo traicionero.

—Suéltala —siseo.

—Yo no soy tu enemigo y lo sabes —me contesta Luca entre dientes—. Lo eres tú.

—¡Salgan! —les exijo.

—Andrea... —solloza Alejandra.

—No quiero su maldita lástima. ¡Salgan todos!

Luca niega y toma a mi mujer para salir de la habitación. Me quedo con los médicos que se han mantenido en segundo plano. Salvatore se acerca negando porque me conoce desde niño y no está de acuerdo con mis decisiones.

—No puedo creer que un Pacci se está dando por vencido —comenta colocándose el estetoscopio en sus orejas.

Resoplo y me limito a respirar para que pueda escuchar los malditos sonidos, esos que incluso yo mismo soy capaz de oír dentro de mí; son los sonidos que me recuerdan que no puedo respirar, que no puedo hacerle el amor a mi esposa o que bailar se convierte en un acto suicida.

Salvatore termina su tarea y niega como si lo que encontró no presagiara nada bueno.

—¿Cuánto tiempo me queda? —pregunto.

Él me ignora y se acerca a sus compañeros que están observando las tomografías y los estudios que hace poco me he realizado.

—¡Salvatore! —grito.

—Andrea, sin tu autorización, estás recibiendo el primer ciclo de quimioterapia.

Respiro hondo y aprieto los puños para no matarlo. No quiero recibir quimioterapia.

Uno de los doctores se acerca y dice:

—Señor Pacci, hemos estudiado su caso con detenimiento por petición del doctor Lombardo y el señor Rinaldi.

—No quiero escuchar.

—Andrea, escucha, que no eres el niño que atendía cuando tenía fiebre —me pide Salvatore con cierta molestia en su tono de voz.

Pongo los ojos en blanco porque no me queda otra opción. El doctor se presenta como Fabián Martínez, oncólogo especialista en cáncer de pulmón. Su séquito es un grupo de doctores especialistas en oncología, neumología y radioterapia, quienes me explican que mi tumor se encuentra en una cápsula fina de tejido que no permite que se esparza a otras zonas, y que recibiendo quimioterapia y extirpándolo puedo vivir. Cada procedimiento tendrá un seguimiento de cerca y así pondrán constatar si es viable, en mi estado, incluirme en un tratamiento experimental específico para el tipo de carcinoma

que poseo.

—Tengo la certeza de que, cumpliendo los ciclos y las sesiones de radioterapia, podrás vivir tranquilo unos meses —concluye luego de darme su explicación.

—¿Está seguro? —pregunto guardando la esperanza.

—Muy seguro. Quiero hacerte una serie de exámenes y así poder saber con certeza si podremos extirpar el tumor que se encuentra encapsulado y no causar algún daño. También deseo descartar la posibilidad de encontrar otro tumor al momento de la cirugía —contesta.

Salvatore se acerca y me da una palmada en el hombro.

—Te dije que debía verte un especialista.

—Pensé...

No termino la frase porque Alejandra abre la puerta y entra de nuevo a la habitación. Puedo ver determinación en su rostro y eso me hace querer luchar, porque ella se está convirtiendo en la razón de mi existir. Se planta frente a mí y me advierte:

—Andrea Pacci, no pienso verte morir ante mis ojos cuando podemos envejecer juntos. —Respira hondo—. No voy a permitirte morir porque tengo que ser yo la que primero lo haga para luego tú seguirme.

—Ale...

—Calla, no he terminado —me dice y todos los doctores esconden sus sonrisas—. Vamos a morir cuando seamos viejos y hayamos visto crecer a nuestros hijos y nietos. Te amo, Andrea, y no pienso dejarte morir por no tener las fuerzas para querer vivir.

Se le rompe la voz al terminar esa frase y yo abro mis brazos, entiende el significado del gesto y corre a estos. Beso su frente y ella solloza contra mi pecho que me ama como no ha amado a nadie.

—Voy a luchar por ti —susurro contra su cabello.

Ella suspira aliviada y después escuchamos las recomendaciones del oncólogo para lo que se avecina. Espero que Dios nos dé fuerza para soportarlo.

«Dio, dammi la forza di vivere perchè io voglio amare per sempre ad Alessandra».

Nos convertimos con el paso del tiempo en verdugos de nuestras vidas, porque nunca terminamos de aceptar lo que nos toca por vivir. Todos los seres humanos, en mayor o menor grado, llegamos a odiar algo de nuestro cuerpo y personalidad, nos volvemos personas hostiles que no respetan al prójimo y muchos disfrutan de hacer daño a otros por placer.

Yo he sido el verdugo de la mía por mucho tiempo, odiando mi peso, mi rostro, mi cuerpo y hasta esa nobleza que hace que la gente se aproveche de mí.

He pasado los ocho días más difíciles de mi vida y sé que me quedan por vivir muchos más; esto parece el comienzo de un purgatorio. Siento que estoy viviendo un sueño corto y roto, que ese cuento de hadas que pensé que podía alcanzar se desvanece con la enfermedad.

No quiero escucharlo decirme que me dejará porque sé que en el fondo no lo siente y que desea luchar por estar a mi lado. No obstante, parece no tener fuerzas para hacerlo y me está matando ver cómo se entrega a la muerte. Estoy segura de que hay algo, pero es algo que no desea decirme. Pensé que él ya había aprendido que ocultar la verdad no trae nada bueno y lo sigue haciendo, su silencio y sus miedos son un gesto egoísta que ensombrece el amor que dice profesar por mí.

Esta noche duerme sin oxígeno después de la última crisis respiratoria. Sin embargo, no ha sido esta la que lo mantiene irascible, son los efectos secundarios del primer ciclo de quimio, como los vómitos y los escalofríos. Andrea me aleja y yo me quedo escuchando sus gritos, tratando de comprender su dolor y que es la impotencia la que habla por él cada vez que me pide que me vaya.

Trato de ponerme en sus zapatos y muchas veces me siento terrible cuando mis pensamientos me dicen que huya y que salve la poca tranquilidad que me queda. Los alejo tan pronto como llegan y me quedo a su lado porque ya no tengo miedo, solo quiero permanecer

cerca de él y ver pasar el tiempo juntos.

Nunca he sido una ferviente creyente, tampoco soy de ir a misa y menos de sentarme a rezar. Mi relación con Dios es diferente, hablamos y dejo todo en sus manos, pero esta vez no puedo dejar todo y abandonarme a sus decisiones, porque no voy a dejar que mi esposo se muera y me deje.

ME NIEGO.

Si existen los milagros, quiero que él sea uno de estos. Podría peregrinar al Congo si un santo allá me cumple este deseo.

Marta me pregunta, cada vez que viene, cómo me siento, pero miento respondiendo que estoy bien y sé que ella sabe que no es así. En este momento, no logro reconocer qué es lo que siento, porque tengo una mezcla de sentimientos que van desde la rabia hasta el dolor de saber que puedo perder a la persona que amo.

No puedo borrar de un plumazo lo que abrigo dentro de mi ser y me frustra saber que construí mi futuro con naipes que están temblando, a punto de ser derribados.

—Sé que estás despierta —susurra Andrea en la oscuridad de nuestra habitación.

—No puedo dormir —confieso.

—Estás sufriendo por mi culpa.

—No es eso, me duele la cabeza —miento.

—Ale, no sabes mentir. —Siento que se gira y me toma por la cintura para abrazarme—. Deberías irte y dejarme. Amarme te está haciendo daño y no te lo mereces.

Me tensó y trato de soltarme, pero no me deja. Ahogo un sollozo y siento que deja un beso en mi hombro.

—No digas lo que no sientes —le ruego—, porque el día que salga de tu vida, lo haré para siempre. Yo te quiero tanto que no puedo dejarte y no tengo miedo a lo que tienes, sino a tus decisiones que son tan egoístas.

—Lo siento... —se disculpa—. No merezco tu amor y aquí estás, sufriendo por mi culpa.

—Me estás rompiendo el corazón. Te he esperado mucho tiempo y ahora que te tengo... —Respiro hondo—, te voy a perder si no luchas.

—Lo hago por ti —asegura—, porque vivir sin ti no tiene ya sentido,

porque estar sin ti es un salto al vacío.

—Entonces, no me alejes.

—Tengo miedo —confiesa.

—¿De qué?

—De morir y no poder hacerte ver lo que yo veo en ti. —Retengo la respiración para no llorar—. No me dejes cuando te lo pido, porque son las frustraciones las que hablan por mí.

Paso las manos por mi rostro y siento la humedad de mis lágrimas; él me gira y puedo visualizar los rasgos de su rostro en la oscuridad. Llevo mis dedos a su mejilla y aprecio en ellos lo espeso de su barba; ambos suspiramos porque pronto se irá como consecuencia del tratamiento. Toma mi mano y besa la palma. Intuyo que debe ser frustrante para él decirme lo que siente, pero necesito tanto saberlo y lo necesito para sujetarme a eso como un salvavidas que me mantendrá a flote en este mar de sufrimiento.

—¿Qué ves es mí? —pregunto.

—Perfección. ¿Leíste alguna vez *El Principito*?

Sonrío.

—Es mi libro favorito.

—Entonces, sabes que lo esencial es invisible a los ojos —contesta y me da un beso en los labios—. Yo veo a través de tus ojos color café, percibo la nobleza de un corazón que ha sido herido... y cuando acaricio tu piel tersa y suave, encuentro el camino al Paraíso.

—Andrea...

«Siempre sabe cómo desarmarme».

—Cuando me dices que me amas, me olvido del mundo y sé que puedo morir tranquilo.

—No puedes morir —sollozo.

—Nacer es morir, Alejandra. Para vivir tenemos que morir y yo estuve muerto mucho tiempo sin ti.

—No puedes dejarme —sollozo—. ¿Qué voy a hacer sin ti?

—Vivir, porque aprenderás dos cosas el tiempo que me quede a tu lado.

—¿Cuáles?

—Amarte a ti misma y a ser amada, porque, Alejandra, la vida sin amor no es vida.

—Entonces, tienes que luchar por vivir porque sin tu amor, no podré vivir.

—Estoy luchando, pero me duele tanto verte así y saber que sufres...

—Exhala cansado—. Lo que hemos pasado es el comienzo, pero cuando esté débil y no pueda caminar o no soporte los dolores, ¿qué harás?

Cree que lo voy a abandonar, pero lo que no sabe es que sin él no puedo vivir, que la vida ya no tiene sentido.

—No hicimos unos votos ante Dios, mi palabra debería valerte lo suficiente para saber que te prometí estar a tu lado en la salud y en la enfermedad. No quiero que la muerte nos separe ahora, sino cuando estemos viejos.

Me acerco y lo beso suavemente para que pueda sentir mi amor, porque para mí la vida no es vida sin él.

Entro al cuarto de baño y me quedo sin habla al encontrar a Andrea con su mentón lleno de crema para afeitarse. Él me mira a través del espejo, pero baja su mirada, avergonzado; me acerco para abrazarme a su cuerpo y dejar un beso en su espalda.

—¿Te ayudo? —pregunto cauta.

—Sí... —contesta con duda.

Me separo de él y lo obligo a sentarse en el váter para poder tener mejor visión de su rostro. Tomo una toalla y una taza con agua tibia para limpiar el exceso de la crema, y él me entrega la maquinilla con la mano temblorosa.

—¿Estás seguro?

—Igual va a caerse —me dice resignado.

Respiro hondo y la paso con cuidado cerca de su oreja, limpio y repito la operación hasta que solo van quedando rastros de una piel morena recién afeitada. Paso con cuidado la toalla para quitar el exceso y él sostiene mis manos antes que pueda quitarla.

—¿Me vas a querer sin barba? —indaga asustado.

—Te voy a querer cuando estés arrugadito —contesto segura.

Sonríe y yo beso sus labios mientras suelta mis manos, retiro la

toalla y no me atrevo a mirarlo; busco otra para humedecerla y siento su calor en mi espalda. Cierro los ojos cuando me la quita de las manos.

—Abre los ojos, *principessa* —me pide con voz ronca.

Obedezco, alzo mi mirada y me encuentro con el rostro más hermoso que he visto en mi vida. Andrea parece más joven sin barba y su piel morena hace resaltar el color verde de sus ojos.

—Hermoso... —susurro sobrepasada por su belleza.

Él me gira y me sube al mármol del lavabo, doy un respingo por lo frío mientras él mantiene esa sonrisa que me enamora. Amo a este hombre feliz o taciturno. Se mete entre mis piernas, toma mi cintura y después cuela sus manos dentro de batín de seda para ir directo a mis senos.

—Comienza de nuevo la tortura —me dice mientras sus dedos aprietan mis pezones.

Gimo mordiendo mis labios. Lo deseo y lo necesito, pero no podemos hacer el amor, no ahora.

—Andrea... —jadeo su nombre cuando muerde delicadamente mi cuello.

—Te necesito —confiesa con urgencia.

Me olvido de que no puede esforzarse y bajo su pantalón de pijama al mismo tiempo que él mueve mi tanga a un lado, y, entonces, me penetra. Me hace el amor lento y sin prisas, porque en nuestro mundo solo necesitamos los besos y las caricias del otro para ser felices.

Andrea se aleja de mí cuando algún síntoma secundario de la Aquimio aparece. Los escalofríos le producen espasmos y calambres en el cuerpo que lo hacen gritar. Paso los días y las noches cuidando que tome sus medicinas e ingiera algún alimento, y yo no duermo vigilando sus sueños. A cada instante siento que la vida es injusta para algunas personas, que esto es una batalla que no ganaremos.

Los días pasan lentos y parecen eternos cuando él se siente mal, pero por más que desee que me vaya de su lado, que lo abandone y renuncie a nuestro amor, me quedo porque lo amo. Se ha convertido en mi gran amor, tengo mucho para darle porque su amor me guía.

Acaricio su cabello mientras duerme en mi regazo, paso delicadamente mis manos cuando unos mechones quedan entre mis dedos. Los miro asustada debido a que sé que esto va a ser otro golpe duro para él. Se remueve en mis piernas y se gira, y abre sus ojos como platos cuando ve lo que tengo en mis manos.

—Te sale corte —comento tratando de aminorar la tensión.

Se levanta murmurando maldiciones, camina unos pasos y observo cómo pierde el equilibrio, cayendo enseguida de bruces. Me levanto corriendo para ayudarlo y me empuja con su brazo.

—¡Lárgate! —grita.

«¡Aquí vamos!».

—Andrea, deja de compórtate como un niño y permíteme ayudarte.

—No, no quiero —me dice alzando su tono de voz un poco más—. Quiero que te largues, que te vayas de mi casa y de mi vida. ¿No lo puedes entender?

«Respira Alejandra, respira. Recuerda que está enfermo y que habla la frustración».

—¿Eres sorda o qué? —inquire levantándose molesto—. ¡Lárgate!

—¡Andrea, basta! —le grito exasperada—. No te voy a dejar, ¿puedes entenderlo?

Se levanta y me siento angustiada cuando miro cómo vuelve a

tambalearse. Sus ojos verdes me miran con rabia, creo que mi paciencia poco a poco se va desquebrajando.

—Quiero que te vayas, no te quiero cerca. —Tose—. No quiero que estés aquí, quiero que te vayas...

—Vale. Pero si salgo por esa puerta, no regreso nunca más —le advierto herida.

—Esa es la idea —contesta y se va trastabillando por el camino.

—¡Jódete, Andrea! —grito molesta.

Voy al clóset, saco toda mi ropa y la meto a trompicones en las maletas. Tomo un jean y una camiseta, me visto y después me pongo las zapatillas *converse*.

No pienso llorar para darle el gusto de ver que ha logrado lo que quería. Deseo quedarme a su lado, pero tampoco voy a permitir que un día estemos bien y al otro me grite para correrme de su lado.

Tomo una sola maleta porque ya enviaré a alguien por mis cosas. Salgo y lo encuentro sentado en la cama respirando con dificultad. Me detengo preocupada, puesto que muero por acercarme para ayudarlo, sin embargo, me mantengo a una distancia prudencial.

—Ya está, me voy —susurro.

—Yo enviaré tus cosas —contesta entre dientes.

Su respuesta rompe mi corazón en miles de pedazo. Me acerco a la cama, me quito los anillos y observo cómo mis manos tiemblan al hacerlo; los dejo sobre el edredón sin mirarlo porque si lo hago, no podré irme. Me doy vuelta aguantando las lágrimas.

—Hablaré con Marta para que envíe al abogado —le digo con un nudo en la garganta.

—¿Para qué divorciarnos si quedarás viuda en poco? —pregunta amargamente.

Las lágrimas emergen solas mientras ignoro sus palabras. Me quedo de pie de espaldas a él, tratando de decir algo, pero nada sale porque el nudo de emociones no me permite hablar.

—*Ti amo* —susurro y dejo mi corazón en esa habitación.

Subo mis cosas a uno de sus autos y lo arranco a toda velocidad para salir de su vida como lo ha pedido. Las lágrimas nublan mi visión, me detengo a un lado del camino, abrazo al volante y lloro como una niña pequeña que ha perdido lo que más ama.

Mi móvil suena en algún lugar, pero lo ignoro y enciendo el sistema de sonido para no escucharlo. Escucho las voces de Chino y Nacho en ¿Será que tengo la culpa?, y la cambio para colocar *Il Volo* a todo volumen. Manejo sin rumbo saliendo de Milán y de la vida que dejo atrás.

Otra canción comienza a sonar y me detengo en algún lugar para escucharla. Leo el título: *Si tu mirada me falta*. Dejo descansar mi cabeza sobre el volante mientras me entrego al llanto. Siento un espiral de emociones que me oprimen el pecho cada vez más y más, sin dejarme respirar. Mi corazón se ha quedado con Andrea, por eso tendré que poner todo este amor en pausa quién sabe por cuánto tiempo.

Estaciono frente a un hotel y pego la cabeza del volante, cansada. Manejé toda la noche sin parar desde Milán, apenas está saliendo el sol y yo tengo el corazón hecho pedazos.

Me bajo del auto y tomo mi bolso del asiento trasero, solamente para verificar que tengan habitaciones. Entro a un palacete bastante antiguo, encuentro en el recibidor a un hombre medio dormido en él, me aclaro la garganta y se despierta asustado.

—¿Tiene una habitación disponible? —pregunto.

El hombre está somnoliento, pero asiente restregándose el rostro con las manos.

—Sí. Necesito sus datos y una tarjeta de crédito —contesta sacándose el bolígrafo detrás de la oreja.

Le entrego lo que pide y me registra como Alejandra Palazzo, me entrega las llaves indicándome el camino hacia la habitación. Salgo un momento para buscar la maleta que logré sacar de la casa de Andrea y después subo las escaleras con ganas de echarme en la cama y dormir por horas.

Entro a la habitación, la cual es sencilla pero acogedora, justo lo que necesito para organizar mi vida de nuevo. Saco mi móvil y reviso las llamadas pérdidas, tengo de Marta, Luca y una de Andrea.

Andrea...

Reviso los mensajes y solo abro uno que me romperá el corazón.

Era lo mejor que podías hacer, te estabas desgastando a mi lado, no es justo que te enganches a un amor que no va a durar para siempre; tenías que deshacerte de este lastre y poder conseguir la felicidad con alguien que sí pueda darte lo que yo no puedo.

Lanzo el móvil contra la pared y escucho cómo la pantalla estalla en mil pedazos. Lloro en silencio mi pérdida, me doy cuenta de que estoy peor que cuando salí en mi país.

Mi cuento de hadas se ha terminado y en el mío no hay un “felices para siempre”, mas hay mucho dolor y un corazón roto. Marta sabía que me iba a dejar y ahora que su profecía se cumplió, no sé qué hacer, porque estoy cansada de llorar y sufrir.

Estoy herida y frustrada. Hay decisiones que tomas que pueden doler y la mía me está destruyendo. No me quedé porque estaba muy cansada de escucharlo decir que no debía estar a su lado, que debía irme, por más que quise resistir, fallé en el intento de quedarme.

Amar es sentir, exponerse a que te destruyan, que queden las piezas de lo que fuiste, pero sin amor nadie vive pues es lo único que te recuerda que estás respirando.

Siento que la decisión de casarme fue un salto al vacío sin paracaídas y acabo de golpearme contra el suelo. Lo que no entiendo de todo esto es por qué, si él no estaba seguro de lo nuestro, quiso hacerlo. Pero todo con Andrea era un misterio que iba descubriendo a cuentagotas.

Quería tomarlo todo de mí y a la vez no quería lo que le estaba entregando. Ahora no tomará nada porque no estoy dispuesta a seguir, soy yo la que toma la decisión de alejarse para siempre.

¿Que estoy rota?

Lo estoy, claro que lo estoy y necesito mi duelo para vivir, para saber que puedo sobrevivir a este dolor, a este vacío que me ha creado decirle adiós a la ilusión que tenía por este amor.

Nadie puede obligar a otro a soportar su presencia, me hería cada palabra dicha en sus momentos de frustración. No niego que estoy por tomar el auto de nuevo, regresar para hacerlo entender que lo amo y que deseo quedarme a su lado, pero estoy en un punto en el que he perdido la fe en lo que siento. Creo que lo mejor es que yo

cumpla lo que él desea.

Alejarme combina con mi nombre.

Alejandra, aléjate de Andrea.

¿Me estaré volviendo loca?

El dolor vuelve loca a las personas, por eso me lo pregunto, y porque no sé si llorar o reír histéricamente mientras en mi pecho la opresión no me deja respirar.

Estoy perdida. Andrea me dio las noches más lindas que nunca repetiré.

ANDREA

Luca me observa decepcionado mientras sobrevolamos algún lugar del continente. No quiero pensar porque me devolvería a buscarla para morir en sus brazos. Pero ver cada día su rostro asustado y preocupado, sentir su miedo y frustración por perderme, y mirar sus ojos tristes cada vez que me atendía, me estaba matando.

Todo en mi vida cambió por ella, pero todo se ensombreció de nuevo desde que se fue lo que ella representaba, la luz, esa que iluminaba mis días.

—Nadie sabe de ella —susurra mi amigo.

Me paso mis manos por el rostro preguntándome qué habrá sido de ella. Sé que le hice daño y ahora me arrepiento.

—Te dije lo que tenías que hacer —contesto.

Mi amigo cabecea negando mientras se toma un trago largo de su botella de agua. Le ordené que la buscaran y que para tranquilidad de su amiga Marta, la llevaran con ella.

—No te entiendo. De verdad que no entiendo lo que haces.

—Ella no se merecía estar a mi lado —contesto.

—¿Tan poca cosa la creías? —me pregunta molesto.

Resoplo cansado y observo la mascarilla de oxígeno que me permite respirar. Estoy viviendo los momentos más difíciles de mi vida, porque mi enfermedad y dejar ir a Alejandra me están matando. Mi mejor amigo y todos lo que me conocen me juzgan y afirman que soy el peor hombre del mundo, y no les quito sus razones para pensarlos, sin embargo, no lo soy. Parezco egoísta cuando no lo soy, la alejé porque ella me estaba dando tanto que se estaba lastimando, mientras la poca ilusión de ser felices se iba escapando con cada noche de insomnio, con cada dolor y todos mis arrebatos de frustración. Fui un inconsciente al pedirle que se casara conmigo, por eso ahora la estoy dejando ir para que pueda ser feliz, para que no sea

condenada a verme morir.

—La amo, Luca. Cuando sueño, lo hago con ella. Por ella recorrería miles de kilómetros de distancia y por ella estoy volando a Suiza con la esperanza de que pueda recuperarme.

—Ella no va a perdonarte lo que le has hecho —contesta—. Yo tampoco lo haría y no soy mujer. Estoy cansado de verte así, me duele que estés entregándote a la soledad y a la muerte cuando puedes vivir y ser feliz.

—¿Crees que no lo sé? —Exhalo—. Sé que no volverá a mi lado y que quizás nunca me perdone. Pero, de todas formas, voy a someterme a este tratamiento por ella y para ella. No podía retenerla a mi lado. Ale no dormía y yo fingía hacerlo para que lograra descansar. Me cansé de escucharla llorar cuando me encontraba mal.

—Igual, me parece que tomaste una mala decisión, Andrea, tan mala como la manera en la que la alejaste. No mides nunca las consecuencias de tus actos. Voy a ordenar que la busquen —contesta cansado—. Marta cree que tomó un avión y me preocupa verla así.

Frunzo el ceño cuando me doy cuenta de que mi mejor amigo y su mejor amiga están teniendo un romance.

—¿La follaste? —pregunto asombrado.

—No es tu problema —contesta.

—Encuentra a Alejandra y no por Marta, sino por mí. —Toso y tengo que doblarme para poder respirar y soportar el dolor—. Hazlo por mí. Necesito saber que está bien a pesar de que la estoy hiriendo.

Luca niega y me pasa un pañuelo con el que limpiarme los rastros de sangre de la comisura de mis labios. Cierro los ojos para recordar a Alejandra e imaginar que está a mi lado, que puedo besar sus labios mientras se encienden de nuevo los fuegos artificiales como en nuestra boda.

Comienzo a creer que a las personas que amas realmente nunca la dejarás de querer, por eso espero que ella, a pesar de mis errores, pueda seguir amándome y que el tiempo no mate su amor por mí. Mi corazón aprendió a latir al ritmo del suyo, pero sigue impaciente con el futuro incierto que le espera.

—La amo... —susurro.

—Lucha para que puedas volver con ella —contesta mi amigo.

Recuerdo cada momento a su lado y lo feliz que he sido en estos pocos meses con ella. No tuve que hacer mucho para ganarme un amor que no merezco y, ahora que ella está lejos, entenderá que es mejor así.

La vida puede ser muy perra cuando se lo propone, conseguí la felicidad y el maldito reloj que marca mi estadía en este mundo se acaba.

No creo en maldiciones, creo que lo mío es karma o cualquier otra cosa.

Mis padres no pudieron tener más hijos y cuando ellos murieron, siendo aún muy jóvenes, quedé al cuidado de mis abuelos. Siempre crecí con el maldito estigma de que podía morir antes de que cumpliera los cuarenta años, como les sucedió a ellos; desde muy joven creí que la muerte perseguía a mi familia. Fue por eso que caí en los excesos que el dinero me dejó tener, pretendí que podía ser feliz y ahora me doy cuenta de que no lo soy, que no soy más que un pobre hombre que no supo vivir su vida.

Ahora que quiero hacerlo, que deseo amar y que encuentro a la mujer que tambalea mi mundo, estoy muriendo. Me entregué a la enfermedad porque había perdido las esperanzas, pero Alejandra llegó a mi vida y me devolvió las ganas de existir y sentir. Ella me enseñó que son las pequeñas cosas las que valen la pena: quedarnos conversando hasta altas horas de la madrugada, las sonrisas espontáneas que iluminaban mi mundo, su manía de tomar café por la mañana porque, de lo contrario, pasaba el día mal; las fotos que tomaba cuando menos lo esperaba...

Comprendí que el amor era mágico ya que pensaba que no existía y ella llegó a demostrarme que estaba equivocado. Sin embargo, muchas veces amar es dejar ir, aunque eso te duela, porque ella no merecía la vida que le daba con esos episodios de frustración.

Tenerla cerca y no poder tocarla, querer sentir su piel y escuchar sus gemidos de placer y no poder hacerlo, era como estar viviendo un maldito infierno.

Merezco ser congelado en el Cocito por haber traicionado a la mujer que amo. Cuando mi cuerpo muera, es mi alma la que debería vivir atormentada por mis actos.

No sé si alguna vez han sentido que la vida se les está escapando de las manos, que nada vale la pena seguir... Pues es así como estoy sintiéndome en este preciso momento. Tengo dos días como si estuviera inerte en la cama del hotel en el cual me hospedo en Verona. No deseo continuar existiendo porque hasta respirar se ha convertido en una tarea que me da pereza hacer.

Estoy aquí alejada tratando de pegar los pedazos que quedaron de mi corazón, pero tengo la impresión de que ya nada puede hacerse. Al parecer tengo un vecino que está pasando por lo mismo que yo y se mortifica escuchando a Edith Piaf todos los días cuando el sol está más alto en el cielo, como ahora, que suena el *Himno del amor*. Y entonces, con la letra, recuerdo que estaba dispuesta a morir por él.

Me levanto atormentada y me doy un baño para salir, no aguantaría escuchar una canción más en francés. Me pongo la ropa deportiva que encuentro, por lo que decido que debo comprar algunas mudas si pienso quedarme más días.

Salgo del hotel y camino por la calle en busca de algo que me distraiga. Llego al famoso balcón de Julieta y me siento unos minutos frente a este para observar entrar y salir a los turistas en silencio. Esto es una maldita broma del destino, quisiera que todo hubiese sido una mentira o producto de mi imaginación.

Todo el mundo dijo que lo nuestro fue muy rápido, aseguraban que no duraría porque no nos conocíamos y que él estaba condenado a morir. Sin embargo, no me importaba lo que expresara mi mejor amiga; de hecho, pasé de sus comentarios con respuestas como que hay personas que tienen años juntas y no se aman, pero a mí me bastaron dos meses para enamorarme perdidamente de Andrea.

¿Buena o mala suerte?

No lo sé, supongo que estoy en un punto en que no me quiero detener a pensar qué puede pasar en mi vida después de él. Solo sé que seguiré con mis planes de dejar el modelaje y abrir mi clínica, y no creo que lo haga en Milán pues no quiero estar cerca de él, eso me

haría daño. Por ahora necesito sacar la rabia que siento porque él decidió por mí, ¡y no debió hacerlo! Si me iba o no, era una decisión que debía tomar por mi propia cuenta y no obligada por las circunstancias.

Estoy pensando que el amor es como un vaso con agua que derramas en el piso: puedes tomar un paño y recogerla, pero cuando exprimes el paño, está sucia. Puedes perdonar, no obstante, no creo que olvides el daño que te han causado. Mi madre dice que mi orgullo no me deja perdonar y menos olvidar los agravios de las personas, pues estoy por creer que tenía razón.

No es tan fácil concederle el perdón a una persona cuando te ha arrebatado todo y tu vida explota como una bomba de tiempo que te hace pensar que no vale nada, que quedarse a su lado no vale la pena. Dirían que es egoísmo, pero yo lo llamaría “amor propio”; no puedo regresar para escuchar de nuevo de sus labios que me vaya.

Estaba segura de que mi lugar estaba a su lado hasta que lo quisiera Dios, pero en la vida real no existen los felices para siempre; no puedes vivir en las nubes, porque darte de bruces con la realidad duele y puede estremecer tus cimientos.

Me seco las lágrimas; sin darme cuenta, estoy llorando de nuevo por él. Lo hago con rabia y me levanto para salir a comprar las cosas que necesito. Caminando por las calles encuentro dos lugares donde puedo obtener algunas cosas básicas para estar unos días. Me detengo en una librería para comprar unos cuadernos, una caja de lápices y algunos *post-it*, y cuando estoy pagando veo un cartel que anuncia que Il Volo estará en La Arena de Verona.

Pienso un poco y decido comprarme una entrada para ver el trío cantar. Paso mi tarjeta de crédito, pero el dependiente se queda mirándome por unos minutos.

—¿La conozco? —me pregunta.

—No.

Recuerdo que mi rostro debe estar en los periódicos de circulación nacional por la maldita campaña que me llevó a los brazos de Andrea, salió apenas hace una semana en todos los medios de comunicación.

Tomo la bolsa con las cosas, la entrada y salgo del establecimiento directo al hotel. Me encierro de nuevo en mi habitación. Mi vecino ha

cambiado a Edith Piaf por Ed Sheeran. Canto bajito *Photograph*, pero no puedo seguir y por eso me quedo llorando en silencio, recordando que deseaba sanar con mi amor a Andrea, pero él no quiso que lo hiciera. Me duermo entre sollozos porque necesito sacarme esta pena del corazón.

Me visto por inercia y me arreglo para ir al concierto. Siento que soy un desastre tanto por fuera como por dentro, también creo que he engordado como cuatro kilos desde que llegué a la ciudad. Pienso que si lloro día y noche, debería adelgazar porque no tengo retención de líquidos.

Muy mal chiste, lo sé, pero quiero volver a sonreír sin buscar excusas para hacerlo.

Termino de recoger mi cabello en una coleta alta, salgo de la habitación y bajo hasta la recepción para pedir el teléfono. «Necesito recuperar mi móvil», me digo luego de que el empleado me advierte que la llamada será cargada a mi cuenta, me lo prestan y me voy al recibidor con él para tener un poco de privacidad. Marco el número de Marta de memoria, espero impaciente a que me conteste, y cuando pienso que no va a hacerlo, escucho su voz.

—Aló...

—Voy a ver a Il Volo, hoy —le digo sin detenerme a saludarla.

—¡Alejandra! —me llama aliviada—. ¿Estás bien?

—No, pero lo estaré —contesto.

—¿Dónde estás? —me pregunta preocupada.

—No puedo decirte, pero te contaré cuando regrese.

—Ale...

—Martita, no puedo estar allá, perdóname —le pido arrepentida.

—Él se fue de Milán —confiesa con voz queda—. Regresa.

—No puedo, necesito estar sola un tiempo —contesto a su ruego—. Estaré bien.

—Promételo, porque tuve que llamar a tu madre y está que se sube a un avión. —Suspira—. Ale, todos te amamos y estaremos para cuidarte.

—Lo sé, lo prometo, pero necesito un tiempo para encontrarme de nuevo conmigo. —Respiro hondo—. Necesito poder sacarlo de mi sistema y dejar de llorar por que no me ama.

—Alejandra... —me llama apenada.

—Tengo que colgar, pero te prometo llamarte para que sepas un poco cómo estoy y contarte del concierto. —Ella maldice—. Te quiero.

Cuelgo la llamada y entrego el aparato en recepción, salgo directo al estadio para escuchar a uno de mis grupos favoritos. Entrego la entrada y cuando logro conseguir mi asiento, me percató de que estoy a muy poca distancia del escenario.

Abren el espectáculo con *Grande Amore*, la misma canción que había planeado bailar con Andrea el día de nuestra boda, solo que él la cambió por *Only you*, la misma noche en la que también descubrí que estaba a punto de entrar a una tromba infernal que me iba a destruir.

A la distancia y en silencio escucho la canción que explica todo lo que siento por Andrea. Tengo que encontrar la manera de sacar lo que siento porque de amor nadie muere. Tampoco quiero vivir una vida dantesca y lanzarme al Infierno para sacarlo.

Yo le creía cuando me decía que me amaba, sin embargo, me dejó a la mitad del camino de la felicidad. Ahora no tengo a qué aferrarme, quedó un despojo de la Alejandra que estaba trastocada. La gorda Alejandra, la que no puede ser feliz. La obesa de la cual todos dijeron que iba a quedarse para vestir santos, la misma que usaron miles de veces y que está destinada a vivir llorando. La que salió de su país con el corazón roto, con un saco de decepciones y con el dolor que guardó por mucho tiempo.

Soy la misma que se perturbó al recibir la invitación del concurso que estropeó su vida, soy esa mujer que pensé que se había ido; fui una ilusa, porque solo conocí el amor verdadero para luego perderlo.

Me hace falta algo para poder volver a sonreír y quemar las páginas del pasado que me atormenta; estoy cansada de aparentar algo que no soy o que estoy bien cuando no es así. Ya no quiero fingir ser Alessandra y tampoco quiero ser la Alejandra insegura.

Solo en algo tenía razón Andrea, que lo que llevo dentro es lo que vale y sé que ahora tengo un corazón hecho trizas, pero sé que estoy viva porque he amado y he sufrido por amor.

He tenido muchos días tristes y grandes desilusiones, pero ya no quiero seguir renegando de la vida que me tocó porque es la única que tengo, porque debo perder el miedo y el odio que siento. Dejar ir los dolores y los rencores del pasado, guardar los recuerdos como fotografías y tratar de vivir con lo que tengo.

Me siento en un café con una taza humeante de *capuccino*, abro el cuaderno en el que pienso escribir la historia de mi vida. Quizás es una locura de esas que vienen a la mente cuando no sabes qué hacer, porque solo lloras día y noche por alguien que no se preocupa por saber si estás bien.

Enciendo el iPod que conseguí entre mis cosas, pongo la lista de reproducción de las canciones de las óperas que más me gustan y *E Lucevan Le Stelle*, de la ópera *Tosca*, comienza cuando escribo las primeras palabras de lo que será mi manera de drenar todo lo que he vivido hasta ahora.

Cambio los nombres para proteger las identidades dejando que todo salga de mi interior poco a poco, sin prisas y con la calma que necesito para poder comprenderme un poco en mi propia historia.

Día tras día voy plasmando lo que he vivido desde pequeña, porque en estas páginas estoy encontrando la sanación que pensé que no encontraría. Todavía quedan heridas por cerrar, y es muy difícil reparar un corazón que fue pisoteado.

Pongo punto final a uno de esos episodios que marcó mi vida en Venezuela, cierro el cuarto cuaderno que estoy llenando. Pierdo mi mirada en los transeúntes que parecen desdibujarse a medida que me pierdo en los recuerdos de mi niñez y adolescencia. No crean que fui infeliz, sin embargo, siempre estuve en la búsqueda de algo que no lograba encontrar. En aquel momento, recuerdo que solo buscaba la aceptación de las personas.

Siempre fui gordita, por así decirlo. Bueno, los conocidos decían que era la amiga gorda de mis amigas flacas, pero antes dolía y ahora lo que me causa es lástima.

Muchas veces no nos paramos a pensar en cuanto podemos marcar a otra persona solo con palabras o acciones, creo que todos los seres

humanos, en mayor o menor medida, somos crueles y llegamos a menospreciar a otros. ¿Se han parado a pensar que quizás esa persona llora por las noches, tratando de encontrar eso que es tan malo para que lo rechacen?

Para mí hubo muchas en las cuales me pregunté qué había de malo en mí. Tenía amigos que me apoyaban y nunca me rechazaron, pero también hubo personas que se burlaron de mi peso como si les causara gracia, tuve cualquier cantidad de sobrenombres en mi vida y llevaba tatuada la palabra GORDA en la frente.

Todos se convirtieron en inquisidores de mi vida, quizás creyendo que tenían el derecho de juzgarme por ser diferente a los estereotipos que impuso una sociedad. Sin embargo, la vida puso en mi camino a personas que sí estaban dispuestas a amarme.

Crecí creyendo que debía complacer a la humanidad (recuerden que nací en el país que es cuna de las mujeres más bellas del mundo). ¡Qué sarta de mentiras!, porque cuando ganamos la primera corona, nuestra reina era natural y para nada era tan flaca como las de ahora, que son hasta humilladas en las redes sociales si en su reinado engordan un poco de ese peso ideal que les imponen.

Tomo lo que queda de mi café y miro a mi alrededor. Creo que acabo de entender lo que deseaba decirme Andrea: la belleza interna es lo que realmente vale. Ojalá todos, algún día, podamos comprender esto.

Un mes después.

Estoy llevando una vida bastante monótona en Verona, pero me ha servido para sacar de mi interior muchos traumas del pasado. Algunas veces camino por las calles y me pierdo en la historia de la ciudad, y hay otras en las que me siento en cualquier cafetería a escribir o escuchar historias de amor.

Creo que en la vida te encuentras una vez con la persona correcta, pero hay finales felices y otros que están destinados al fracaso.

Ese sexto sentido te lo avisa desde el comienzo, y mi madre siempre dice que lo que mal comienza, termina de la misma forma. Yo todavía creo que existen esas historias de amor que, con altas y bajas, encuentran lo que buscan.

Comprendí, aunque me duela, que lo único que no desea Andrea es que lo vea en sus peores momentos. Pero si tan solo luchara para sanarse y quedarse a mi lado, yo estaría a su lado porque mi lugar es junto a él; las mujeres, por amor, haríamos cualquier cosa.

¿Quién alza su mano?

Sé que muchas lo harían. Miren que Julieta fue capaz de quitarse la vida para ir con su amado. La vida no debería ser una tragedia, aunque hay historias que están destinadas a serlo.

Miro ese halo de esperanza al cual aferrarme para encontrar felicidad entre tanta tristeza. Sin embargo, no me imagino como tomará mi esposo esta noticia. Yo misma no sé si reír o llorar, tengo una mezcla de sentimientos encontrados cada vez que veo esa cruz que marca azul.

Escucho por los audífonos de mi iPod a Lana del Rey cantar *Once Upon a Dream*, y puedo asegurar que todas las mujeres alguna vez hemos soñado con encontrar el príncipe azul. Solo que no existen los hombres perfectos o los caballeros de brillante armadura que rescatan a las damiselas en peligro. Los hombres reales a veces

pueden ser crueles, no digo que nosotras no lo seamos, pero mi madre también me decía que el hombre es infiel por naturaleza. Yo pienso que quien ama no engaña y menos te lastima. Mi problema no es una infidelidad, sino la mentira y los secretos.

Sé que detrás de esas ganas de alejarme hay algo más, pero mi corazón no es masoquista para ir a ser humillado de nuevo.

Andrea quiso enseñarme sobre el amor propio y lo hizo bien, porque aquí estoy, amándome y salvaguardándome. Ya no quiero tener un hueco en mi alma porque también he aprendido que lo que fácil viene, fácil se va, aunque duela, eso es lo que sucedió con él.

Entendí que nuestra historia era fugaz como una estrella que surca el cielo a veces, apareció y se esfumó con rapidez. Llenó, en pocos días, mi vida de colores e hizo florecer un jardín de rosas multicolores, puesto que el amor es como una rosa con espinas.

¿Volveré a amar?

Lo dudo porque, a pesar de la distancia y el tiempo, lo sigo amando, y escribo para poder entender lo que siento. No obstante, creo que logro comprender que Andrea no supo cómo expresar sus sentimientos. Me hizo feliz entre tanto dolor...

Si llegara a morir..., no sé qué sería de mí. Estoy perdida en un mar confuso donde me debato entre ir a buscarlo y hacerlo entender lo bello que es amar.

—*Cara mia...*

—No debí llamarte —digo arrepentida.

—Necesitas hablar, siempre estaré para ti —asegura Giovanni con voz dulce.

—Estoy confundida, me estoy volviendo loca y no sé qué hacer —susurro y pierdo mi mirada en el cielo que me regala una pintoresca noche estrellada con luna llena.

—Vuelve a Milán, no estás sola. —Respira hondo—. Me tienes a mí y siempre estaré a tu lado, Alessandra. *Ti amo.*

—Giovanni, por favor.

—No lo entiendes. Ahora solo ves el dolor de estar separada de él,

sin embargo, yo siempre estoy para ti.

—Necesito al amigo y no al amante —contesto dolida.

—Siempre nos tuviste a los dos y no lo viste —contraataca dolida.

—Lo siento.

Cuelgo la llamada sin despedirme y apago el nuevo móvil que compré en reemplazo del que rompí, decepcionada. Suena egoísta, pero siempre necesité de Giovanni para sentirme segura porque él me brindaba eso y nunca imaginé que me amara. Fui ciega mucho tiempo y estoy perdiendo a mi amigo.

Tengo que volver a Milán para intentar retomar mi vida, mi madre me pregunta qué sucede cada vez que llama. Marta no para de preguntarme cuándo volveré y cada vez que lo nombra, cuelgo la llamada.

Han transcurrido treinta y seis días desde que me fui de su lado y desde aquel mensaje que escribió, no he tenido noticias de él.

Andrea dio luz a mi vida para apagarla después, me niego a creer que estoy viviendo un despecho con todas las letras. Me recuerda a la canción favorita de mi amiga, *Only Love Can Hurts Like This*, esa que canta Paloma Faith.

Digamos que el amor es un cuchillo que corta tu alma.

Confieso que lo necesito y que lo extraño.

Deseo estar a su lado, si debo acostarme y pegar mi oído sobre su pecho hasta dejar de oír a su corazón latir, lo haría. Pero estoy tan dolida que no quiero salir corriendo para hacerlo. Estoy a punto de perderme por amor y el único que puede salvarme es ÉL, Andrea. Sé que tuve al hombre guapo que todas las mujeres voltean a ver y debo confesar que no me importaba; comprendí, con la convivencia, que él era a un hombre que poseía sus propios demonios internos y que, entre todo su sufrimiento, me protegía del dolor.

¿Egoísmo?

No sé cómo llamarlo, siempre creí que su amor era como una vuelta de hoja porque también estaba muerta antes de que llegara a mi vida.

Toco mi vientre mientras sonrío, ya sé lo que se siente ser amada y pertenecerle a alguien. Necesito tiempo para pensar qué hacer con mi vida. Quiero retomar el proyecto de la clínica, me exijo a creer en mí misma para lograr las cosas que siempre he anhelado y no he hecho

por miedo al fracaso.

—¿Estás segura de esto? —me pregunta Marta sorprendida.
Asiento mientras miro todo a mi alrededor y siento que estoy dejando atrás todo lo que pensé que me hacía feliz. Pasé dos meses escondida en Verona, escribí y escribí por largas horas hasta que por fin creí haber terminado, pero mi historia está inconclusa y quiero terminarla.

—No estoy segura de nada, pero tengo que intentarlo —contesto sacando los cuadernos de la maleta.

—Ale, necesito contarte algo sobre él —me comenta con voz queda.

—No quiero saber de él, lo siento.

Mi vida se convirtió en un invierno de noches heladas, por ahora me siento perdida en una ventisca de nieve y estoy por salir para poder comprender adónde voy.

—Está bien —contesta—. Solo espero que no te incomode que salga con Luca.

Me siento en la cama y le hago un gesto con mi mano a mi amiga para indicarle que tome asiento a mi lado. Ella lo hace y me abraza; por unos segundos me dejo querer y sentir que, con su ayuda, todo saldrá bien. Toca mi vientre y yo pongo la mano sobre la de ella.

—Nadie puede saber que estoy embarazada —le pido en un susurro.

Marta suspira cansada y asiente en silencio porque sabe que nadie me sacará la idea de la cabeza. Confieso que me da miedo que Luca se dé cuenta de mi estado antes que pueda mudarme a Roma.

—Esto es una locura —asegura.

—Siempre lo fue.

—¿Lo sigues amando? —pregunta nerviosa.

—Lo hago, pero lo nuestro fue efímero, como las flores en primavera que solo duran pocos días. —Suspiro—. Benedetti decía que era casi ley que los amores eternos son los más breves.

—Ale, déjame contarte algo sobre él —me pide y se separa de mí.

Yo niego y me levanto de la cama para evitar escuchar cualquier cosa sobre Andrea Pacci porque no quiero salir corriendo a su lado;

seguiré amándolo en silencio hasta el final.

—¡Alejandra, escúchame! —me exige Marta molesta.

—¡Marta, no!

¿Recuerdan que le dije que ella no se queda quieta hasta que podamos ver su punto? Bueno, esta es una de esas veces.

—Alejandra, me vas a escuchar quieras o no.

—¿Qué vas a decirme?, ¿que se está dejando morir? —inquiero entre la rabia y la frustración que siento.

—No... —susurra comprensiva.

Un peso se instala en mi corazón y me siento derrotada en el piso a llorar. Si algo le sucediera, creo que me iría con él. Lo haría porque mi mundo está vuelto trizas desde que ya no estoy a su lado.

—No es lo que piensas. —Ella se sienta junto a mí y me abraza mientras lloro—. Está luchando por ti y estoy segura de que si se entera que estás embarazada, vivirá por los dos.

—Está luchando... —susurro.

—Está en Suiza recibiendo un tratamiento experimental.

—Entonces, ¿por qué me alejó, por qué dejó que me fuera sin mirar atrás? —sollozo dolida.

—Porque hay veces que nos duele ver sufrir a las personas que amamos. Podías hacerte la fuerte, pero todos sabíamos que estabas sufriendo.

—No era justo.

—¿Recuerdas la canción de Il Volo que tanto me gusta?

—¿Cuál?

—Cuando el amor se convierte en poesía. —Saca el iPhone del bolsillo de su falda y busca en su lista de reproducción para que la escuche.

*Io canto il mio amore per te
Questa notte diventa poesia
La mia voce sarà
Una lacrima di nostalgia
Non ti chiederò mai
Perché da me sei andata via
Per me è giusto tutto quello che fai*

*Io ti amo e gridarlo vorrei
Ma la voce dell'anima canta piano lo sai
Io ti amo e gridarlo vorrei
Ma stasera non posso nemmeno parlare perché piangerei
Io canto la tristezza che è in me
Questa notte sarà melodia
Piango ancora per te
Anche se ormai è una follia
Non ti chiedo perché
Adesso tu non sei più mia
Per me è giusto tutto quello che fai
Io ti amo e gridarlo vorrei
Ma la voce dell'anima canta piano lo sai
Io ti amo e gridarlo vorrei
Ma stasera non posso nemmeno parlare perché piangerei
Io ti amo, io ti amo.*

—Búscaló, Alejandra. Ambos merecen ser felices —me pide Marta cuando termina la canción.

Me abrazo a mi amiga para llorar desconsoladamente como no lo hacía en meses. Necesito saber de él porque su ausencia está presente y siento que, aunque estoy esperando a nuestro hijo, no hay mañana para mí. Todo cambió en menos de un segundo cuando caí al vacío que estoy viviendo desde que me alejé de él.

ANDREA

—**Q**uédate conmigo —susurro cuando la observo darse vuelta y alejarse—. ¡Alejandra, quédate, por favor!

Ella ignora mi ruego y yo corro para tratar de alcanzarla, sin embargo, no logro hacerlo. Me desplomo en el suelo y me quedo mirando cómo ella se va de mi vida. Nunca va a perdonarme.

—¡Alejandra, te amo! —grito.

Ella se gira, pero veo su rostro desdibujado, y cuando se despide de mí, todo a su alrededor se rompe en miles de pedazos como un cristal inmenso.

—¡Alejandra! —grito y me arranco los conectores del medicamento que me están poniendo.

Despierto en la maldita habitación antiséptica y blanca del hospital en el que tengo dos meses viviendo. Llevo muchos días atormentado porque no saber nada de Alejandra me destroza, y aunque yo mismo le pedí que se fuera de mi lado, no deseaba perderla. Ella era la luz y ahora vivo mi infierno frío y oscuro. Y aun tratando de luchar para vivir a su lado siento que pierdo la batalla cada día.

No la merecía, sin embargo, me empeciné en tenerla. No fue cuestión de obtener un trofeo, más bien de conseguir la salvación por tiempo limitado. Junto a Alejandra conocí el Cielo e hice mi *Divina Comedia* a la inversa, porque ahora estoy encerrado en algún lugar del noveno círculo del Infierno, atormentado.

Fui un ciego lleno de fe pensando que podía hacerla feliz, solo soy experto en dañar a las personas que amo. Ya nada es igual desde que ella se alejó y sé que no quiere ser encontrada porque supo esconder su rastro, incluso de su propia mejor amiga. Me preocupa que todo esto termine en una maldita tragedia que no solo marque mi vida, sino también la de ella, porque nada valgo sin su amor.

Nuestro amor fue como soñar despierto y desde que la arranqué de

mi vida, todo me sabe amargo. La ausencia de su amor me hiere y me desorienta, y desearía que se llevaran los restos de lo que queda de nosotros.

Mi universo se volvió pequeño y siento que mi mundo se desbarata. Lucho sin saber de ella, a pesar de que guardaba la esperanza de recibir noticias.

La amo, ¿para qué negar algo que es palpable y visible? Lucho cada día contra esta maldita enfermedad y lo hago por ella y para ella. Si no me perdona, al menos sabré que he cumplido mi promesa de estar a salvo.

Cierro el documento en donde le escribo todo lo que siento a Alejandra, así, si llego a morir, podrá comprender las razones del porqué me acerqué a ella y la alejé de esa manera.

La parte más difícil de estar enfermo es saber que vas a morir y dejar a las personas que amas. Desde que me sometí a la quimioterapia, mi vida se ha vuelto una agonía porque pienso que pronto voy a dejar este mundo y esto no es vida para nadie. No me parece justo que ella tenga que vivir esto a mi lado.

La hice irse porque estoy horrible para ser visto, todo mi cabello se ha caído y he bajado tanto de peso que estoy irreconocible. Fue por eso que, cuando me dijo “te amo” por última vez, no la detuve, porque lo más difícil que he tenido que hacer en mi vida fue abandonarla.

La puerta se abre y Luca entra junto a una enfermera que trae dos vasitos con las medicinas experimentales, me los entrega y las tomo. Él espera en silencio a que ella salga de la habitación para estar solos.

—Ya está en Milán. Está bien, pero se niega a saber de ti —me informa.

—Sabía que no me perdonaría —contesto aceptando las consecuencias de mis actos.

—Hay algo más —me dice y comienza a caminar de un lado a otro.

—¿Volvió con el fotógrafo? —Aprieto la sábana en mis puños al preguntar eso.

Luca niega y se sienta en la silla que está frente a mí. Necesito que

me diga que ella está sola, no me resignaría a perderla si estuviera con otro hombre, sé que digo que lo haría, pero la verdad es que muero de los celos.

—Bueno, lo cierto es que ella está aquí —concluye. Se levanta y camina hasta la puerta.

Me vino a buscar para ser de nuevo dos, ila necesito porque no puedo más!

Alejandra y Marta entran a la habitación, su amiga se queda junto a Luca mientras ella sacude la cabeza cuando me ve, lleva sus manos a su boca para aguantar los sollozos y corre hasta la cama para abrazarme.

—*Ti amo* —susurra entre el llanto.

—*Principessa...* —murmullo sorprendido.

Ella es todo lo que necesito para poder sobrevivir y encontrar el camino de la salvación. Ella es la luna de mis noches estrelladas y es la única luz que quiero caminar para encontrar la paz.

Estar en sus brazos me hace sentir viva porque en ellos el cielo se vuelve más azul y me olvido de los problemas; su amor tiene el poder de sanarme. Si me pidiera cualquier cosa estaría dispuesta a dársela, pero no dejarlo de nuevo ya que estaría otra más muerta en vida.

Lloro en silencio para dejar ir todo el dolor que retuve los meses que estuve lejos de él, que parecían eternos a causa de su ausencia y eso lo hacía estar más presente en mis pensamientos. Sus brazos son mi hogar y sé que ellos serán también de nuestro bebé, quiero que entienda que no me iré de su lado. Sueño con besarlo siempre bajo miles de estrellas y que vivamos hasta que seamos ancianos.

—Todo lo que hago, lo hago por ti —susurra dejando un beso casto en mi frente.

—No me alejes más —le pido entre hipidos.

Parece un sueño o una paramnesia estar abrazada a él, porque Andrea no sabe que es todo para mí y estoy dispuesta a entregarle todo lo que soy.

—Dime que no es un sueño —me ruega conmovido—. Dime que no te irás y que no estoy soñando como lo hago desde que te obligué a irte.

Me separo de él y tomo su rostro entre mis manos, observo sus ojos verdes que se han apagado, los dos sufrimos porque fuimos unos idiotas masoquistas a los que les gusta el dolor.

—Soy real. No voy a irme porque sin ti no podemos vivir —susurro. Parece no comprender lo que digo y me abraza de nuevo—. ¿Puedo acostarme a tu lado?

Mi pregunta sale temerosa a una negativa y él asiente haciéndome saber que está bien quedarme a su lado. Observo a Luca y a Marta, que nos miran en silencio; mi amiga se seca las lágrimas y él la abraza.

—Los dejamos porque ya se olvidaron de nosotros —comenta Luca.

—Gracias —susurra Andrea apretándome contra su pecho.

Yo solo muevo los labios y Marta asiente sonriendo porque sabe que estoy donde pertenezco. Salen de la habitación y nos dejan solos.

Compartimos un silencio que nos tranquiliza mientras jugamos con nuestras manos. Escucho su corazón cerciorándome de que está bien, que late y lo hace por mí. Lo extrañé como una loca, nadie me dijo que sería fácil y menos que tendría que vivir algo como lo que estoy viendo. Estar así a su lado es lo que necesito para tener fuerzas y luchar.

—¿Te sientes bien? —pregunto preocupada.

—Tengo días que quiero tirar la toalla. —Besa mi frente—. Sin embargo, pienso en ti y en la promesa que te hice de vivir; lucho cada día, aunque siento que pierdo la batalla al tiempo.

Seco mis lágrimas y comienzo a hacer círculos en su pecho. No puedo creer que pensara que podía estar bien sin él, somos dos idiotas enamorados que nos lastimamos por amor y por querer protegernos.

—No lo vuelvas a hacer —le ruego y llevo su mano a mi vientre mientras pierdo mi mirada en una pared—. Hay otra razón para que luches.

Andrea comprende lo que acabo de decirle y toma mi mentón para que pueda mirarlo. Asiento y él sonríe. Me cuesta un poco aceptar ver al hombre que amo de esta forma, débil y derrotado, pero estaré a su lado porque estoy segura de que puedo sanarlo.

—¿Lo estás? —pregunta emocionado.

—Lo estoy y necesito que lo sumes a tus ganas de luchar porque quiero que te conozca —le ruego.

—Te amo, Alejandra. Estoy luchando porque me di cuenta de mi error. —Suspira—. Espero que puedas perdonarme.

Sonrío y beso su pecho.

—Lo haré. Necesito que dejes de ser un misterio que tengo que descifrar a cuenta gotas.

—Prometo intentar ponerte al tanto de todo.

Me besa sin temor y guardo en mi corazón la esperanza de que este gran amor no vaya a acabar.

Marta me entrega una bandeja con frutas mientras esperamos a que le hagan unos exámenes a Andrea. No puedo entrar porque los rayos X le harían daño al bebé, así que me siento un rato a comer.

—Sabes, estuve leyendo lo que me dejaste y podrías pensar en publicarlo —comenta picoteando su bandeja.

Suelto una carcajada de la nueva ocurrencia de mi mejor amiga.

—Lo hice en forma de terapia y no con ganas de ganar dinero —contesto muerta de risa.

—Lo sé, pero solo imagínalo por un momento. Estás viviendo algo que debería ser inmortalizado. —Niega y me hace señas—. Sabes que estoy loca.

—Olvídalo, no pienso hacerlo.

—Lo sé —acepta y se remueve incomoda en su silla—. Por cierto, hablé con Giovanni.

«Giovanni... ¿Y ahora qué sucederá?». Mi amigo y yo tenemos una temporada sin hablar y no sabe nada de mi boda. Igual que mis padres, todo este tiempo les he estado mintiendo y cuando descubran lo que sucede, tomarán un avión hasta aquí para matarme.

—¿Cómo está? —indago curiosa.

—Le conté que te casaste —confiesa

—¡Marta! —le increpo molesta—. ¿Te volviste loca?

—No, pero me parece injusto que esté guardándose para ti cuando nunca vas a aceptarlo.

Exhalo cansada.

—¿No le has contado nada a mis padres? —inquiero entre dientes.

—Bueno...

—¡Marta!

Ella sube sus manos en forma de disculpa y quiero matarla. Respira Alejandra, respira porque la vas a asesinar.

—No fui yo, pero creo que Giovanni se fue de boca. —Saca su móvil y me enseña un titular de un diario de Milán.

No, esto me sucede a mí y al Pato Donald. ¡La quiero matar!

—Marta, creo que Andrea no quería que esto saliera a la luz.

—¿Saliera a la luz qué cosa?

La voz ronca de Andrea nos interrumpe y yo alzo mi rostro de la pantalla para mirarlo a él. Está junto a Luca, ambos nos observan

esperando una respuesta, que por supuesto no me atrevo a darles. Le doy un codazo a Marta, que para eso es mi representante, y ella pone lo ojos en blanco.

—Terminen de entrar y les cuento —les pide.

Luca empuja la silla de ruedas de mi esposo y entramos a la habitación. Me apresuro a acomodar su cama y Andrea toma mi mano cuando se pone de pie a mi lado.

—¿Sucede algo? —pregunta preocupado.

Luca y Marta cuchichean algo y ella le entrega su móvil. Yo muerdo mi labio, nerviosa, mientras pienso cómo decirle.

—Entra a la cama —le pido con voz dulce.

Andrea esboza una sonrisa y solo eso basta para calmarme, me acerco y le doy un beso espontáneo. Me toma de la cintura atrapándome y se demora un poco más, confieso que me muero por sentir sus labios en otras partes de mi cuerpo. Nuestros amigos carraspean interrumpiendo el momento y nos separamos un poco remolones. Él se sube a la cama y se recuesta, dejando descansar su espalda sobre las almohadas, tal y como le ordenaron los médicos..., y porque quiere estar atento a mi respuesta.

—Yo no voy a demorar para esto. —Marta rompe el silencio—. Hablé con un amigo nuestro y le conté que se casaron, fue justo antes de tomar un avión, y me llamaron para informarme que se coló a la prensa.

Andrea suelta una carcajada.

—¿Eso es todo? —inquire divertido.

—Sí. —susurro—. ¿No te molesta?

—Lo siento —se disculpa Marta apenada.

Luca la abraza y deja un beso en su cabellera. Andrea no para de reír y me sorprende al notar que no tose para nada.

—No te preocupes, *principessa*. Y no, no me importa que el mundo se entere de que estoy casado con la mujer más maravillosa del mundo.

Seis meses después.

Los días se convierten en semanas y las semanas en meses. Sin embargo, Andrea no ha tenido una gran evolución, o es lo que siento. Compartimos una vida tranquila, alejados de Milán, y vivimos cerca del mar por recomendaciones médicas. Mi embarazo va maravillosamente bien y sin molestias. Disfrutamos de cada momento y estoy aprendiendo algo más que quizás en la vida me ayude mucho: la muerte no es la última palabra.

Aprendí que las crisis, el dolor y el sufrimiento es el inicio del camino a la felicidad, la cual puede que sea corta o muy larga, no lo sé, pero cualquiera de las dos me llevará al paraíso que es el amor.

Todas las noches a su lado se convierten en las más lindas porque me siento la reina de su vida y me ha enseñado algo que me costó mucho tiempo entender: a amarme, pues el amor propio es fundamental cuando deseas que te quieran. Todo tiene un principio y para mí ese era el camino que necesitaba tomar para ser feliz.

Sé que cuando se vive pensando en el mañana, sientes que vives con miedo. Ahora puedo decir que perdí el miedo al mañana y que vivo cada día a la vez para tratar de hacer de mi vida y la de él lo que deseamos.

El amor no se vive por instinto, se vive porque se siente, porque nace y crece. Imaginen que están escuchando una sinfonía y el *crescendo* es el punto en el que están en pleno con su pareja. Ya dejemos de pensar que el amor es algo complicado, somos nosotros quienes lo hacemos de esa forma, porque cuando amas no te importa nada más que estar al lado de las personas que producen ese sentimiento.

Andrea le canta canciones de The Ronettes a nuestro bebé y me hace sonreír cuando le susurra *Be My Baby*. Creo que cuenta los días para que llegue y poder descubrir qué sexo es o si tiene todos los

deditos, pues decidimos no enterarnos si es niña o niño hasta que nazca. Cada ecografía es un momento especial y me gusta tanto verlo sonreír como ahora que estamos sentados, tomando un poco de sol y él respirando el aire fresco que nos regala Sicilia.

—¿Cómo te sientes? —le pregunto cuando veo que toma el bigote del oxígeno para colocárselo.

—Estoy bien. Por favor, deja de preocuparte —contesta.

—Nunca podré dejar de hacerlo.

—Un mes —comenta cambiando radicalmente el tema.

—Dos días y llega mi mamá —suelto con una sonrisa.

Andrea se remueve incómodo porque las pocas conversaciones vía Skype con mi madre no han sido para nada placenteras. Ella tiene una manera de torturar a las personas y creo que ha hecho ya bastante con mi esposo.

—Nunca había conocido a los padres de nadie y tengo miedo —confiesa.

Suelto una carcajada y él se gira para observarme porque sé que le encanta que lo haga y se siente satisfecho cuando lo logra.

—Mi madre no come gente. Mejor digamos que es un pan.

—Igual tengo miedo de que se dé cuenta de que no soy el hombre para ti.

Sus palabras me dejan unos segundos muda porque hemos recorrido mucho juntos para volver al punto de partida. Miro al frente y pierdo la mirada en el mar; siempre he pensado que es aquí donde encuentro la solución a todos mis problemas.

—Por mucho tiempo pensé que nadie podía amarme y la inseguridad por mi aspecto físico no ayudaba, pero llegaste tú y creí que me hacías débil. Estaba equivocada.

—Alejandra...

—Me has hecho más fuerte desde el comienzo y ya no importa que tenga un poco más en algún sitio de mi cuerpo. —Suspiro—. Tú amas lo que a otros les pareció incorrecto.

—Eres hermosa.

—Lo sé, pero ahora es que lo veo y siempre pensé que no era la mujer indicada para hacer feliz a nadie. Y mírame, aquí estoy luchando para hacerte feliz pase lo que pase.

—Lo importante es que seas feliz tú y los demás seremos felices — contesta y toma mi mano para que lo mire; su barba ha crecido, aunque no es tan abundante como antes—. ¿Eres feliz a mi lado?

—Lo soy, por eso me molesta que creas que no eres el hombre indicado para mí —contesto molesta.

Respira cansado y sé que se siente exhausto con todo lo que vive a diario, porque vivimos conscientes de que algún día va a empeorar y que podría morir; piensa que es injusto que yo esté amarrada a un enfermo. Hoy por fin me doy cuenta de que ahora el que está lleno de inseguridades en esta relación es Andrea y no yo.

—Sabes, la vida real no es como la imaginé en mi niñez. Hay personas que caminan por adoquines llenos de flores y nosotros caminamos por una cuesta llena de espinas. —Pierdo la mirada en las olas—. Andrea, sé lo que tienes, pero te amo con todo mi ser y si tengo que aceptar que algún día vas a morir, lo haré. Y recuerda que siempre me dices que la muerte no es la última palabra, por eso te amaré hasta el final de mis días y lo sabes.

—Voy a citar a un gran amigo: *“Si ama quello che si capisce, si capisce quello che si ama”* —murmura.

«Se ama todo aquello que se entiende y se entiende todo aquello que amas». Repito en mi mente sus palabras y no puedo evitar sonreír al recordar a quién pertenecen.

—Franco Nembrini —susurro.

—Siento que estoy viviendo el Infierno, el Purgatorio y me da terror saber que el Paraíso será la muerte —confiesa afligido.

Me levanto y me siento en sus piernas, sus ojos verdes han tomado un brillo especial y creo que en estos meses los dos nos hemos hecho más sabios.

—Ya estamos en el Paraíso. Los errores del pasado nos hacen mejores personas y no deben marcar tu futuro. Vive, Andrea, vive hasta que te toque el último aliento.

—Alejandra... —Suspira mi nombre.

—*Ti amo, grande amore.*

—*Ti amo, principessa.*

Mi madre es un torbellino latino con muchas raíces italianas, pero por su sangre corre el Mar Caribe y el sol que enamora en cada atardecer. Silvina Palazzo puede ser muchas veces bastante atemorizante y creo que mi pobre esposo nunca se imaginó que su suegra tuviera más de un tornillo suelto.

Además, si juntamos a Marta con mi madre, pues estamos en un manicomio y nosotros estamos que salimos corriendo. Como ahora, que las dos se han confabulado para “cocinar”, pero lo triste es que mi madre cocina mientras mi amiga bebe como una loca.

—A ellos lo que les falta es buena comida y estarán sanos los tres — comenta mi mamá mientras corta en juliana una cebolla.

—Verás, Silvina... Con todo el respeto que te debo, creo que les falta follar más y discutir menos.

—¡Marta! —la llamo molesta cuando Andrea se levanta con Luca.

—No te preocupes —susurra él dejándome un beso en la frente—. Vamos a hablar de negocios.

—Hijo, termina rápido que te estoy cocinando algo delicioso —le dice mi madre.

Andrea ríe y yo quiero morir para nacer de nuevo, ya que verlo sonreír de esa manera es incomparable. Todos los días la panza me pesa más y parece como si tuviera un yunque y no un bebé, así que me levanto con cuidado y tomo un trozo de zanahoria.

—Eres la mujer más desequilibrada de este mundo, pero te quiero —le digo a Marta y le doy un mordisco a la verdura.

—Esa fue la única manera que encontré de correrlos. —Suspira y saca su iPhone, busca algo y me lo muestra—. Necesitas ver esto

Frunzo el ceño y le doy *play* al video donde aparece Giovanni, que mira tímido hacia el móvil y comienza a hablar cuando Marta le dice que lo haga.

—Alejandra, no sabes cuánto te extraño... —Exhala cansado—. Desde aquel día en mi piso, me arrepiento de no haberte escuchado, quizás hubiésemos mantenido la amistad. —Pasa sus manos por su

cabello negro mientras niega nervioso—. Nunca lograré entender por qué si nos llevamos tan bien, nunca pudimos formar lo que ahora tienes con él.

—Marta... —susurro conmocionada y detengo el video.

Ella niega y toma el resto de su vino blanco. Yo le quito el *pause* y sigo escuchando a quién creía que era mi amigo.

—Perdóname. Nunca debí filtrar a la prensa que eras su esposa y sé que te perdí para siempre. Sin embargo, sé que en algún momento puedes necesitarme y quería decirte que estaré para ti. *Ti amo, cara mia.*

La puerta de la cocina suena y me giro para encontrarme a mi esposo con el rostro bastante molesto. Me levanto y camino hasta él, pero se da media vuelta para salir por donde entró. Me quedo en el medio de la cocina y no sé si asesinar a Marta o matarme yo misma porque me venció la curiosidad por ver ese video.

«Ay, Alejandra... ¿Cuándo vas a aprender?».

Marta se acerca y me toma del codo, pero me suelto irritada y salgo en busca de Andrea. No lo encuentro en ningún lugar y al asomarme lo veo caminado por la playa. Bajo con cuidado y me acerco para saber qué tanto escuchó del video.

—¿Estás bien? —pregunto con preocupación.

Se detiene en medio de lo que es nuestro patio y se queda mirándome algo desesperado. Lo entiendo y me imagino que por su mente pasan miles de pensamientos.

—Andrea... —lo llamo al ver que no responde.

—Mía... —susurra.

Asiento y se acerca sin decirme nada para marcar su territorio con un beso. Puede que Giovanni esté a miles de kilómetros, pero sé que Andrea quiere dejar su punto de vista bien claro. Rompe el beso y pega su frente en la mía, respiro hondo y me abrazo a él para escuchar su corazón.

—Deberías haberlo aceptado a él —me dice.

Suspiro.

—Entonces, seguiría siendo la Alejandra insegura que se escondía detrás de Alessandra.

Rompe el abrazo y acaricia mi vientre de casi nueve meses, nuestro

bebé pateo y él me dice:

—Si es niña, quiero que se llame Alba, como el comienzo de nuestras vidas. —Yo asiento—. Si es niño, deseo que se llame Valentino, porque debe ser valiente para ayudarte cuando no esté a su lado.

—Andrea...

—Voy a morir, sabes que el tratamiento solo me regaló un poco más de tiempo. —Toma mis manos y no puedo evitar llorar de la rabia y la impotencia—. Te ruego que luches por él o ella porque sé que vas a morir viejita, luego de ver a nuestro hijo crecer y a tus futuros hijos con él.

—Nunca voy a casarme de nuevo —hipeo.

Él seca mis lágrimas y besa mi frente, creo que es su forma de hacerme saber que todo saldrá bien, puesto que lo hace cada vez que me altero.

Sin embargo, paso los días rezando para que un milagro pase y que se salve, para que lo que tanto él teme no sea cierto, que la vida va a regalarle una segunda oportunidad y que pueda vivirla en paz.

—Me molestó escuchar que él guarda la esperanza —me manifiesta molesto.

—Perdóname, no debí escuchar el mensaje.

—No puedo prohibirte querer saber de alguien que fue parte de tu vida, pero no me gusta que tengas contacto con él. —Respira hondo—. Follabas con él antes de que llegara.

Sus palabras me caen mal y me dan ganas de partirle la cara. Celos, a estas alturas, cuando estoy embarazada.

«Respira, Alejandra, respira y recuerda que estás a punto de parir».

—No te cruzo el rostro de una cachetada porque estoy a punto de parir —le grito molesta—. Tú lo dijiste, follaba y es tiempo pasado.

—Alejandra...

—Alejandra nada. Y mira, mejor nos calmamos para ir a comer lo que hizo mi madre. —Respiro cansada—. Te amo. A ver, lee mis labios: TE AMO, ¿puedes entenderlo?

—Yo también te amo, pero tengo que reconocer que desde siempre he sentido celos.

—Te diré algo, deja el miedo y las inseguridades porque, pase lo que

pase, siempre voy a amarte. Quiero que estés consciente de eso.

Mi madre camina de un lado a otro mientras yo trato de digerir toda la comida que hemos ingerido. Creo que las madres venezolanas cocinan para un batallón y todos estamos como sedados.

Andrea acaricia mi vientre en silencio porque creo que está tan o más lleno de comida que yo. Luca y Marta están dormitados en el otro sofá mientras mi madre está enseñándole a las chicas de servicio como deben lavar los platos. ¡Madres!

Mi amiga abre sus ojos y sonrío cuando se da cuenta que la estoy observando. Se abraza a Luca y él corresponde dejando un beso casto en su frente.

—*Ti amo...* —susurra Andrea en mi oído.

Sus palabras captan mi atención, pero no deja que lo mire porque se acuesta en mis piernas y comienza su charla diaria con nuestro bebé. Susurra palabras de amor que solo podemos escuchar nosotros tres. Acaricio su cabello que ya poco a poco ha ido creciendo de nuevo.

Entonces, recuerdo que la vida siempre nos da lecciones para que aprendamos a valorar lo que tenemos. Este amor comenzó con el beso perfecto y se deterioró con el veneno de querer algo para siempre, pero bastó darnos cuenta de que estando lejos sufríamos más y que ni la muerte me hará olvidar momentos como este.

Me ciega, momentáneamente, la luz de un flash y observo a mi madre sonreír con su cámara en mano. De repente me invade la idea de que a veces debemos guardar los recuerdos como fotografías. Qué sabio es Ed Sheeran en su canción *Photograph*, solo deténganse un momento a escucharla y entenderán lo que deseo decirles.

ANDREA

Yo no quiero vivir para siempre, pero sí quiero vivir aprovechando cada regalo que me da la vida. Doy gracias al Cielo que me ha regalado la oportunidad de disfrutar cada momento del embarazo de la mujer que amo; no puedo negar que rezo para poder disfrutar el nacimiento de mi hijo y grabar su rostro en mis recuerdos.

Vivir es morir, eso decía mi padre y algo me dice que vivió feliz hasta su último día. Ya no creo en maldiciones o supersticiones tontas, solo que esto es parte de lo que me tocó vivir. Es triste que tenga que morir joven, pero en algunos días cumpliré treinta y cuatro años, superé los meses que diagnosticaron los doctores y sigo vivo, enfermo pero vivo.

Escribo todos los días lo que siento para que algún día mi familia pueda entender, porque quizás hay momentos en los que sueno algo injusto con mis palabras, pero amo a mi mujer y, por supuesto, al niño que viene en camino.

Sucede que cuando pierdes las esperanzas de todo lo que te rodea, no hay forma de no sonar frustrado e injusto. Debí alejar a Alejandra cuando todavía quedaba tiempo, pero no lo hice y fue la mejor decisión que he tomado en mi vida, incluso sabiendo que corría el riesgo de enamorarme perdidamente de la mujer más maravillosa del mundo. Sé que el día que parta le haré daño, por eso trato de hacer de nuestros días los más felices.

Cuando leas esta carta, no entenderás por qué te restringo lo que tengo, sin embargo, todo tiene una razón. Sé que amas a mi mujer y por eso me atrevo a pedirte que el día que ya no esté, la busques, porque merece ser feliz y creo que podrás darle un poco de esperanza ante tanto dolor.

Debo confesarte que no es nada fácil pedirte esto, pero mi familia es lo más importante para mí y quiero que en todos los ámbitos estén

protegidos. Me bastó escuchar tus palabras para darme cuenta de que eres la persona que ella merece y que todos cometemos errores, somos humanos. Por eso, enmienda los tuyos cuando sea el momento y hazla feliz.

Cuida de ella y de mi hijo. Lo único que te pido es que le hables a él o ella de mí.

Andrea Pacci.

—La amas —asegura mi suegra sentándose a mi lado.

Yo asiento mientras observo a Alejandra caminar en la orilla del mar junto a Marta. Las dos comparten algunas palabras y sonríen, mirar a lo lejos cómo ellas se compenetran me reconforta porque sé que no la dejaré sola.

—Por supuesto que amo a su hija. Siento mucho que se perdiera nuestra boda. —Respiro hondo—. Entenderá que no tengo mucho tiempo que perder.

—Yo no estoy molesta. La verdad, tengo más bien que agradecerte. —Silvina toma mi mano y le da un fuerte apretón—. Nunca había visto tan feliz a Alejandra y tampoco cómoda con su físico, sabía que no era feliz, aunque había encontrado cierta estabilidad con eso del modelaje.

—Ella es la mujer más hermosa del mundo —agrego.

—Sí, pero el amor comienza por el propio y ella no lo podía ver. —Suspira—. Fueron noches enteras escuchando a mi hija llorar por idiotas que no la valoraron y me asusté mucho cuando recibió la invitación a ese maldito concurso.

Me extraño porque no sé de qué habla Silvina. Ella parece darse cuenta y su rostro se contrae de la rabia.

—¿Qué concurso? —pregunto.

—Uno muy famoso en nuestro país y que creo que marca la vida de muchas niñas, para bien o mal —contesta—. Lo único bueno de todo esto es que llegaste tú a su vida y lograste lo que nunca pudimos nosotros.

—No entiendo —agrego y me quedo mirando a Alejandra que moja

sus pies en el mar.

—Habla con ella y pregúntale las razones de por qué dejó Venezuela. Solo así entenderás que los dos se han sanado.

Mi suegra se levanta y me da un beso en forma de despedida, va hasta donde están las chicas dejándome con la curiosidad de conocer un poco más a mi esposa.

Me acuesto al lado de Alejandra no sin antes darle un beso a nuestro hijo. Ella tiene una hermosa sonrisa en los labios cuando miro su rostro, y por esa sonrisa sería capaz de darle mi alma al diablo y quedarme a su lado hasta el final de mis días. Tomo su mano y beso su palma; tengo a la mujer más hermosa del mundo a mi lado, duerme y despierta todos los días conmigo y me siento afortunado.

—Quiero que me hables de qué va eso del concurso —le digo como si nada.

Escucho que maldice en español y sonrío cuando la hago voltearse un poco para abrazarla.

—Solo dime, prometimos no ocultarnos nada —agrego.

Ella suspira bajito y yo aprovecho la oportunidad para darle un beso tierno en sus labios. Sonríe y eso me basta para iluminar mi mundo.

Porque ella es todo lo que necesito.

Porque ella es mi hogar.

Porque ella es mi universo.

Porque ella es mi cielo.

—Me invitaron a un concurso de belleza, uno que odio, por cierto. Por culpa de eso y otras cosas volvieron mis inseguridades, solo recuerda lo que sucedió en la primera sesión de fotos de la campaña —me dice resignada.

—Eres hermosa, no tengo que repetirlo —aseguro abrazándola.

Ella asiente y se acerca para darme un beso tímido.

—Lo descubrí contigo y me costó mucho, pero ahora entiendo muchas cosas. —Suspira—. Cuando me fui de tu lado fue la primera vez que hice algo por amor propio. —Me tensó y ella también—. Me fui porque sabía que terminaría lastimada, pero ahora sé que era una

de las tantas cosas que debía hacer.

—Perdóname —susurro apenado.

Ella toma mi rostro entre sus manos y me da un beso sonoro. Ahora entiendo que el amor lo perdona todo.

—Ya pasó, pero me imagino que mi mamá te dijo algo y es hora de que te cuente. —Respira hondo—. La mujer que tienes al frente es el resultado de muchas lágrimas porque sé lo que es vivir el rechazo y qué se siente que jueguen con tus sentimientos. Pero eso no importa debido a que todo me llevó a encontrarte.

Sonrío triste ya que nuestra felicidad tiene el tiempo contado.

—Hemos hecho todo y no quiero que estés triste —me pide.

—¿Qué hemos hecho? —inquiero incómodo.

—No importa el tiempo que tengamos. Puede que como humanos que somos sea poco y eso nos cause un sentimiento de inconformidad, pero para mí basta cada momento a tu lado porque soy feliz —asegura.

—Alejandra... —susurro su nombre y no logro pronunciar otra palabra.

—Juguemos esta noche a mirar el techo y decir alguna palabra que identifique a los dos —propone.

—Ale...

—Terco —dice mientras se gira y toma mi mano.

Miro el techo por unos segundos y me doy cuenta de que nunca sé cómo expresarle lo que siento, pero es una palabra que ronda en mi cabeza a pesar de todo lo malo.

—Bella —digo.

—Amoroso.

—Bondadosa.

Me giro y hago que me mire porque no quiero que lo que tengo que decir lo haga mirando el techo.

—Eres perfecta, por eso todo lo que soy y fui está en tus ojos de color café, porque cuando miro el brillo que hay en ellos, sé que lo poco que te doy es suficiente para hacerte feliz. —Respiro hondo—. Eres la mujer más bondadosa en el mundo porque me has perdonado, eres bella y para mí no hay mujer más hermosa que tú.

—Andrea...

—Te amo. Sabes que te amo, y aunque hay días que no me soporto ni yo mismo, nunca olvides que te has convertido en lo más hermoso de mi vida. —Respiro hondo—. Espero que el día que muera pueda hacerlo a tu lado y no en una cama de hospital.

Sus ojos se llenan de lágrimas y yo las borro con mis pulgares.

—No quiero que mueras —confiesa.

—No pienses en eso, pero quiero que me perdones por tener que dejarte sola. —Toco su vientre—. Las cosas cambiaron desde que llegaste.

—No te despidas... —me ruegas.

Me acerco para besarla, primero suave y luego lo más ansioso que puedo. No quiero decir adiós. Sin embargo, siento que acerca mi hora.

Vivimos en un mundo lleno de misterios que ansiamos por descubrir, pero creo que uno de ellos y el más hermoso es el nacimiento. Todos sabemos cómo va eso de la concepción, por eso no voy a hablar de la abejita y el polen, porque hoy es un día especial para mi esposo y para mí porque llega al mundo la luz de nuestro existir.

Hemos pasado verano, otoño e invierno entre emociones de rabia, tristeza y felicidad, y la primavera nos regala este nuevo comienzo: la vida de padres, porque sé que Andrea aprovechará cada microsegundo al lado de nuestro hijo.

Todos a mi alrededor monitorean las contracciones y un doctor entra y sale para ver mi dilatación. El dolor no es algo muy maravilloso, pero creo que es parte del momento, por eso trato de centrarme en que toda esta dolencia me entregará lo que tanto espero.

—Vas a abrir una zanja —le digo exasperada a Andrea.

Se detiene a mi lado y se sienta, creo que ha tomado las fuerzas suficientes para disfrutar de este momento.

—¿Segura de que te sientes bien? —pregunta preocupado.

—¡Auch! —exclamo cuando una contracción comienza—. Me duele.

Gimoteo mientras él se acerca para ayudarme a soportar el dolor. Andrea se sienta de nuevo a mi lado y deja un beso en mis manos. El doctor entra anunciando que va a revisarme de nuevo. Asiento en señal de que estoy preparada y mi esposo se levanta, pero se queda a mi lado.

—Estamos listos —anuncia el doctor—. Debo decirle, señora Pacci, que estoy maravillado por su capacidad de soportar el dolor.

«Sí, claro... Me hago la fuerte porque si no, mi esposo se desmaya».

Sonrío para calmar los nervios de Andrea, no obstante, yo estoy muerta de miedo. El doctor me prepara y yo solo me limito a respirar, pienso que es una distracción puesto que para nada ayuda con el dolor.

—¿Lista? —pregunta el doctor a través del tapabocas.

Asiento tomando la mano de Andrea. Cuando me piden pujar lo hago mientras el sudor y las lágrimas corren por mi rostro. Mi esposo, como un valiente, me susurra palabras de amor, su voz es el único alivio. Una, dos, tres pujadas más y escucho un llanto que hace que mi mundo cambie de color nuevamente, esta vez a uno más brillante.

Las mariposas comienzan a volar en mi estómago, enamorada de ese sonido celestial, pero toda la felicidad se vuelve negra cuando el sonido se apaga y escucho:

—¡Llaman al neonatólogo!

Ante nuestros ojos vemos cómo se llevan a nuestra pequeña y yo grito desesperada por tocarla. Andrea y las enfermeras tratan de calmarme, pero la desesperación de levantarme para saber qué sucedió con ella son más grande.

—Alejandra, por favor, cálmate —me pide aterrizado Andrea.

Me atrapa entre sus brazos mientras lloro desesperada, todo se vuelve borroso y siento que me voy sumiendo en una nube que me lleva. Cierro los ojos pensando que mi vida está llena de sufrimiento.

Abro los ojos y trato de enfocar mi vista en algo, pero solo puedo ver la luz cegadora de una habitación de hospital. A mi lado siento el calor de una respiración sosegada, cuando llevo mi mirada a ese punto, encuentro a Andrea durmiendo con mi mano atrapada en la suya. Acaricio con la otra su cabello y recuerdo que hace pocas horas vivíamos el día de su cumpleaños más el nacimiento de nuestro bebé.

Se despierta y al mirarme sé que algo anda mal, el miedo en su mirada me lo dice todo, una opresión que me asfixia se instala en mi pecho. Niego desesperada mientras siento las lágrimas que queman mis ojos.

Se levanta para abrazarme contra mi pecho y yo le doy un golpe en su torso, desesperada.

—Shhh..., *principessa*. Alba está bien —susurra en mi oído.

Cabeceo porque siento que sus palabras son una promesa vaga, que las dice para calmarme. Esta vez seré como Santo Tomás, ver para

creer, porque tengo que ver y tocar a mi hija para saber que está viva.

—Mientes —sollozo.

Andrea rompe el abrazo y me pierdo en la mirada verde de mi esposo, veo que niega con su cabeza mientras lloro desesperada. Saca su móvil de su bolsillo, lo desbloquea para mostrarme una foto.

Tomo el aparato con manos temblorosas y lloro aliviada al ver que dice la verdad. Él acaricia mi mejilla sonriendo triste porque no fue así cómo imaginamos este día. Todos mis demonios y miedos salieron a flote, me aterra la idea de afrontar la pérdida.

—Está estable, solo necesita estar en la incubadora dos días con oxígeno —me informa—. Alba luchó por su vida porque su misión es hacerte feliz.

—Andrea...

—Mide cincuenta y un centímetros, pesa dos kilos novecientos gramos. —Muerdo mi labio mientras lo escucho—. Tiene los diez deditos de sus manos y los diez de sus pies. Si olvidamos el susto, nuestra hija es sana.

—Prométeme que está bien —le ruego.

—Lo está. Le pedí a Dios, por primera vez en vida recé, lo hice por ella y por ti. —Besa mis labios—. No soporto verte llorar, *principessa*.

—Quiero verla... —le ruego.

—Lo harás, pero tuvieron que sedarte y quiero que estés fuerte para recibirla en tus brazos.

Lo halo hacia a mí para abrazarlo tan fuerte como puedo. No lloro, pero me imagino qué sentiré cuando llegue el momento.

«Señor, si tú de verdad existes, sálvalo, no te lo lloves de mi lado».

Andrea me besa de nuevo para luego obligarme a acostarme. Me quedo con la mirada perdida en un punto de la habitación.

—Feliz cumpleaños, *grande amore* —susurro.

Escucho que exhala todo el aire contenido de sus pulmones, yo observo que el reloj marca las once y cincuenta y ocho de la noche y está terminando el veinticuatro de mayo; mis dos grandes amores nacieron el mismo día.

¿Significará algo?

Todo lo que deseo en esta vida es algo que todos buscamos: AMOR. Solo necesito a estas personas, pero no deseo decirles adiós nunca y

me lleno de MIEDO, porque, si ellos me aman, ¿por qué tienen que dejarme?

Encontrar a la persona con quien compartir tu vida es una travesía que todos cruzamos alguna vez, solo que algunos no logran y otros, como en mi caso, estamos destinados a un triste final.

Escucho el corazón de mi esposo latir mientras trato de comprender esos misterios que la vida tiene, solo que nunca encontraré respuestas a estos porque muchas veces no las tienen.

Respiro hondo, cansada de las emociones que he tenido que vivir en casi un año. Superamos los primeros seis meses, pero ¿lograremos llegar al año?

Cierro los ojos y me concentro en su respiración y en sus caricias que son un bálsamo para mi alma que encuentra la felicidad y la pierde rápido; me sigo aferrando a la esperanza.

Mi mamá me marea con tantas cosas y solo deseo abrazar a mi pequeña, como lo hago ahora, y no niego que al hacerlo la primera vez, lloré, pero fueron lágrimas de alegría y satisfacción al constatar que está sana en mis brazos.

Andrea nos observa con una sonrisa mientras ella no para de parlotear sobre qué debemos hacer todos los días. Escucho abrirse y cerrarse la puerta de entrada, una mata de cabello negro entra dando salticos de alegría y, detrás de esta, un hombre pelirrojo con una sonrisa que abraza a mi esposo. Marta se acerca a donde estoy para tratar de arrancarme a Alba de los brazos.

—Dame a mi ahijada, que deseo cargarla —me ruega poniendo morritos que me causan gracia.

—No...

Mi madre se acerca con un frasco de gel antibacterial y sin aviso pone en las manos de mi amiga lo suficiente como para desinfectar todo su cuerpo.

—¡Silvina! —chilla—. Qué asco, esto huele espantoso.

Todos nos reímos mientras ella frota sus manos. Mi madre pone los ojos en blanco cuando sale de la habitación.

—¿Me la das, por fis, por fis? Prometo no dejarla caer.

Andrea pone cara de susto por la promesa y se acerca a nosotras como un lobo a punto de proteger a sus crías.

—Siéntate —le pido.

Marta me obedece, se sienta a mi lado y le paso con sumo cuidado a mi niña. Ella la toma en sus brazos, sujeta su mano y la mira con amor. Se me hace un nudo cuando le dice:

—Alba, soy su tía Marta. Tu mami siempre te dirá que estoy loca, pero quizás sea cierto un poquito, pero eso es un secreto entre tú y yo.

—Todos sonreímos—. Yo te voy a enseñar a conducir cuando tengas la edad suficiente, te enseñaré a tomar fotos con cámaras analógicas y te enseñaré la belleza de las pequeñas cosas.

—Marta... —susurro.

—No le digas a tu mami, pero con ella aprendí que la familia no la hace la sangre y que hay amigos que se convierten en hermanos.

Nos tomamos de la mano y nos observamos por unos segundos, compartiendo en silencio el amor que las dos sentimos. Sé que sin ella no me hubiese convertido en la mujer que soy ahora, mi amiga me enseñó que la belleza de la vida está en los pequeños detalles que te regala esta.

Éramos dos almas rotas que nos unimos para ayudarnos, nos revelamos nuestros demonios y lloramos en silencio. Ella y yo afrontamos adversidades y alegrías, sé que Marta será uno de esos pilares que necesitaré el día que llegue la hora de decir adiós.

Camino de la mano con Alba por la orilla de la playa, mientras que delante de nosotras va Andrea en silencio. La niña no para de saltar y es el vivo retrato de su padre, comparten el mismo color de ojos y es terca como ella sola.

La espuma de las olas choca en nuestros pies y ella salta sobre estas para aplastarlas, pero en algún momento él se aleja de nosotras.

—Papi... —lo llama Alba con tristeza.

Andrea sigue su camino mientras nosotras lo vemos partir y un peso se instala en mi estómago cuando una luz cegadora se cierne sobre él.

—Papi... —solloza mi hija desesperada y yo, al borde de las lágrimas, me agacho para sujetarla.

—Papi va a regresar pronto —le digo para calmarla.

—¡Papi! —grita desesperada.

Andrea se detiene en un punto distante y se gira hacia donde estamos, sonrío y se despide de nosotras. Su cuerpo se va desvaneciendo a medida que la luz se hace más intensa. El llanto de mi hija ahoga el mío y la abrazo con fuerza para evitar que corra.

—Papi no podrá volver. —Respiro hondo para poder decir esas palabras que queman mi garganta—. Papi está muerto...

—¡NO! —grito, desesperada, al despertarme.

Andrea se despierta a mi lado y me abraza, pero mi cuerpo no se recupera de la pesadilla y se estremece cuando me toca. Me aferro a él fuertemente, llorando y sacando todo el temor que llevo viviendo desde hace un mes.

Han pasado dos meses desde que nuestra pequeña nació y comenzamos otra vez a vivir un nuevo episodio de angustia, porque se acerca el momento de su chequeo y estos últimos días han sido de hospitales y de exámenes médicos. Me hago la fuerte, sin embargo, tengo miedo, mucho miedo de que las noticias sean negativas y es que no puedo perderlo.

—Estoy aquí —susurra contra mi cabello.

—Tengo miedo —confieso.

Rompe la conexión y yo me siento vacía porque necesito de su calor para saber que todo estará bien. Toma mi rostro en sus manos y sus pulgares borran mis lágrimas.

—Todavía no ha llegado el momento —asegura. Muerdo mi labio y él sonríe para animarme—. Te amaré por siempre.

—Yo igual, pero sin ti, la vida no será igual —contesta.

—Tu amor me ha sanado y me ha dado las fuerzas para continuar. Eres mi Infierno, mi Purgatorio y mi Cielo. —Suspira—. Ni la muerte podrá separarme de ti.

—Andrea...

—Eres mía, fuiste mía y siempre lo serás. —Sonríe—. Los dos meses que estuvimos separados, pensaba en ti. Escuchaba una canción que conseguí en mi iPod e imaginé que era tuya.

—¿Cuál? —pregunto.

—*Constantemente Mía*, de Il Volo.

—No me dejes... —le ruego.

—¿Cómo dejarlas? Alejandra, te amo tanto que sueño contigo y con todo lo que deseo vivir junto a ti. —Los labios me tiemblan mientras contengo las lágrimas—. Mi abuelo tenía razón: cuando la mujer indicada llega, lo sabes. Y yo siempre supe que eras tú.

Me abrazo a su cuerpo y escucho los latidos de su corazón, que es lo único que me hace saber que no es un sueño que esté vivo y a mi lado. Su calor aleja mis miedos y llena de esperanza.

«Dios mío, sé que te molesto solo cuando necesito algo. No soy una santa, de hecho, quizás sea la persona más mundana de este mundo, pero te ruego que nos regales más tiempo, por favor. Si me regalaste el placer de su mirada, ahora no me niegues la felicidad que solo encuentro cuando estoy en sus brazos».

—*Ti amo, grande amore...* —susurro dejando un beso en su pecho.

Escuchar cantar a Andrea mientras maneja me transporta a los recuerdos de aquella noche que vivimos, porque ahora sorteamos las

mismas carreteras de regreso a casa y, aunque el ambiente sigue tenso, él intenta relajarme. Sus gustos musicales siguen siendo diferentes a los míos y su amor por la música de los años cincuenta es sorprendente, sin embargo, comparto con él que las letras transmiten mucho.

Se ríe cuando hago el corillo que hacen las chicas. Siempre que podemos, ponemos la primera canción que bailamos juntos, *I want you to be my man*, la cual nos recuerda que nos necesitamos para pasar el resto de nuestras vidas juntos.

—Cantas fatal —me dice cuando termina la canción.

Le saco la lengua y él sonríe enamorándose un poco más, ¿será posible? No miente, es verdad que canto muy mal, reconozco que cuando Dios dio ese talento llegué muy tarde.

—Mientes... —contesto girándome para observar a Alba que duerme feliz en su silla de bebé.

—Parece mentira que tengamos un año fuera de casa —comenta melancólico.

Toma mi mano y la lleva a sus labios para dejar un beso en los míos, no puedo creer que siga abrasando mi piel con tan solo rozarme.

—¿Alguna vez pensaste en encontrar al amor de tu vida? —le pregunto cuando estaciona para abrir la verja de entrada.

—Pensé que iba a morir solo, pero el destino tenía planes diferentes para mí —contesta.

Sonríe y correspondo de la misma manera, porque sé que se refiere a la canción que suena en este momento. La escuchamos y se estaciona frente a la entrada de la villa, se quita el cinturón de seguridad, se acerca a mí y sus labios rozan los míos tentadoramente provocando que mi sonrisa se ensanche.

Tomo sus mejillas donde una barba espesa ya está formada, me acerco y lo beso con suavidad. Sin embargo, no se contiene y me toma de la nuca para intensificarlo; era cuestión de tiempo para que lo hiciera. Su lengua irrumpe con maestría y la mía sale para responderle. Mis dedos acarician sus vellos provocando cosquillas en mis terminaciones nerviosas. Se despega de mí y me resisto un poco dándole piquitos y mordiendo sus labios.

—Si sigues, te haré el amor frente a nuestra pequeña hija —susurra contra mis labios.

Lo suelto un poco remolona y sé que tiene razón. Bajamos del auto que ya no es un convertible antiguo, sino que nos hemos actualizado y ahora tenemos un Audi familiar.

Abro la puerta trasera para sacar a Alba. Andrea se acerca y me ayuda, pero me quedo con los pies como enterrados en el piso. Esta casa ha sido el Cielo y el Infierno, donde hemos vivido los momentos más tristes y felices de nuestra relación. No puedo y menos quiero pasar por momentos así.

—¿Lista? —me pregunta tomando mi mano.

Alba se despierta al escuchar la voz de su padre y yo busco la mirada que me enamora cada día. Sonríe y eso basta para infundirme valor, pero la opresión de mi pecho me dice otra cosa.

¿Estoy lista?

«No lo estás, Alejandra, pero ten fe».

ANDREA

La casa de nuevo vibra de alegría desde que hemos vuelto con Alba, todos mis empleados aman a mi hija y siempre han estado para mí desde que nací. Sé que toda esta felicidad puede esfumarse en cualquier momento, por eso me enfoco en disfrutarla y alejar los temores de Alejandra.

Tengo días preparando esta sorpresa para ella porque quiero que sus recuerdos junto a mí sean felices. Al momento de dejar este plano, quiero hacerlo satisfecho porque lo poco que pudimos estar juntos, lo disfruté. Mi familia se ha convertido en el motor que me hace luchar por vivir.

Al final comprendí que no todo puede ser oscuro como pretendía, porque quizás, solo quizás, mi historia hubiese sido otra sin ellas. Ya no pienso que la muerte es el fin de todo, para muchos lo es, pero ahora comprendo que cuando vives sabiendo que vas morir, comprendes que debes hacerlo bien.

Luca piensa que he madurado y por mi parte creo que al fin entendí que es la vida que me tocó. Ya no tengo miedo de morir porque no lo haré solo, y estoy convencido de que él y Alejandra estarán a mi lado hasta que Dios lo decida. Ya no soy un hombre triste, y menos, atormentado. Sigo pensando que debía conocer el Infierno para llegar el Cielo. El mundo no se detiene ni un momento y en las noches la hago mía para que sepa cuánto la amo y necesito.

Nervioso, ajusto los gemelos de mi camisa mientras camino de un lado a otro esperando a que ella baje. Cierro los ojos un momento para calmarme y, al abrirlos de nuevo, contengo mi respiración. Alejandra baja las escaleras lentamente, me permite detallar sus curvas de reloj de arena, perfecta, porque su belleza interior se refleja en la exterior. Parece una sirena con ese vestido color plata que se adhiere a su cuerpo. Ella es mía, me escogió a mí por encima de

cualquier otra persona, me dio la dicha de poseer su corazón y ese es el tesoro más grande que puedo tener.

—Hermosa... —susurro subiendo los escalones para tomar su mano.

Sus mejillas se sonrojan y sonrío porque todavía le cuesta aceptar que lo es; cuánto daño pueden causar las personas sin pensarlo... Sí, ella me ha sanado, pero espero haber sanado también su corazón.

Beso su mano y sus ojos color café brillan emocionados. Sé que muere por saber qué haremos esta noche para celebrar nuestro primer año de casados. La ayudo a bajar y nos detenemos al pie de la escalera.

—Feliz aniversario —le digo sacando un pañuelo de seda color negro.

Ella alza una ceja confundida, lo que hace que ensanche mi sonrisa. Muerde su labio y yo la beso para que deje de hacerlo.

—Feliz aniversario —contesta poco convencida—. ¿Vas a tapar mis ojos?

—Es una sorpresa.

—Andrea, me prometiste que no saldríamos de casa.

—Y no lo haremos.

—¿Entonces? —pregunta exasperada.

—Solo déjate llevar...

Suspira y asiente dándome su consentimiento para que pueda hacerlo. Cubro sus ojos y me cercioro de que no pueda ver a través del pañuelo. Tomo su mano, la aprieto para que camine a mi lado y la conduzco a la misma terraza donde todo comenzó.

La orquesta comienza a tocar la melodía de *Nessun Dorma*, pero ella se estremece cuando Gianluca canta, decido que es hora de revelar mi sorpresa. Le quito el pañuelo, ella se queda observando impresionada a su grupo favorito cantar una de sus canciones preferidas. Los mira y luego a mí porque no puede creerlo.

La tomo por la cintura mientras ella niega con una sonrisa, tratando de entender lo que acabo que hacer. Acaricio con mi pulgar sus labios, atrapa mi mano y susurra un “te amo” que me alienta a besarla, necesito sentir sus labios para saber que estoy vivo. Los fuegos artificiales se activan al final de la canción y rompemos el beso, pego mi frente a la de ella para decirle:

—Cada día que paso a tu lado es lo que necesito para ser feliz.
—*Grande Amore*, comienza y ella sonrío—. Esta es la canción que se acerca a lo que siento por ti, Alejandra. Eres mi alfa y mi omega, el principio y el final, porque mi vida floreció desde tu llegada.

—Andrea...

—Todas las noches que paso a tu lado son el Cielo y te lo dice alguien que conoció el Infierno de cerca. La muerte no bastará para separarnos. —Pongo mi mano en su corazón y lo siento latir apresurado por mí—. *Ti amo, principessa*.

—Te amo —susurra en español.

Bailamos lentamente las canciones que nos cantan en la intimidad *Il Volo* y en mi mente le ruego a Dios que me deje disfrutar de esta noche, porque no quiero mancharla con lágrimas como lo hice con nuestra boda.

Ella se aferra a mi cuello susurrando en mi oído la letra del estribillo.

Nunca pensé amar de esta manera tan intensa, vivo por ella y ahora por Alba porque las dos se convirtieron en la luz que ilumina mi vida. Ya no maldigo a la noche pues, con cada amanecer, disfruto de un nuevo día junto a ellas; cada momento a su lado tiene un valor incalculable.

Ya no necesito gritar a los cuatro vientos que la amo, sé que lo siente, porque cuando acaricio su piel, se estremece al sentir la intensidad de mi amor.

—Gracias... —susurro.

Ella besa castamente mis labios porque sabe el significado de esa palabra.

«Dios, dame la oportunidad de vivir junto a ellas».

Caigo sobre su pecho sobresaltada y obnubilada por el orgasmo. Sus caricias se convierten en lo que justo necesito, nuestros pechos suben y bajan acompasados mientras nuestros corazones ralentizan sus latidos.

—Gracias por regalarme otra noche de ensueño —susurro.

—Gracias por regalarme tus noches y tus días —contesta dejando un beso descuidado en mi hombro.

La noche no pudo ser más perfecta para celebrar que llevamos juntos un año, con altas y bajas como todas las parejas porque no nacemos perfectos, y Dios sabe que nosotros dos somos los humanos más imperfectos de este mundo.

No puedo creer que mi sueño se haya vuelto realidad, que esté viendo ese Santo Grial llamado felicidad, porque Andrea hace que mi vida sea mágica y se convierta en una historia de cuento de hadas. Aquí hay calabozos, dragones y villanos, pero también hay hadas, castillos, príncipes de brillante armadura y unicornios que vuelan en nubes de algodón.

Todo lo que quería era una persona que me amara y que me aceptara tal como soy; pensé que era imposible y qué equivocada estaba porque lo encontré.

—Tengo miedo —susurra muy bajito. Sin embargo, logro escucharlo.

—Yo igual, pero tengo fe, mucha fe de que todo estará bien. —Me gira y quedo en sus brazos, que son mi hogar.

Andrea es mi hogar.

Andrea es mi paz.

Andrea es el amor de mi vida.

—Alejandra. —Toma mi mentón y lo sube para que pueda verlo, pero tengo ganas de llorar porque la burbuja de felicidad está a punto de romperse—. Mírame... —me ruega.

—No quiero llorar.

—Si me falta tu mirada, no sé qué hacer. Despierto todas las

mañanas solo por ver esos ojos color café.

—Lucha por nosotras —le ruego ahogando el llanto.

—Mírame.

Alzo mi rostro y me pierdo en el suyo, detallo sus rasgos porque ahora sé que tiene los ojos de color verde y alrededor de sus pupilas tiene un anillo de color marrón que los hace intensos, que su nariz perfilada tiene pecas casi imperceptibles, que su barba no es tan espesa ahora y, sin embargo, al acariciarla mis dedos se pierden. Si ven al hombre que tengo al frente, no es la sombra del que veía en revistas, pero es el hombre que amo a pesar de sus demonios y el mismo con el que deseo pasar el resto de mi vida.

—Voy a luchar por nuestra hija y por ti porque no quiero perderme nada de sus vidas, pero prométeme que serás fuerte pase lo que pase.

—Las lágrimas salen solas—. Lloro todo lo que quieras ahora, pero cuando tenga que dejarte, prométeme que no lo harás.

—Andrea...

—Me parte el alma cada vez que lloras por mí. He sido un maldito egoísta que te ha mantenido a su lado aun sabiendo que iba a morir.

Pongo la mano en su pecho y acaricio donde siento los latidos de su corazón, lo que para mí es una manera de asegurarme que está vivo y no estoy soñando.

—Seré fuerte por ti y por Alba, pero no te prometo no llorar porque si te vas, contigo se irá parte de mi vida.

Andrea deja un beso en mi frente y me abraza fuerte contra su cuerpo, necesito su calor para calmarme.

El villano en mi historia es una enfermedad que se lleva miles de vidas cada día, parece que es el mal de la sociedad actual. El cáncer es una realidad y nadie está exento de padecerlo, hay millones de gladiadores que luchan por su vida como lo hace mi esposo. No estoy preparada para decir ADIÓS, todavía no es nuestro tiempo y me niego que este sea mi final de cuento de hadas. Al mirar sus ojos veo todo el amor contenido y me parece injusto decirle adiós a la persona que amas cuando quieres vivir la vida entera con ella. Todos los que han pasado por esto podrían entenderme porque despedirse muchas veces es más difícil que cualquier otra cosa.

—¿Estás bien? —me pregunta Marta mientras alimenta a Alba.

—No... —contesto negando.

—No estás solas, ¿lo sabes? Sabes que estaré para ti cuando caigas y cuando te levantes.

Asiento al borde de las lágrimas, pero todavía faltan dos días para salir de esta angustia.

—Quiero ir a la iglesia, ¿me llevas? —le pido.

—Sí.

—Solo que no puedes hacer de *Penélope Glamour* porque llevaremos a Alba y, como sabrás, te toca manejar despacio.

—*Scemo!*

Suelto una carcajada cuando me llama “idiota”. Terminamos y alistamos todo para irnos un rato. No piso terreno sagrado desde aquella noche que Andrea me besó por primera vez en la terraza de la catedral de Milán.

Marta maneja con sumo cuidado y creo que en el fondo lo hace para protegernos, mi amiga siempre ha sido sobreprotectora o, como diría mi madre, lleva una mamá gallina por dentro. Su amistad ha sido uno de esos apoyos importantes en estos días, creo que me he olvidado de todo, he sido tan egoísta..., ya que no he estado al pendiente y menos me he preocupado por preguntarle cómo van sus cosas.

Bajo el volumen de la música y sonrío porque Marta, así como ama a Il Volo, ama con locura a Coldplay.

—¿Cómo van tus cosas? —pregunto.

—Van bien, tengo previsto una sesión de fotos en tres días. —Se baja los lentes y me dice—. Ya sabes, modelos hambrientas y yo con mi látigo haciéndolas sufrir.

—¡Marta! —la reprendo riendo—. No cambias.

—Ni lo haré. Mira, quería decirte que como ahora eres millonaria, te olvidarás de tus proyectos.

Me remuevo nerviosa porque sé hacia donde se dirige la conversación: la clínica, el proyecto que tengo archivado en mi laptop y que espera por ser llevado a cabo.

—Ha pasado mucho este año —contesto.

—Lo sé, Alejandra. No te estoy atacando, deja de moverte nerviosa en el asiento. —Suspira—. Quiero que tengas algo a lo cual aferrarte cuando todo pase, porque sé que no quieres seguir el modelaje.

—No, no quiero y eso lo había decidido antes de casarme con él.

—Entonces, tienes que cumplir tus sueños. Sé que ahora tienes miedo, pero has demostrado ser fuerte.

Estaciona cerca de la plaza y bajamos para caminar un poco hasta la catedral. Entramos en el preciso momento de la consagración, recuerdo las palabras de Jesús a Dios en el Huerto de Getsemaní: Padre, que se haga su santa voluntad. Nos sentamos y yo me quedo en silencio.

Un año entero ha pasado desde que Andrea entró como un huracán a mi vida y se convirtió en el aire que me hace respirar. Perdí un amigo en el camino y eso todavía me duele, no puedo negar que Giovanni era parte importante de mi vida. Si tan sólo las cosas entre los dos hubiesen sido diferentes, quizás seguiríamos siendo amigos.

Marta me ha hecho un llamado de atención porque, aunque no quiero decir adiós, tengo que estar preparada y seguir luchando por mis sueños. Sé que solo desea que tenga un norte que me ayude a seguir.

«Dios, regálanos un poquito más de tiempo, solo un poco más... No te lo lleves, no ahora porque lo necesito, por favor. Pero si esa es tu voluntad, dame las fuerzas que necesito para enfrentarlo».

ANDREA

Alejandra:

Esta noche es una de las más largas de mi vida porque el miedo supera todo, inunda mi ser y tengo miedo de lo que mañana pueda pasar.

Escribo para mantener la cordura por todo lo que sucede, crees que no lucho y lo hago todos los días que despierto a tu lado. Sigues siendo esa hada que llena mi vida de magia y la que me da las fuerzas suficientes para seguir.

Sin tu amor no valgo nada, y quiero que sepa que no importa dónde estemos, siempre te amaré, pero quiero que sigas adelante, así podré estar tranquilo donde sea que yo esté.

Nuestra historia empezó con un beso perfecto, pero la perfección no puede mantenerse para siempre. Nada dura para siempre, solo el amor, por eso está de más decir que lo tienes. Mañana, cuando nos den los resultados, te abrazaré fuerte porque, así sean buenas o malas noticias, tus brazos son mi hogar.

El día que parta de esta vida terrenal, recuerda todo lo que quisimos porque en tu memoria viviré para siempre. Estábamos destinados a amarnos como lo estamos a decirnos adiós.

Sé que piensas que si te amo, no debería dejarte. Eres todo lo que quiero y necesito; tocaste a mi puerta y entraste para quedarte, y espero que hayas entendido que eres hermosa, tanto que conquistaste mi corazón en pocos días. Me domesticaste y me enseñaste que el amor bastaba, y que cuando encuentras a tu igual, no debes dejarlo ir. Comenzamos con secretos, no obstante, ahora conoces todo lo que soy y todo lo que llevo dentro.

Te haré una petición antes de partir, no quiero nada del otro mundo, pero si pudiera ver tu rostro una vez más, podría morir como un hombre feliz. Tú sacaste lo mejor de mí, una parte que no

sabía que existía, tomaste mi alma y disipaste la oscuridad.

Te amo, princesa. Recuerda que este amor debería ser inmortalizado en las pantallas del cine, o por lo menos cuéntale nuestra historia a Alba, que aprenda que el amor viene muchas veces acompañado de difíciles pruebas.

Mañana sostén mi mano y conviértete en mi fuerza, dejemos que todo sea como el destino lo desea.

Te amo y no me canso de repetirlo.

Andrea Pacci.

Hay momentos en tu vida que se quedan grabados en tu mente y en tu corazón: lo bueno y lo malo, lo feliz y lo triste..., todo queda suspendido en recuerdos que a veces quisieras borrar. Mis instantes felices, como mi niñez en Venezuela, cuando recibí mi título de veterinaria, mi primer beso con Andrea, nuestra boda y el nacimiento de Alba... Y los malos, como todas las humillaciones por mi peso, cuando dejé mi país y me enteré de que el hombre que amo puede morir.

Las manecillas del reloj parecen ir más lenta mientras esperamos, en este pasillo frío y antiséptico, la sentencia de lo que puede ser nuestro futuro.

Hoy discutí con Dios en un arrebatado de ira, porque el miedo es una tiniebla que me ciega cuando me envuelve, que oscurece mi mundo y que me aleja de lo que deseo, que es ser feliz. Vivo un torbellino de emociones que me lleva de la felicidad a la ansiedad y de la rabia a la tristeza. No logro un estado de sosiego en el cual mantenerme, porque no puedo estar tranquila sabiendo que algún día puedo despertar y él no lo haga; la vida puede ser cruel cuando le da la gana y lo es con nosotros.

No quiero vivir de nuevo en la soledad y estoy consciente de que eso quedará cuando se vaya de mi lado. En sus brazos y sus besos encuentro el calor que tanto busco, pero ahora tengo el frío de la angustia y ni sus brazos pueden calentarme.

—Estás temblando —me dice pegándome de su cuerpo.

—Tengo miedo.

—Yo igual, pero necesito de mi esposa fuerte —me pide.

—Trato, te lo juro, pero la incertidumbre es más grande y no puedo dejar de atormentarme.

Andrea besa mi frente y me abraza fuerte. Decidimos venir solos a la consulta y le pedimos a Marta que se quedara con Alba. Mi madre tiene dos semanas que regresó a Venezuela, pero la necesito ahora para que me diga que todo saldrá bien.

Alzo mi rostro y me encuentro con la mirada de Andrea, sonrío a pesar de que sé que está tan asustado o más que yo, sin embargo, todavía es capaz de regalarme una sonrisa para hacerme feliz.

Una enfermera sale y se aclara la garganta para interrumpir el momento de complicidad, y me sonrojo cuando ella sonrío.

—Señor Pacci, el doctor está esperando por usted.

Entramos a la oficina del doctor Fabián Martínez, que es una eminencia en el tema de cáncer y también uno de los encargados de llevar en Italia el tratamiento experimental al cual se sometió Andrea en Suiza. Él nos recibe con una sonrisa que hace que se encienda un poco de esperanza en mi corazón.

Mi esposo le da la mano en modo de saludo y yo solo asiento porque ahorita tengo un nudo de emociones atascado en mi garganta.

—Señores Pacci, bienvenidos de nuevo —nos dice—.

—Gracias —contesta Andrea mientras yo me siento—. Doctor, no quiero ser grosero, pero me gustaría ir directo al grano.

—Entiendo, no se preocupe. —Se sienta frente a nosotros y toma una carpeta con el historial médico de Andrea. Tomo la mano de mi esposo para escuchar—. Un grupo de oncólogos hemos estudiado sus estudios, por eso hemos repetido algunas pruebas para estar seguros del diagnóstico.

Busco con la mirada a Andrea y yo estoy al borde de las lágrimas porque eso solo puede significar una cosa. El doctor se levanta y enciende una pantalla donde aparece una serie de tomografía y los cortes del pulmón.

—He seguido su caso de cerca desde que llegó de Suiza. Sabíamos que este tratamiento era experimental y que podíamos tener éxito o no, se le advirtió de los riesgos que conllevaba someterse a él. La quimio en conjunto a las inyecciones de la droga experimental podía causar una remisión o un aceleramiento de la enfermedad.

—Doctor, no tiene que repetirme lo que firmé cuando acepté entrar al programa —comenta Andrea, tenso—. Hemos pasado dos meses entre pruebas y queremos, mejor dicho, quiero saber si voy a morir o a salvarme.

El doctor Martínez asiente, cambia las imágenes a dos radiografías y señala con un punto láser.

—La radiografía de la izquierda muestra sus pulmones antes de someterse al tratamiento y la operación. —Señala de manera circular—. Aquí podemos observar el tumor. —Ahora señala a la derecha—. Esta otra es de después de realizar la segmentectomía en el pulmón y extirpar el tumor.

El doctor cambia de nuevo y aparece una nueva imagen que muestra con rayo láser. Andrea besa mi mano y yo estoy a punto de matar al doctor por tardarse en decirnos la verdad.

—Aquí vemos el último rayos X dónde vemos erradicado el tumor, pero, como sabemos, en casos de cáncer de pulmón hay posibilidad de metástasis en la glándula suprarrenal, hígado y cerebro, por eso indicamos las tomografías de tórax, abdomen y cerebral. —Él pasa las diferentes imágenes que nombra—. Señor Pacci, luego de los estudios exhaustivos que le hemos realizados, la junta médica que lleva su caso ha llegado al diagnóstico que ha tenido una remisión total del cáncer.

Ahogo el llanto cuando escucho la noticia y mi esposo aprieta mi mano fuerte. Busco su mirada para encontrarme que sus ojos también brillan a causa de las lágrimas.

—¿Eso significa que estoy curado? —pregunta con voz quebrada Andrea.

—Sí, señor Pacci. Usted está libre de cáncer por ahora —confirma el doctor con una sonrisa que me llega al alma.

Sin importarme nada, me levanto y me echo en los brazos de mi esposo para llorar con tranquilidad. Está curado, existen los milagros, ¡va a vivir!

«Gracias Dios, gracias...».

—*Ti amo...* —susurra en mi oído.

—*Ti amo* —contesto con el corazón emocionado porque podremos vivir una vida plena y feliz.

La esperanza y la felicidad van de la mano, y muchas veces nos dejamos llevar por la ansiedad y perdemos la calma. Sin embargo, dicen que después de las tormentas viene la calma, y la sanación de

Andrea es la mía.

Alba duerme en los brazos de su padre mientras Marta y Luca brindan por la nueva buena. Él y yo compartimos una mirada en la que veo amor; es cierto que los ojos son las ventanas del alma y por eso cada vez que nos miramos sé que podemos ver lo que sentimos.

—Es la mejor noticia que he recibido en mucho tiempo —comenta Marta con una sonrisa—. Les toca ser felices con mi ahijada.

—Sabía que ibas a curarte —le dice Luca a Andrea—. Hierba mala nunca muere, pero eres la mula más terca que he conocido.

—Gracias por obligarme a tratarme —le agradece Andrea—. Eres un hermano, Luca, y yo no... —Se le quiebra la voz.

—A ver, que los hombres no lloran. Cuentas conmigo por siempre y lo sabes —contesta él.

—¡Qué tiernos! —Marta se burla.

—Hablando de momentos tiernos... —comenta Luca levantándose.

Andrea y yo compartimos una mirada, y él alza una ceja cuando su amigo se hinca frente a mi amiga.

—Marta, la vida cambió para mí desde que te conocí y lo que pensé que iba a ser una simple aventura, se convirtió en el comienzo de toda mi vida. —Saca una cajita y mi amiga me observa asustada—. Te amo, por eso deseo que pases el resto de tu vida junto a mí, quiero llenarla de risas y darte la familia que perdiste. Marta Faccelli, ¿quieres casarte conmigo?

Yo asiento cuando ella me mira buscando apoyo y apretando el bajo de su vestido.

—¡Sí! —exclama emocionada y se lanza a sus brazos.

Los dos caen en suelo y Alba se despierta asustada. Yo me río emocionada porque nada puede ser más perfecto que esto: estar en familia compartiendo lo bueno. Hay un mañana para todos nosotros y este será uno de esos instantes felices que se quedarán grabados siempre en mi mente y en mi corazón.

ANDREA

Un año después.

Mi esposa y mi hija están más cerca del Cielo de lo que yo jamás estaré, por eso cada segundo a su lado es estar en una epifanía eterna que me eleva a lo más alto.

No creo que nadie pueda entender lo que siento porque no saben cuán roto estuve hasta que encontré a Alejandra. Ella es como un ángel que bajó para que pudiera alcanzar la redención, gracias a ella dejé de ser un desastre. Su piel me vuelve loco, su voz es celestial y sus ojos lo son todo. Haría lo que fuera que la hiciera feliz, le daría todo lo que quiera, porque ella es especial y yo desearía ser especial como ella; tiene el control de mi vida y no se da cuenta de que cuando no está a mi alrededor no soy feliz.

Su luz me sacó de las tinieblas que vivía para poder conocer un mundo que había olvidado llamado FAMILIA. Lo que empezó como un escape para encontrar un poco paz se convirtió en todo lo que necesito. Ya no bailo en la oscuridad porque encontré la perfección, porque ella es capaz de detener mi respiración.

Alejandra es la mujer más fuerte que he conocido, luchó codo a codo hasta conseguir lo que tanto ansiábamos. Estoy sano, no sé por cuánto tiempo, pero espero que sea el tiempo necesario para hacerla feliz.

Hoy cumplo treinta y cinco años, superé aquellos seis meses malditos que pensé que iba morir y despierto con la ilusión de vivir un día a la vez, pero hacerlo bien, sin errores, sin miedos y sin reservas. Mi único norte es proteger a las dos mujeres que más amo en este mundo.

No me equivoqué en escoger el nombre de nuestra hija porque Alba es como un amanecer que renueva nuestras vidas cada día.

Disfrutamos juntos de cada momento especial que ella nos brinda, hace menos de dos semanas nos regaló sus primeros pasos y fue maravilloso cuando caminó hacia a mí mientras la esperaba con los brazos abiertos. Hoy también es su cumpleaños, el primero de su vida. Todo se dio de forma natural, que ella naciera el mismo día que cumpla yo quizás fue el destino o casualidad, y les puedo asegurar que para mí es una dicha tenerla en mi vida, pues nada puede compararse al amor que siento por ella.

Miro al artista que hoy inmortalizará los nombres de mis dos mujeres en mi pecho del lado izquierdo.

—¿Estás seguro? —inquire Alejandra con voz chillona.

—Sí —contesto.

—Entonces, comienzo —nos anuncia el chico.

El sonido de la máquina me alerta que estoy a punto de grabarme a mis dos amores. Alejandra pone los ojos en blanco y se sienta en un banco a ver cómo lo hago, mientras que nuestra hija está inquieta tratando de averiguar qué es lo que hace su padre.

—Hermosas... —susurro.

Me saca la lengua y Alba responde con un papá que acelera mi corazón. Alejandra todavía no comprende lo hermosa que ella es para mí; viste un pantalón capri negro con un suéter rojo y unas converse del mismo color, su cabello cae en hondas naturales sobre sus hombros y no necesita de maquillaje para verse bella porque así, al natural, está radiante.

—Mañana abrimos la clínica y tendrás eso recién hecho —comenta molesta.

Alzo una ceja y sé que su molestia es otra, que todo se debe a la ansiedad por ver materializado uno de sus más grande sueños.

—Estaré como un roble. Mira, no me duele —contesto.

—Papá, papá, papá —balbucea Alba.

—Papi no puede cargarte ahora, nena —le dice Alejandra.

El chico se separa, mira su obra y carga con más tinta la aguja para seguir. Yo me quedo mirándolas y susurro un te amo que Alejandra lee en mis labios, lo sé porque sonrío y le da un beso a Alba.

Los minutos pasan lentos mientras terminan mi tatuaje y las observo que juegan juntas. Cuando Adriano termina de limpiarme me

entrega el espejo para que pueda ver su obra, ella se levanta y yo no miro el espejo, sino su rostro que se ilumina.

—Es hermoso... —susurra.

—Como tú. —Me siento y la atraigo para darle un beso en los labios.

—Las llevaré por siempre en mi piel porque ustedes son las únicas capaces de despertarme.

—Andrea...

—Papá... —Alba se lanza a mis brazos y yo la atrapo para comerla a besos.

Alejandra nos mira sonriente, el enojo por el tatuaje se le ha pasado y solo puedo ver amor en sus ojos.

—Feliz cumpleaños, mis grandes amores —nos desea con una sonrisa.

Yo no puedo pedirle más a la vida porque cuando pensé que me quitaba todo, me entregó lo que necesitaba para ser feliz

Cuatro meses después.

Un pequeño escape era lo que necesitábamos para descansar de nuestra vida cotidiana en Milán, queríamos pasar nuestro segundo aniversario en el lugar donde los dos sanamos nuestros corazones, y está pequeña casa que adquirimos en Sicilia se ha convertido en nuestro refugio de paz.

La vida puede cambiarte en un abrir y cerrar de ojos, te da lecciones para que crezcas como ser humano y pone personas en tu camino siempre por alguna razón. Tenemos ciclos buenos y malos, todo con una sola finalidad y es VIVIR.

Mi consejo para todos es levantarse en los tropiezos y caminar hacia adelante para que cuando mires atrás, luego de lograr lo que quieres, digas “yo sí pude”. Perseguir los sueños no es imposible, pero deben dejar de ser sueños para convertirse en metas. Alégrate de los triunfos de tus amigos y conduélete de sus fracasos. No te conviertas en el verdugo de tu vida y acciones.

Si alguien me preguntara hace dos años donde me veía en un futuro, puedo asegurarles que le hubiera respondido que no sabía. Somos amos de nuestro destino y me costó mucho entenderlo.

Fue un camino lleno de espinas y creía que nunca florecería, debo reconocer que vivía bajo el estigma de mi peso, pero aprendí de podía ser amada con mis curvas y ese exceso que a tantos les molesta. Conocí el significado de ser madre, pues ahora entiendo que es un amor infinito que no tiene cabida dentro de tu ser, porque los hijos se convierten en ese todo que necesitamos.

También descubrí el verdadero significado del amor en pareja. Solemos tener un concepto un poco idealizado y creer que todo es perfecto, pero cuando amas, estás en las buenas y en las malas, en la salud y en la enfermedad. Y entendí, además, que ni la muerte puede separarte cuando amas verdaderamente.

¿Soy feliz?

Puedo gritar a los cuatro vientos que sí lo soy, porque he aprendido a mirar la felicidad de otra forma. Hoy por hoy, puedo decir que he cumplido mis sueños y todas esas metas que tenía cuando salí de mi país con una maleta llena de decepciones. Demostré con hechos que poseo la belleza suficiente para ser inmortalizada en las revistas más famosas del mundo, y que no necesitaba ser noventa, sesenta, noventa para triunfar o ser admirada. Abrí mi clínica y ejerzo mi carrera, que es lo que tanto soñé; vivo una vida tranquila lejos de los flashes y los titulares de prensa; ahora me admiran por mis conocimientos y destrezas.

Andrea convirtió mi vida en una eterna primavera y junto a nuestra hija son mis guías en esta vida.

—¿En qué piensas? —me pregunta él sacándome de mis pensamientos.

—En nosotros —contesto.

Nos detenemos de nuestra caminata y él alza a Alba en sus brazos. Ella gimotea porque le encanta sentir las olas en sus pies. Pierdo mi mirada en el horizonte y el atardecer que se dibuja en el cielo es uno de los más hermosos que he visto en mi vida.

—Sé que siempre eres tú quien habla de lo que siente, pero nunca te he dicho lo mucho que te amo. —Suspiro—. Tenías razón al decirme que nuestra historia debería ser inmortalizada, pero no en una película, sino más bien en un libro para vivir eternamente felices. —Me giro y busco su mirada, y él me regala una sonrisa que ilumina mi vida como una luz celestial—. Yo pensaba que tenía mala suerte en el amor, demoraste un poco en llegar a mi vida, pero lo hicimos en el momento que era y es lo que vale, ¿cierto?

—*Principessa...*

—Tú eres ese cuento de hadas con castillos, príncipe y unicornios que siempre imaginé; eres el gran amor de mi vida. No hay dolor desde que estás en mi vida.

—*Ti amo...*

—Eres lo que llaman “amor verdadero”, porque desde que tomé tu mano para vivir, ya no pienso en el final. —Suspiro—. Soy feliz a tu lado, estos son los dos años más felices de mi vida.

—Yo también soy feliz, muy feliz —asegura.

—Feliz aniversario. —Me acerco y beso sus labios tímidamente.

—Feliz aniversario, *principessa* —contesta.

Bajamos a Alba y los dos tomamos sus manos para caminar de regreso a casa. Yo necesito nada más que a estas dos personas para ser feliz porque ellos pintan mi mundo de miles colores.

Amor, solo amor es esto que siento, y seguro hoy será otra de esas noches lindas que vivo a su lado desde que sellamos nuestro comienzo con un beso. No tengo que buscar otro lugar porque ellos son mi hogar.

La vida te regala oportunidades y las pone frente a ti en cada momento. Muchas veces eso que tanto queremos tarda en llegar, pero les aseguro que llega. Me enamoré de lo que creía odiar, juzgué sin conocer y aquel hombre vacío que imaginaba es uno capaz de amar sin medidas.

Ten paciencia, que estoy segura de que vendrá tu amor verdadero, lo reconocerás en cualquier calle o cualquier tren. Vive libre y sé feliz, porque el amor es libertad, porque no habrá más temores.

Crucé el arcoíris en busca del tesoro que esconde el duende y lo encontré, así que, si esta gordita puede ser feliz, tú también.

Epílogo

Veintitrés años después.

Quisieras afirmales que nuestra historia terminó con un final feliz como el que leyeron. Sin embargo, deseo cerrar la mía con la verdad de lo que sucedió.

Mi amado Andrea no sobrevivió a su batalla contra el cáncer, aunque aquel papel que nos entregaron decía que estaba sano. Un otoño luego de estar viviendo cinco años felices, recibimos la noticia de que la enfermedad había vuelto con una metástasis total en su cuerpo. Fue un gladiador que luchó cada segundo por disfrutar el tiempo que le quedaba y batalló contra todo para poder llegar a vivir este día. Aquella vez no existieron milagros que lo sanaran para que él lograra ver con sus propios ojos a su pequeña y amada hija ser feliz.

No quise regalarles una historia con un final infeliz, porque nuestro amor se merecía ser inmortalizado como los cuentos de hadas que cierran con esa frase tan trillada: “Y vivieron felices para siempre”.

Nunca necesité pruebas para saber que me amaba, sé que nuestro inicio no fue el mejor, no obstante, cumplió su promesa de quedarse hasta al final. Fue tan infinito el sentimiento que nos unió que solo pedíamos un poco más de tiempo para amarnos, y el poco que tuvimos fue maravilloso; con altos y bajos, fuimos felices y era lo más importante.

Todavía soy feliz porque cuando observo a Alba me encuentro con mi amado esposo en su mirada y en cada gesto. Nuestra hija fue la luz de sus amaneceres y la princesa a la cual le cumplió cada petición. Ella fue la guía que condujo mi vida y la que, junto a Marta, me persuadió de que le entregara mi historia a la escritora. Mi única condición para hacerlo fue que cambiara nuestros nombres. No obstante, cuando lea cada capítulo sabré que la Alejandra que habla con ustedes soy yo, y que cuando Marta lea lo poco que conté de ella sepa lo mucho que la adoro.

A ellas dos les debo estar entera luego del dolor que sentí al perderlo, porque fueron muchos meses perdida en ese hoyo que sabía que me metería tras su partida.

Buscando algo que necesitaba el abogado (que ya ni recuerdo que era), me topé con un documento que estaba archivado con el título “Para Alejandra”. Mi sorpresa fue enorme porque nunca imaginé que los dos escribíamos lo que sentíamos durante los siete años que estuvimos juntos, y aquel archivo me hizo comprender tantas cosas: sus frustraciones, sus “no me ames”, cada “vete de mi lado”. No justifico su comportamiento, pero logré ponerme en sus zapatos y entender la lucha interior que vivía por encontrar el amor cuando todo lo creía perdido.

Creo fervientemente que desde el Cielo nos cuida y que espera que algún día pueda reunirme con él. Cuando estaba junto a mí todo su cariño era como una luz celestial que iluminó mi vida para entender tantas cosas que cambiarían.

Juntos vivimos el Infierno, el Purgatorio y el Cielo; aprendimos a amarnos y a respetarnos; también a disfrutar de esos detalles que a muchos les puede parecer insignificantes, pero a nosotros, que aprendimos apreciarlos, significaban mucho y son los que vienen a tu mente en los momentos de angustia.

Su recuerdo hace sombra en mi corazón porque su ausencia se convierte en una presencia constante. Lo extraño y eso no voy a negarlo nunca, solo que tengo días en que echarlo de menos me hace pensar en que Andrea nunca renunció a amarnos y que se aferró a la vida hasta el último momento. Necesité un poco más de tiempo para estar a su lado y así fue, porque estuve con él hasta que exhaló su último aliento.

Su agonía fue de días y eso nos consumió, pero aquella noche lo supe y me acosté a su lado como todas y lo abracé concentrándome en los latidos de su corazón, que era lo único que mantenía fuerte. Al irse, me rompí en miles de pedazos y me tocó ser fuerte. No les miento, lloré sobre su cuerpo por dos horas sin quererme despegar de él. Esa noche perdí una parte de mi alma porque me dejó sola con sus recuerdos y perdida de nuevo en un espiral de emociones.

Aquel dolor dio paso a la rabia, a la tristeza y así hasta que llegué a

la aceptación, porque tenía que hacerlo para poder encontrar la calma de nuevo y salir de la oscuridad que dejó su muerte. Se suponía que le había prometido no llorar cuando se fuera de mi lado, pero lo único en lo que pensaba era en acostarme y abrazarlo para saber que estaba bien mientras escuchaba los latidos de su corazón, y solo encontraba su espacio vacío y lloraba porque todavía no estaba lista para la despedida.

Marta me insistió para ir juntas a una conferencia y fue ahí en donde conocí a una psicóloga llamada Amelia Reeds, que me enseñó qué era la *resiliencia*. Con su ayuda afronté momentos duros y el dolor dio paso a la nostalgia que me hizo encontrar la paz que necesitaba para seguir viendo, porque me quedaba una vida larga por recorrer.

Hace tres días terminé de leer el manuscrito de nuestra historia y llegó en el momento perfecto, porque hoy nuestra pequeña hija se casará con el amor de su vida, y lo hará en el mismo lugar en que su padre y yo recitamos aquellos votos de amor eterno.

Alba creció escuchando lo maravilloso que fue su padre y lo mucho que la amaba. Le enseñé a comprender que la muerte no es el final, porque muchas veces puede ser el comienzo de otras cosas. Para nosotras fue el inicio de una vida donde todo se pintó de colores, juntas compartimos triunfos y alegría, me regaló los momentos más hermosos de mi vida y hemos sido felices.

Mi pequeña se convirtió en veterinaria y se quedó a cargo de la clínica, y fue ahí donde un día conoció a Mariano. Solo bastó verse en una consulta y los dos quedaron flechados, y aquí no hubo problemas, o quizás sí, pero mi hija siempre me contó lo bueno.

Mi vida transcurrió tranquila al lado de nuestros amigos Marta y Luca, que se casaron y tuvieron un hijo tres años menor que Alba. Siempre he contado con ellos y me demostraron que la amistad es dar sin esperar nada a cambio, que todos tenemos la suerte de tener al menos un amigo para siempre. Nunca olvidé a Giovanni, pero sus acciones fueron las que marcaron el final de aquella amistad que creí que era verdadera, y no les voy a negar que me buscó muchas veces y yo lo rechacé, porque no podía amar a nadie más que a Andrea. Acepto mi responsabilidad, aprendí que el sexo con la amistad no

debe mezclarse.

Entre las muchas cosas que escribió y me ocultó mi esposo, encontré una carta que era para Giovanni y no llegó a sus manos, doy gracias al Cielo por eso. No obstante, comprendí que Andrea sabía que en algún momento debía dejarme, pero no deseaba que me quedara sola y aunque traté de entender aquellas palabras que plasmó, nunca pude hacerlo. A veces le hablo a la nada y le pregunto cómo pudo pensar que podría amar a otro hombre después de él.

Nadie me dijo que amar sería fácil y menos sabiendo que esa persona morirá, pero si tuviera la oportunidad de repetir mi historia, lo haría del mismo modo. A su lado aprendí que debía amarme a mí misma para poder amar a otros y todo aquello que me hería fue sanando gracias a su amor.

Me quedo mirando al cielo estrellado y mi mente busca entre los recuerdos aquella noche en que con un beso sellé mi destino. Las noches más lindas me las regaló Andrea y sé que yo le regalé días de felicidad. No hay palabras que puedan explicar la manera en que lo extraño, este es un vacío que nadie llenará y cada lágrima que derramé los primeros meses contaron está historia que ustedes disfrutaron.

Espero que sepan perdonarme por narrarles la verdad, pero necesitaba esto para recordarles que la vida no es color de rosa y que nada dura para siempre, que debemos apreciar lo que tenemos. Solo les pido que si algún día viven una noche estrellada junto a un chico que quieren, sellen con un beso esa unión; les aseguro que esa será la noche que siempre recordarán en su mente.

Y entonces guardarán en su corazón la noche más linda de su vida
Con amor.

Alejandra Pacci

Para Alba:

El día que tu madre regresó a mi lado para que luchara por ti, fue el más feliz de mi existencia porque la vida estaba dándome razones para quedarme.

No creas que no luché por verte crecer y estar a tu lado en los momentos más importantes, lo hice, pero poco a poco estoy perdiendo la batalla. Si esta carta llega a tus manos es porque he me ido físicamente, pero siempre estaré junto a ti cuando una brisa fresca roce tu rostro.

Principessa, te hablaré de un hombre que casi pierde lo que más amó por sus frustraciones y miedos. Sin embargo, esa mujer se quedó a su lado sin ponerse a pensar qué tan complicado sería, y le perdonó cada desplante y cada herida. Antes de ver florecer las rosas vivieron un camino de espinas.

Fuiste el regalo más grande que la vida nos dio y me di cuenta de que por mucho tiempo busqué algo que encontré en la sonrisa de una hermosa mujer, y la única a la que amé.

Te escribo estas palabras porque no podré estar el día que te cases con el amor de tu vida.

Quiero decirte que el amor viene acompañado de pruebas, que la paciencia todo lo alcanza y que debes ser comprensiva en algunos momentos, porque la vida es un subir y bajar de emociones. Quien esté a tu lado se lleva mi más grande tesoro, pero estoy seguro de que habrás escogido bien y deseo tanto verte de novia, me lo he imaginado tantas veces que estoy convencido que serás la más hermosa de todas.

Mi consejo para ti es este:

Ama con el corazón y no te detengas a pensar en lo malo que pueda suceder.

¡Vive!

Te amo, Alba, y quiero que sepas que si me fui de tu lado, fue porque no tenía elección.

Te deseo la felicidad infinita y apuesta al amor; no tengas miedo, que el futuro muchas veces puede parecer un muro de concreto, pero si luchas para conseguir lo que deseas, te darás cuenta de que solo es una pared de cartón.

Te amo.

Papá

Fin

Agradecimientos

A Dios por permitirme crear mundos en los que puedo hacer sentir a las personas. Siempre estás conmigo y nunca me abandonas.

A mi familia por el apoyo que recibo a diario de su parte. Sin ustedes, no sé si esta aventura hubiese sido posible. Los amo, gracias por ser el pilar fundamental de mi vida.

A mis amigos, los que siempre están para mí. Rubén, Fabian y Lisbeth, los amo, mocos; en especial, gracias a mi Fabi por ayudarme con los términos médicos y orientarme con el caso clínico de Andrea.

A Kramer por la paciencia infinita y enseñarme un poco más. Cada día aprendo algo nuevo por ti, pero, sobre todo, gracias por tu amistad y la sinceridad, por soportar mis ataques de nervios y ansiedad. Seguiremos vomitando arcoíris juntos y espero no bajarnos del unicornio. ¡Arre, Arcoíris!

A Susana Mohel, primero, por brindarme tu amistad y apoyarme mientras escribía la historia. Segundo, por darme los ánimos y consejos cuando los necesitaba. Dios mediante estaremos juntas, me llevas a Fermín.

A Liz por cantarme todos los días. y con tus locuras hacerme reír. Vanessa, por brindarme el apoyo infinitito. Gracias por estar tan loquitas como yo, y lo más importante, les agradezco esa amistad tan bonita que nace día tras día.

Quiero dar las gracias también a las comunidades en Instagram: Libros que dejan huella, Books_lovers_spanish, Lover_henry_jamie_fsog y thelifeinbooks por el apoyo que recibo de ustedes día a día. Y a todos los grupos en Facebook por el apoyo que recibido a lo largo de mi corta carrera como escritora.

No te estoy dejando de último, mi negra bella, Melina Rivera. Amiga, sabes que eres parte especial de mi vida y aunque estamos lejos, siempre estás en mis pensamientos. Siempre calmas mis mimisquis antes de publicar y me apoyas con cada palabra de aliento. Te quiero al infinito, mi esclava favorita.

A mis lectoras betas: Yube, Alejandra, Rocío, y Marlen por siempre

estar para mí, decirme que he crecido como escritora y obligarme a publicar esta historia.

Muchísimas gracias a Sophie Beau, por sus correcciones de último momento y por colaborar en este nuevo sueño.

Para la mujer que más amo en el mundo; tú, la que siempre me dice que voy a comerme el mundo, la que me inculcó el amor por las artes. Por ti soy lo que soy y si tengo que nacer de nuevo, pues lo haría de ti, mamá.

Y a ti, que lees cada libro, nunca tendré palabras de agradecimiento por tu apoyo. Sigue conmigo esta aventura y sueña con mis locuras, porque muchas veces estas historias nacen de esos momentos irracionales.

Sobre la autora

Lorena del Valle Fuentes P. (Maracay, Venezuela, 1985) nació en la Ciudad Jardín de Venezuela, es Administradora mención Tributaria y desde pequeña le gusta leer. Su primer libro fue *Platero y yo*, pero se enamoró de la historia de niños que enseña a los adultos: *El Principito*, la obra más famosa del escritor y aviador francés Antoine de Saint-Exupéry.

Amante de las Artes en todas sus expresiones, pertenece al movimiento Coral del Edo. Aragua y también al Movimiento Guías Scouts de Venezuela. Siempre trazándose metas, entre ellas el proyecto de Leyendo con Lorena Fuentes, donde tuvo la oportunidad de compartir entrevistando a grandes autores de la rama de la literatura romántica.

Con *Soy Tuya* incursiona por primera vez en el mundo de la literatura que tanto le deleita, manteniéndose en los primeros lugares de venta por más de seis meses seguidos.

Redes Sociales:

Facebook: <https://www.facebook.com/lorenafuentesescritora/>

Instagram: @lorenafuentes2

Twitter: @lore2811

Email: leyendocon@gmail.com

Otros títulos

Serie Nos Pertenece



Unitarios



Disponibles en Amazon:

<https://www.amazon.com/Lorena-Fuentes/e/BooVANH93M/>